

EL ESPAÑOL

2'50
Ptas.

SEMANARIO DE LOS ESPAÑOLES PARA TODOS LOS ESPAÑOLES

Madrid, 13-19 septiembre de 1953 - Dirección y Administración: Zurbano, 55- II Epoca - Número 250

¡AL FUTBOL, AL FUTBOL...!

LA LIGA,
360 HORAS
DE EMOCION
E INCERTIDUMBRE

LOS 16 EQUIPOS DE LA
1.^a DIVISION VALEN
120 MILLONES DE PESETAS



ENCUESTA DE TODA ESPAÑA SOBRE EL TORNEO QUE EMPIEZA

¡AL FUTBOL, AL FUTBOL...!

LA LIGA COMIENZA MAÑANA

FALTAN pocas horas para que empiece, por vigesimotercera vez, el Torneo de Liga, el gran espectáculo de los españoles. Los campos de fútbol de toda España volverán a llenarse los domingos de ese público enardecido que espera el triunfo del equipo de casa porque ve, en esa victoria, una especie de victoria propia, en la que él mismo ha participado con los gritos de ánimo hacia sus jugadores y, un poco también, con las imprecaciones hacia el árbitro de turno o hacia los futbolistas forasteros.

El marcador simultáneo será de nuevo el personaje más importante de la tarde de los domingos. Y, al anochecer, los muchachillos vocearán por las esquinas los pequeños rotativos de una sola hoja, y en los bares, entre chato y chato, se comentarán, frente a las pizarras, los resultados de la jornada. Las quinielas volverán a ser el juego predilecto para tentar la suerte cada semana. Los teorizantes de la Prensa volverán a elaborar, día a día, toda una complicada serie de especulaciones buscando rigor lógico, a lo que, a fin de cuentas, viene a resolverse en el puro azar.

UN MOMENTO ANTES DE SONAR EL GONG

Uno de los veranos más movidos en el movedido ambiente de los negocios futbolísticos ha sido el que está finalizando. Traspasos de jugadores de unos equipos a otros; importación de elementos extranjeros hasta que una decisión superior la prohibió; renovación de directivos y entrenadores y—¡qué lástima!—desaparición del último ejemplar de una rara planta: el futbolista amateur.

La temporada, pues, comienza bajo el signo de la expectación. EL ESPAÑOL, por medio de sus corresponsales, ha investigado en toda España el tema de la Liga. A continuación, resumimos sus informes, que pueden ser útiles para delinear, un momento antes de sonar el gong, las posibilidades y aspiraciones de los diversos equipos.

OPINION GENERAL: EL BARCELONA, CAMPEON DE LIGA

La forma y la fama de los jugadores del Barcelona, pesan mucho en la afición a la hora de hacer un pronóstico.

Por el Norte, salvo en Bilbao, como luego veremos, el Barcelona tiene un gran cartel. Ricardo Vázquez-Prada, desde Oviedo, lo confirma.

—Si el pronóstico es difícil en todo momento porque, a lo me-



Mañana los campos de fútbol abrirán sus puertas para acoger la masa aficionada, que se desbordará por todo el graderío.

...jor, el título depende de un mal bote del balón, ahora, antes de comprobar la forma de los jugadores, el vaticinio resulta poco menos que un fenómeno de auténtico azar. Pero aquí, en Oviedo, se espera que el Barcelona renueve otra vez su título. Equipo bien dirigido, con jugadores jóvenes junto a veteranos de gran clase y arropados por el efecto moral que, quierase o no, les presta Kubala, tiene muchas probabilidades de quedar nuevamente campeón.

En La Coruña, contentos con la llegada de Pahiño, como si éste tuviera en sus botas los resortes mágicos del juego.

—Aquí nadie sueña—dice Orestes Vara Calzada—en litigar con los Barcelona, Real Madrid, Atlético de Bilbao y dos o tres más por el título de campeón.

Santander, con su viejo Rácing dispuesto a la lucha, opina lo mismo. Chirri, el redactor deportivo de «Alerta», ha preguntado por las calles, en las tertulias o a los aficionados que presenciaban los entrenamientos:

—¿Quién será el campeón de este año?

Y los santanderinos, que ya

preparan el «Ra, ra, ra» de su deportiva guerra, han contestado:

—El Barcelona será el nuevo campeón, con Di Stéfano o sin Di Stéfano, pues es, por ahora, el Club que nosotros vemos con mayor potencial futbolístico.

Vigo, además de su puerto y de sus galeones hundidos, tiene a su Celta. Pero por mucho que se quiera al equipo no es posible hacerse demasiadas ilusiones. También por allí el Barcelona se lleva las preferencias

—Un campeón de Liga en la competición que va a comenzar pudiera ser el Barcelona. Pudiera ser si no se inicia en esta temporada el desfonde del conjunto, cosa que no parece a primera vista probable si tenemos en cuenta la clase de sus figuras clave y la juventud de gran parte del equipo.

Rey Alar, desde Vigo, concluye:

—No sería normal que un Borsora, un Biosca, un Bosch, un Manchón, un Moreno o un Kubala iniciaran, precisamente ahora, la curva descendente de sus carreras deportivas.

En resumen, para los nortefios, el primero, el Barcelona.

PERO EN BARCELONA TEMEN AL MADRID

Para la competición de Liga —en la División de honor—, con sus 450 partidos oficiales de 675 horas de duración, repartidos entre 218 días del año, existen otros favoritos. Si antes de empezar ya se vislumbrase de una manera clara y perfecta quién iba a ser el campeón, la Liga perdería una gran parte de su atractivo. Y después de presentar al Barcelona nos encontramos con otro gran favorito: el Real Madrid.

Podría creerse que es en la capital de España donde más se confía en el equipo blanco. Y es, sin embargo, en Barcelona donde nuestros corresponsales han descubierto el temor.

He aquí lo que dicen los socios del Barcelona:

—Entre los conspicuos barcelonistas—transcribe Manuel Ibáñez Escofet desde la Ciudad Condal—se teme al Madrid. Dicen que, siendo un gran equipo, no ha encontrado hasta ahora el técnico capaz de obtener el rendimiento que era dable esperar. Y en esta temporada tienen a Fernández, cuya capacidad es conocida ampliamente por estas latitudes.

Hay todavía otro Club catalán que cree en los madrileños. Es el Real Club Deportivo Español. Y para nosotros habla Scopelli, su entrenador.

—Yo, la verdad, soy únicamente entrenador y no profeta. Sin embargo, aparte de la propia fe en mi equipo, creo que, tal como se presenta la temporada, entre el Barcelona y el Madrid andará el juego.

Esta es la impresión catalana. No obstante, ellos creen en sus equipos. Si los partidarios de un conjunto no creyesen en sus propias fuerzas serían como artistas sin fe en sus mismas obras. Y una empresa sin fe no es empresa; todo lo más, pequeña acción, y gracias.

EN BILBAO CREEN EN ELLOS MISMOS

San Mamés, con su nueva gran tribuna, ha adquirido aire de campo grande. La ampliación le ha valido el tercer puesto, en aforo, de los estadios españoles. Y a la par que crecían los asientos para los espectadores, han crecido también los ánimos para el Campeonato de Liga que comienza.

Desde Bilbao—la ciudad de la lluvia fina, de los Altos Hornos y de las canciones a varias voces—nos escribe Jesús de la Maza. Ha entrevistado a Barrios, el entrenador del Atlético, y éste le ha dicho:

—No crea usted que está la cosa clara ante el próximo Campeonato de Liga. No puede, desde luego, adelantarse el nombre del vencedor indiscutible de ella. Habrá lucha, mucha lucha. Ya ve usted cómo procuran reforzarse todos los equipos. Y, naturalmente, esto repercute en una mayor igualación de fuerzas.

—¿Y el Atlético bilbaíno?

—Pues nosotros, como siempre. Con los chicos de casa y dispuestos a ganar la Liga...

Y un grupo de bilbaínos que presenciaba la conversación corroboró el discurso tirando las boinas al aire y diciendo: «Ali-



Como en años anteriores, estos caballeros abonados al «palco de los sastres» acudirán puntuales a la cita para presenciar el partido desde la baca de un coche.



Este es el contraste de la foto anterior. Aquí los del «palco de los sastres» observan el partido sin ningún riesgo. Ellos no se permiten el lujo de subirse a un coche.



Son pocos los que han quedado al otro lado del campo de operaciones. La panorámica que se observa desde la puerta es francamente espectacular. El lleno fué hasta la bandera.

rón, alirón, el Athlétic campeón.» Bilbao no piensa en las medias tintas, sino en la victoria. Siempre en la victoria.

EN MADRID CREEN TAMBIEN QUE EL BARCELONA
Madrid ha visto crecer este ve-

rano la parte superior de su estadio de Chamartín.

Las mujeres, en estos últimos años, se han convertido en unas grandes aficionadas al deporte del balón inflado. Una madrileña—también hay que conocer la opinión femenina—nos decía:



No se alarmen, señores. Sólo fué un empuje tonto por parte de los contrarios al quitar la pelota al portero, que para eso se había tirado al suelo.

—Mire usted. A mí me gustaría que ganase la Liga el Madrid o el Atlético de Madrid. Porque yo soy de aquí, y, la verdad, me gustan los equipos de mi casa. Pero el Barcelona está muy bien.

Antes las mujeres se reunían con sus amigas para hablar de modas. Hoy, tal vez, lo hacen para discutir de fútbol. El caso es que nuestra opinante está muy bien enterada. Ella sigue:

—Si usted consulta la opinión general podrá comprobar que el Barcelona es el que más preferencias tiene actualmente. Pero no se olvide usted del Madrid, que ha reformado su equipo, ni del Atlético de Madrid, que aun conserva la solera de aquel gran juego de hace unas temporadas.

De manera que, aparte de los naturales deseos del triunfo propio, en Madrid también se cree en el equipo de Kubala.

EL VALENCIA, EL ESPAÑOL, EL SEVILLA Y EL ATLÉTICO DE MADRID TAMBIÉN TIENEN SUS PARTIDARIOS

Mas no solamente son el Barcelona, el Madrid y el Atlético de Bilbao los que se llevan el general pronóstico de la afición española en estos momentos inau-

gurales de la Liga. Hay otros equipos que, en el sentir general, también tienen sus posibilidades. Y estos equipos son el Valencia, el Español, el Sevilla y el Atlético de Madrid.

—Aquí, en Gijón—nos relata Juan Luis Cabal Valero—, damos al Valencia un gran margen de posibilidades. Después del Barcelona y del Madrid creemos en el Valencia. Hay que tener en cuenta la regularidad de los de Mestalla en los últimos años, avalada, de cara a la nueva temporada, por los refuerzos adquiridos, como el holandés Wilkes y el malaguista Estruch. Y a su misma altura, el Real Club Deportivo Español de Barcelona. Va a más como puede verse. Hace tres años obtuvo una menos que mediocre clasificación; hace dos, alcanzó un honroso séptimo puesto en la tabla, y en el Campeonato 1952-53 ocupó un destacado cuarto lugar, después de haberse sostenido largo tiempo a la cabeza de la tabla. Si a ello se añaden sus victorias trasatlánticas se obtendrán antecedentes que explican por qué el Español no es descartado.

En un lugar más bajo se presentan las posibilidades del Sevilla y del Atlético de Madrid.



Esta salida impetuosa del bravo cancerbero no parece gustarle mucho a su compañero, quien le señala con el dedo su fea costumbre de saltar antes de tiempo.

Tal vez Helenio Herrera consiga en el Sevilla lo que consiguió con el Atlético de Madrid hace unas temporadas. Y, tal vez, el Atlético de Madrid conquiste este año lo que logró en otros con el hoy entrenador sevillista. Más lo cierto es que a la hora de empezar el Torneo, ambos equipos no cuentan demasiado en los pronósticos de los aficionados. Claro es que luego hay realidades que desengañan. Pero esto es lo que se piensa y esto es lo que decimos.

LOS DEMAS SON MODESTOS; SOLO ASPIRAN A SOSTENERSE

Fuera de estos siete equipos —los más adinerados, como luego se verá— los restantes nueve de la División de Honor no tienen otras apetencias que las de sostenerse dignamente entre los mejores.

Erostarbe, desde San Sebastián, nos habla de la Real Sociedad; del en otro tiempo llamado equipo «ascensor».

Las lógicas pretensiones de ganar un campeonato, ideal que mueve los afanes de los Clubs privilegiados, se cambia para otros, los más, en el objetivo de sostenerse en la Primera División. Y éste es, hoy por hoy, nuestro objetivo.

El Valladolid ha sido un equipo que ha dado grandes jugadores a otros conjuntos de España. Todos los años traspasa una o dos de sus figuras y, sin embargo, no merma por ello su potencia, que se conserva parecida a la del año anterior. Desde las orillas del Pisuerga Rafael Andrés de la Cruz nos cuenta sus impresiones.

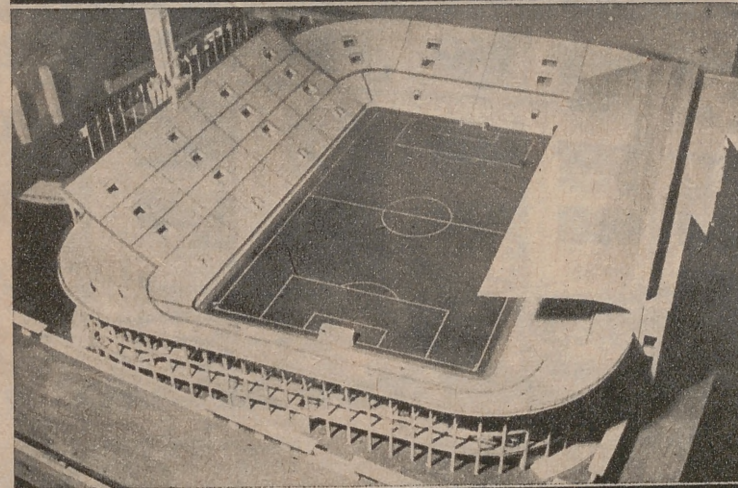
—Una vez más, sobre el papel, se apunta como favorito el «campeonísimo» Barcelona, que conserva el mismo conjunto que tantos triunfos cosechara en temporadas anteriores. Pero, como sabe el aficionado, el interés del Torneo no se centra exclusivamente en la conquista del preciado galardón. Hay una serie de Clubs más modestos que los anteriores, cuya esperanza se cifra en no perder su actual categoría y seguir figurando en la División de Honor. Tal es el caso de los recién ascendidos, Osasuna y Jaén, así como el de los promocionistas de la temporada anterior, Deportivo de La Coruña y Celta de Vigo. Y otro tanto cabe decir de aquellos Clubs que, pese a su brillante y nutrido historial deportivo, permanecen en un segundo plano de potencia por razón de sus posibilidades económicas. En este grupo se encuentran el Valladolid, el Gijón y el Oviedo, el Santander y la Real Sociedad.

Con esta aspiración, como se ve, hay equipos que se conforman. E incluso para alguno es motivo de satisfacción.

—El objetivo más halagüeño, la meta más brillante a la que se aspira —nos habla, en representación de la afición pamploñica, Santi de Andía— es la de mantenerse durante este año para intentar el próximo mayores empresas. No es mucho. Pero bastaría, por ahora, para dejar satisfechos a todos.



La «torcida» espera pacientemente largas colas para conseguir una localidad. Con un poco de suerte es posible que pueda gritar su «alirón» favorito.



Fotografía de la maqueta del gran estadio que los «chés» levantarán en su viejo Mestalla. La afición valencianista espera ansiosa el logro de esta gran obra.

LA AMPLIACIÓN DE CAMPOS, NOTA SALIENTE DE ACTUALIDAD

Los campos de fútbol, cada año, se van quedando pequeños. Dijérase que eran como la camisa de cemento de los espectadores. Estos crecen y las vestiduras ya no sirven. Por ello, todos los Clubs se preocupan de ampliar sus graderíos. Y quién más, quién menos, lanza sus operaciones financieras para realizar tales proyectos. Así, Llácer, desde Valencia, nos cuenta las características del esfuerzo constructivo.

—Otra nota saliente de la actualidad valencianista —dice— es la operación financiera llamada «abonos especiales», cuyos ingresos se destinarán a la ampliación del campo de Mestalla, obra proyectada para un periodo de dos años. Mediante esos abonos el Valencia dispondrá del crédito suficiente para convertir Mestalla en un campo de 70.000 espectadores.

El Valencia sigue, pues, el ejemplo del Madrid y del Atlético de Bilbao.

275.000 ESPECTADORES. CADA DOMINGO, EN PRIMERA DIVISION

El aforo de los campos de fútbol

es un elemento muy importante en la vida económica de los equipos de la División de Honor. El campo de mayor entrada será Chamartín, con cien mil espectadores dispuestos a gritar, sufrir y gozar con las derrotas o las victorias del equipo de casa. En cambio, tan sólo 5.200 espectadores podrán admirar, en el estadio Victoria, las jugadas del equipo propietario, en este caso el Jaén. El estadio Metropolitano sigue en segundo lugar, con

cerca de 70.000 entradas; luego Las Corts, con 46.000; San Mamés, con 42.000; Mestalla, con 38.000; Nervión, con 30.000; Sarría, con otros 30.000; El Molinón, con 24.000; Riázar, con 22.000; El Sardinero, con 22.000; Atocha, con 22.000; Zorrilla, con 17.000; Buenavista, con 16.000; Balaidos, con 16.000, y San Juan, con 6.000.

Haciendo un promedio de ocho campos, resulta que 275.000 espectadores, en toda España, ven fútbol de Primera División los domingos.

DIECISEIS EQUIPOS VALENCIANOS CIENTO VEINTE MILLONES DE PESETAS

Un equipo de fútbol es casi una serie de joyas humanas que hay que guardar en sitios parecidos a las cajas fuertes para que no se estropeen ni las pueda robar nadie. ¡Cuántos equipos en vez de unos lingotes de oro no preferirían un buen lote de delanteros centro!

La tasación en pesetas de los jugadores de los Clubs no es tarea fácil ni mucho menos. El precio de cada jugador es celosamente guardado por los directivos como si se tratase de un secreto atómico cualquiera.

En los organismos federativos no se sabe sino que cada jugador ha de percibir, como máximo, la prima estipulada de 150.000 pesetas anuales. Por tanto, puede calcularse el precio medio de un jugador de Primera División en las cien mil pesetas aproximadamente. De todas maneras, los jugadores, por conveniencia propia, silencian su valor monetario y de los secretarios técnicos nadie puede esperar conseguir revelaciones financieras, porque eso pertenece al secreto del sumario.

En cuanto a los intermediarios —los que se dedican al traspaso de jugadores—, un principio elemental de discreción pone una mordaza en sus declaraciones.

Los corresponsales de EL ESPAÑOL, tras una comparación con los fichajes, las revalorizaciones y las depreciaciones sufridas por los jugadores, han llegado a la conclusión de que los dieciséis equipos que integran la primera categoría nacional no importarían menos de ciento diecinueve millones y medio de pesetas. He aquí el cuadro:

Equipo	Titulares	Suplentes	Total
C. F. Barcelona	16.100.000	5.400.000	21.500.000
R. Madrid C. F.	13.500.000	7.100.000	20.600.000
Valencia C. F.	9.500.000	2.300.000	11.800.000
Atlético de Madrid... ..	9.800.000	1.900.000	11.700.000
Atlético de Bilbao	9.900.000	1.400.000	11.300.000
Sevilla C. F.	9.600.000	1.700.000	11.300.000
R. C. D. Español	6.900.000	3.200.000	10.100.000
R. Oviedo	2.750.000	725.000	3.475.000
R. Gijón	2.700.000	525.000	3.225.000
R. C. D. Coruña	2.350.000	800.000	3.150.000
R. C. Celta	2.225.000	430.000	2.655.000
R. Valladolid Deportivo	2.200.000	180.000	2.380.000
R. Santander... ..	1.950.000	160.000	2.110.000
Real Sociedad	1.100.000	600.000	1.700.000
R. Jaén F. C.	1.100.000	200.000	1.300.000
C. At. Osasuna	1.100.000	200.000	1.300.000
	92.775.000	26.820.000	119.595.000

Cantidades a las que hay que agregar el importe de sueldos y primas de jugadores—que al Celta de Vigo, citamos como ejemplo de equipos modestos, le suponen 2.000.000 anuales—, ficha-je, sueldo y primas de los entrenadores, masajistas, ayudantes, etcétera, de lo que resulta que la disputa de la Liga—30 partidos cada equipo, 450 encuentros en total—moviliza cantidades que se aproximan a los 200.000.000 de pesetas por año.

KUBALA ES EL JUGADOR MAS CARO DE ESPAÑA

Estanislao Kubala, el rubio jugador del Barcelona, es el futbolista más caro de España. Cuatro millones de pesetas, calculando sin exagerar, importa el mozo. Dos millones cada pierna. ¿A cuánto sale cada gol?

Josefó, el interior del Madrid, es otro de los jugadores valiosos: su cotización está marcada en dos millones de pesetas. Pero es todavía Agustín Gainza, el capitán y extremo izquierda del Atlético de Bilbao, el jugador que, hoy por hoy, sigue a Kubala en valoración crematística. Cualquier Club, sin dudarlo, daría por él los dos millones y medio.

El Valencia tiene en Wilkes su estrella monetaria: millón y medio. Los jugadores más caros del Atlético de Madrid son Larbi Ben Barek y Gerardo Coque. Cada uno de un millón de pesetas, igual que Arza en el Sevilla.

Pañño, el que fué delantero centro madridista, ha subido de cotización: millón y medio de pesetas por tres años. Mientras que de los jóvenes, Mandi y Toni figuran con dos millones y medio de pesetas, respectivamente.

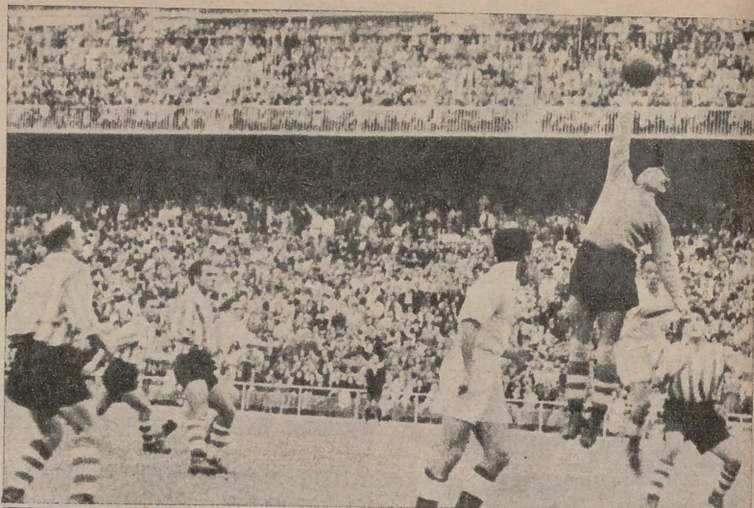
Hacer una relación completa de lo que vale cada jugador que va a tomar parte en la Liga que empieza, sería largo. Casi tan largo como contar los billetes de mil pesetas, uno detrás de otro, con los que se han pagado todos estos traspasos sensacionales.

LA LIGA, PUES, A LA VISTA

Ya están, pues, veladas las armas deportivas. Ya están limpias las camisetas, planchados los pantalones, estiradas las medias, engrasadas las botas. Ocho balones esperan, cada domingo, ser estrenados. Y una nueva y repetida danza de números en los marcadores dará comienzo todas las tardes entre la anhelante ansiedad de las muchedumbres.

Expectación; campeón probable, el Barcelona; ánimos de sostenerse todos en Primera División; millones de pesetas adjudicados a los jugadores; más espacio para el público en los campos. Estas son las características de la nueva Liga.

Después, durante la semana, tiempo habrá de culparse por no haber puesto una x en lugar de un 2 ó un 2 en lugar de un 1. Menos mal que siempre queda la esperanza de acertar con la próxima quiniela. Y mientras 176 muchachos corren tras una pelota, ese cuarto de millón de espectadores vive hora y media de



Los espectadores volverán mañana a entusiasmarse por el juego de los suyos. Psicosis de espectación y muchos nervios.



Ante el estadio del Real Madrid, los autobuses especiales aparcan al borde de la emoción que recogerá más tarde.



Un mar humano se ha desbordado por la calzada. Cientos de coches se confunden con el público que ha llenado el gran estadio.

emociones e incertidumbres. De-sea, como si en ello le fuera la vida, el triunfo propio, la derrota ajena y, por añadidura, el acierto máximo que le puede hacer rico. Eso sería el ideal. Pero el ideal es como un pájaro y vue-

la tan alto a veces—más arriba de las banderas que coronan los estadios—que se hace inasequible.

Mariano ROJAS GARCIA
y **José María DELEYTO**

(Fotografías Cormor.)

CARTA DEL DIRECTOR PARA LOS MUERTOS

Señor don Manuel Delgado Barreto.

FALTABA su nombre en esta galería de fantasmás, en esta carreta de la muerte, cuyos pasajeros, en lugar del óbolo en la boca para retribuir al barquero Carón su transporte por la laguna Estigia (según los ritos funerarios de la mitología clásica), portaban consigo un acto de contrición final que abre las puertas del cielo y los introduce en la gloria; porque este arrepentimiento de emergencia, aunque también de raíz, era la síntesis de su icaltad, de sus fidelidades cotidianas. Fiel como un can, y así se esculpía un lebrél al pie de las tumbas antiguas o del Renacimiento. El único de los periodistas leales a la política y a la memoria de don Miguel Primo de Rivera fué usted y nada más que usted; pero que me perdonen cuantos no mencionan y en hora buena vengan muchas excepciones a la regla de este fidelísimo monopolio. No hay que confundir al periodista con el literato, ni con el profesor, ni con quien goza en ser tenido y alabado como intelectual, que es un oficio que jamás se consignó en la casilla correspondiente de las desaparecidas cédulas personales. El periodista es el periodista, aunque tal aserción nos parezca una muy solemne y estúpida perogrullada. El periodista participa de alguna de las aptitudes del intelectual, del profesor o del literato, y tal vez los periodistas de la peor especie sean literatos, profesores e intelectuales fracasados que entran en un periódico para compensar de algún modo su frustración. Pero usted, don Manuel, era un periodista de alma entera y de cuerpo entero, dentro de un cuerpecito de guanche tan inteligente que no llegó a ser corpulento, puesto que se lo impedían su sorna y su límpido y diáfano valor.

En este mes de septiembre conmemoramos el trigésimo aniversario del principio de aquel régimen que no sintió empacho legalista ni legitimista en denominarse Dictadura, pero que comenzó desde su primer día con Prensa muy mediana, aguantó una mala Prensa y acabó sin ninguna en su favor, salvo la de usted, o sea aquel diario titulado «La Nación», que estuvo a punto de ser dirigido por «Azorín» antes de que usted se entregara, hasta su asesinato, al frente de aquella cabecera de un periódico que había menguado de tamaño, pero nunca de devoción al Dictador. Si hay «Neutralidades que matan», cual era la consigna y el rótulo del editorial achacado falsamente al conde de Romanones porque se publicó en el periódico romanonista «El Diario Universal», en la sazón neutralista de don Eduardo Dato, presidente del Consejo de Ministros durante las primicias de la guerra 1914 a 1918; hay, sobre todo, fidelidades que matan y cuyas víctimas pueden llamarse Canalejas (sucesido por don Alvaro), Dato (sucesidáneo de Maura, de acuerdo con don Alvaro), Primo de Rivera (hostilizado por don Alvaro, metido a conspirador hasta el extremo de prometer diez duros por cada letra de las que componían el letrero de «Asamblea Consultiva» en el frontispicio de las Cortes) y usted, don Manuel Delgado Barreto... Y, sin embargo, puedo recordarle que cuando colaboramos en un semanario casi nonnato que apareció y desapareció el 16 de marzo de 1933, fecha del tercer aniversario

del fallecimiento del marqués de Estella, usted me pidió que tachase en un artículo ciertas ironías de mi pluma en contra del conde. Frente a sus antagonistas, pues el mismo Maura sucumbió de muerte subitánea y fulminante, el conde de Romanones ha perecido en la cama, de vejez y poquito a poco. Yo debo guardar, empero, a don Alvaro de Figueroa (a quien sólo vi y con quien sólo hablé unos minutos en el hemicycle, siendo ambos Procuradores en 1944) el agradecimiento de remitirme un ejemplar de su libro, en que quintaesenciaba su experiencia pública, con la siguiente dedicatoria: «A fulano de tal y tal, director de «El Español»; ¡qué mejor elogio!»

Como siempre o a menudo me ocurre, me he perdido en los meandros de esta carta, aunque mi extravío no obedece a un fallo de mi lógica mental, sino que es producto de la otra lógica sentimental y afectiva que enlaza a los hombres, a pesar de sus propias pasiones. Me consta que el principal contradictor de Primo de Rivera en la Prensa, don José Cuartero, le conservó una simpatía vivaz y renovada mientras el editorialista de «A B C» alentó, hasta su instante último; como don Miguel de Unamuno, que se jactaba de ser el único don Miguel, el auténtico don Miguel que se contraponía a Miguelito, pudo confesar a su hijo primogénito en Salamanca (esto es, a los dos, al suyo y a José Antonio Primo de Rivera) que se arrepentía de su pugna fratricida contra la Dictadura; ya que, en fin de cuentas, los periódicos no eran de los periodistas, sino de sus empresas, de los grupos de presión para defensa de privados intereses y en definitiva, acaso, al servicio de Francia e Inglaterra. Yo no cito nombres de Sociedades anónimas que todavía coleán; pero la revista «España», dirigida en 1915 por Ortega y Gasset y luego por Manuel Azaña, fué fundada y costeada con dinero aliado subvenido a través de las logias (v. gr.: el doctor Simarro) o la industria internacional (v. gr.: los neumáticos Dunlop). Primo de Rivera, Cuartero, Unamuno, etc., etc. (periodistas, políticos e intelectuales) eran hermanos siameses en torno a la cifra cabalística del 98.

Primo de Rivera expiró en París con un manojo de periódicos españoles en la mano, crispada quizá ante tanta felonía mendaz durante el paréntesis berengueriano; porque el 14 de abril es el segundo acto del 13 de septiembre, como el 18 de julio es el reparador tercer acto, el justísimo desenlace. La mala Prensa de Primo de Rivera se convierte en la Prensa pésima y desatada de la República, a la que usted combatió con el sarcasmo desde su «Gracia y Justicia», hasta que advino la buena Prensa, la Prensa óptima del Movimiento Nacional; porque es la Prensa escrita e inspirada por el patriotismo vigilante de los periodistas, dejando a salvo al capital, el lucro y la ganancia de su dinero, sin que sean menester arrepentimientos póstumos. Le dirijo esta carta, don Manuel Delgado Barreto, porque entre usted y el Dictador con sus notas oficiales llenaron una época y las páginas de la Prensa española. El resto eran columnas en blanco, dibujos para almohadón de Bagaría, insidias y mentiras. Nuestra Prensa actual es una Prensa mucho más sana, más verdadera y bastante más reconfortante.

“EL MUNDO EMPIEZA FUERA DEL MUNDO”

ES EL TITULO DEL POEMA DE CARMEN CONDE, QUE PUEDE USTED
LEER EN EL NUMERO 19 DE

POESIA ESPAÑOLA

ESTUVE en el Coll del Moro, a cuatro kilómetros de Gandesa,

en el acto conmemorativo de la batalla del Ebro. Fué un acto de juventud. Himnos, canciones optimistas, marchas militares, esfuerzo, deporte y disciplina estuvieron presentes en aquel acto con las escuadras y Centurias del Frente de Juventudes. Nos era difícil comprender cómo se puede coordinar un espíritu así, de lealtad, de fe y entusiasmo, con esos artículos confusorios y anacrónicos que a veces se publican en revistas que pretenden representar a la obra juvenil de nuestro Régimen. La conmemoración del Coll del Moro, repetimos, fué un acto de juventud. Juventud también en aquellos hombres, viejos combatientes, payeses de Cataluña, que acudieron de las vecinas localidades a presenciar el tributo de homenaje a quien les dió la victoria. Tenían entre treinta y cinco y cincuenta años. Estaban asimismo allí jefes y generales del Ejército, de más edad que aquellos ex combatientes. Habló el Ministro Secretario, que también ha pasado el límite de los años estrictamente juveniles. Y no obstante, todo era joven.

Recuerdo ahora el texto de Samuel Ullman, un soldado americano que fué durante mucho

tiempo asistente en el Cuartel General de Mac Arthur, sobre las características de la juventud. Ese texto dió la vuelta al mundo en la pasada guerra. Alguno de ustedes, queridos amigos, habrá tenido ocasión de leerlo en publicaciones americanas o inglesas. Juventud, viene a decir Ullman, no es un periodo de la vida; es un estado de espíritu. Consiste en una cierta forma de voluntad, una determinada disposición de la imaginación, una poderosa fuerza emotiva, una preponderancia de la osadía sobre la timidez y del amor a la aventura sobre el amor a la rutina. Según el soldado americano, no se es viejo por haber vivido un número determinado de años. Se es viejo por abandonar el propio ideal. Los años arrugan la piel, pero la renuncia al entusiasmo y al ideal arrugan el alma. La duda, la falta de seguridad, el miedo, la desesperanza, la nostalgia, estos son los años que hacen inclinar nuestra cabeza y nos conducen lentamente hacia la debilidad y la nada.

En el Coll del Moro, insistimos, todo fué juventud. Juventud de un Estado como el nuestro, que es joven porque no abandona ni puede abandonar sus razones, fundamentos y propósitos iniciales. No se habló del Ejército republicano ni de la España negra, como algunos intentaron hacer en otro lugar, sino de la España del 18 de Julio y del caudal de posi-

bilidades que esa España tiene entrañadas. Como profesional de la Prensa debía complacerme el acto de una manera excepcional. Porque la información también fué realizada por periodistas jóvenes. Afortunadamente, desde el punto de vista moral, son jóvenes la mayoría de periodistas españoles de esta hora, pero en el Coll del Moro acudimos con periodistas jóvenes también en edad. Los primeros números de la promoción «Poblet», de la Escuela de Barcelona, se encargaron de los reportajes y las crónicas. Yo pienso en esos cronistas, como Manuel Ibáñez Escofet, Enrique Badosa, Julio Manegat y tantos otros, que llevaron a su actuación no sólo la fría objetividad del profesional, sino la valoración y el entusiasmo de quien tiene un criterio político juvenil y ponderado. Este criterio no es, desde luego, el de un conformismo a ultranza. Es un criterio discutidor, anhelante de mayor perfección en nuestras empresas públicas, pero que pone por encima de todo el sentido de la continuidad y de la lealtad. Creemos que en España hacen falta actos de auténtica juventud, como los del Coll del Moro, y sobran las actitudes de los jóvenes envejecidos, que hablan de la España negra y del Ejército republicano, intentando agrietar la unidad de fe y entusiasmo del 18 de Julio.

Claudio COLOMER MARQUES

UN ANTIDOTO INNOCUO

SE han ensayado numerosos antídotos contra el comunismo: desde la guerra a sangre y fuego hasta la «coexistencia pacífica» — como en el caso de Eduardo Benes, en Checoslovaquia —, pasando por la derrama de dólares del Plan Marshall. El primer procedimiento sólo tuvo éxito en España (en Corea ha fracasado más o menos dignamente); el segundo llevó a la soviétización por medio de los partidos socialistas unificados del este de Europa, y el tercero no hizo descender sensiblemente el censo de comunistas y «fellows travelers» en Francia e Italia. No hay, pues, razón para creer, en general, en la eficacia de dichos antídotos así planteados. Ni la sangre, ni el conformismo, ni el dinero pueden vencer el mal, y éste desaparecerá solamente cuando se destruyan sus causas, universalmente reconocidas: la miseria, la injusticia social, los salarios ínfimos, los privilegios de clase, etcétera.

Esta verdad la han aprendido ya algunos países, y si no ha dado todavía los resultados esperados es porque no se pueden transformar de la noche a la mañana las condiciones económicas y sociales de una nación. El general Tiempo también riñe aquí su batalla decisiva.

Volviendo a los antídotos anticomunistas, aparte los tres que enumeramos más arriba, se han propuesto o se quieren proponer otros que no podemos tomar en serio, no por espíritu burlón ni por capricho, sino porque de

ellos sabemos «a priori» que desenfocan la cuestión, planteándola en terminos artificiales e innocuos.

Así, por ejemplo, cuando se nos dice que la institución monárquica puede constituir una barrera contra el comunismo. Desde el punto de vista histórico hemos visto hasta la saciedad que una Monarquía, por el solo hecho de serlo, no basta para eliminar el peligro del comunismo. Esto ocurrió precisamente y en primer lugar en Rusia. Desde el Domingo Sangriento de 1905 hasta la revolución de octubre todas las fuerzas monárquicas que movilizó el último Romanof, con el no desdeñable auxilio de la todopoderosa Okrana, precursora de la M. V. D., lucharon desesperadamente contra la subversión. Y la cosa terminó en una noche de San Bartolomé para las cabezas de la familia del Zar. La revolución hamburguesa, inmediatamente después de terminarse la primera guerra mundial, precipitó la caída de los últimos baluartes de la monarquía de los Hohenzollern. Más tarde el pobre Mihailovich fué sacrificado por Inglaterra al comunista Tito, y en Italia fué el comunista coronel Valerio el que asesinó a Mussolini, que había arrastrado el peso muerto de la Monarquía de la Casa de Saboya. Ultimamente, para abreviar el expediente, fué un general del ejército persa, Zahedi, quien salió al paso del Tudeh en Teherán, mientras el Sha, melancólico y abúlico, visitaba las tiendas de Roma probándose zapatos y eligiendo raquetas de tenis.

MAÑANA SERA
OTRO DIA

A DON SALVADOR DE MARICASTAÑA

NO se ha enterado usted, don Salvador de Madridariaga, de que han pasado treinta años ya—justo, hoy, se cumple la fecha— del último pronunciamiento español del siglo XIX. Aquel pronunciamiento instauró una Dictadura que estuvo en el Poder siete años. Feneció la Dictadura y, a continuación, la Monarquía (como era natural, pues si la Monarquía hubiera tenido fuerza para vivir no habría habido Dictadura). Hubo luego seis años de un régimen al que no se sabe cómo llamar, si no es que le llamamos con el nombre que uno de los suyos, distinguido escritor, le puso: el «no es esto». Y, cumplidos los seis años de «no es esto», en los que sucesivamente «no gobernaron» los «no derechistas», los «no izquierdistas» y los partidarios del «ni lo uno ni lo otro», los españoles se echaron al campo con la cartuchera repleta de «no es» y de «sí es» y dieron muerte al siglo XIX, que vivía ya sin licencia del enterrador, porque se conoce que había huelga de enterradores, treinta y tantos años más de la cuenta.

El siglo XX español no comenzó hasta un 18 de julio en que por primera vez vimos y usamos armas y vehículos del siglo XX, nos enfrentamos con cuestiones del siglo XX y nos pusimos camino de tomar un puesto real, corporal y verdadero en la vida mundial del siglo XX.

Usted, don Salvador, figura del siglo XIX, hermano de leche (porque en las mismas ubres intelectuales se ha amamantado) de los Martínez de la Rosa, de los Pi y Margall, de los Canalejas y de los Azañas, cuando se produjo el pronunciamiento del Marqués de Estella tomó la postura (tan inefablemente ochocentista también) de «disidente». Usted lo ha recordado en el librito «Ojo, vencedores» (¡qué título también tan dentro del estilo de los folletos de

la segunda guerra carlista!), que contiene sus consejos paternales a los Gobiernos que terminaban, cuando el librito se publicó, de derrotar a Hitler. Usted lo refiere así:

«Cuando en 1923 se alzó Primo de Rivera, formando el Directorio Militar, era vocal de la Comisión Mixta Provisional del Desarme un distinguido almirante español, que a los pocos días se encontró de vicepresidente del Directorio y, más tarde, al asumir Primo el mando del Ejército de Marruecos, quedó de dictador en ejercicio. Escríble yo desde Ginebra explicándole que, si bien parecía natural que el Directorio experimentara con los principios constitucionales del país en crisis, todo sería inútil y hasta peligroso de no hacerse en un ambiente de libertad de pensamiento, y sobre todo de Prensa. Contestó el almirante que yo atribuía excesiva importancia a tales cosas por ser escritor, mientras que el número de españoles a quienes preocupaba la libertad de pensamiento y de Prensa era una minoría muy exigua del país. Replíqueme: «Si se mete a un hombre de cabeza en el río dejándole el cuerpo fuera, el número de células de su cuerpo que se quedan bajo el agua es una pequeña minoría... y el hombre se muere».

Y se quedaría usted tan a gusto, señor mío, después de haber ofrecido al Gobierno de la nación una metáfora, que es riquísimo obsequio muy propio del siglo XIX y el más sustancioso de los que se echaban al puchero retórico-político de los súbditos del Reino de Babia de la Reina Castiza. Estaba España pelechando de tanta libertad de Prensa que cada cual aconsejaba en un diario lo que le venía en gana, desde dejar en paz al moro hasta irnos a poner sitio a Lisboa, desde matar frailes a navajeros hasta enseñar el krausismo a los niños de teta, desde meter en la cárcel a la Guardia Civil hasta formar un Gobierno de sefarditas importados de Salónica, ¿y recetaba usted libertad de Prensa? Siglo y pico llevábamos de pensar cada uno a su talante, desde pensar que la culpa de nuestras desdichas es de Felipe II y de la Inquisición, hasta pensar que la causa de nuestras desgracias está en el abate Marchena y en el libre pensamiento, con otras cosas igualmente luminosas, y sin otro punto de coincidencia en nuestros pensamientos que el pensamiento de la desventura nacional, ¿y recomendaba usted libre pensamiento? ¿Y consistía nuestro libre pensamiento en pensar que había que pensar libremente, quedándose en tan vigoroso resultado toda la fuerza de nuestro pensar? ¿Y no tenía derecho el dictador para pensar lo que pensaba, que no era lo que pensaba usted? ¿Ni había que dar libertad al dictador ni a los gobernantes, sino a los ideómanos y a los panfleteros?

Pero ganó, al fin, la libertad, y acabóse el dictador, y la Dictadura, y el gobierno, y la paz, y el trabajo, y el orden, y el sentido común. Acabóse todo menos el siglo XIX, que aun había de tener media docena de años a la nación entregada al entierro de la sardina, cantando la música ratonera del himno de Riego, paseando a mujeres burdelarias con gorro frigio en el techo de los tranvías o con metralleta en la mano frente al Alcázar de Toledo, recomendando el Ministro de Agricultura que no se siembren tantas naranjas para el año que viene, y el del Ejército que se pulverice al Ejército, descubriendo el malsusianismo, el divorcio y la secularización de los cementerios como el no va más de la modernidad científica y política.

¡Qué colmo de inactualidad, de rutina, de anacronía, de vejez en aquellos tiempos, que son los de usted, a quien sería justo cambiar el nombre (así lo pienso, en uso de mi libertad de pensamiento) por el de don Salvador de Maricastaña!

Luis PONCE DE LEON

No puede decirse, en verdad, que las Monarquías hayan librado batallas recias y definitivas contra el comunismo. Y esto, entre otras cosas, porque no está en su misma esencia ni en su misma razón de ser. Monarquía o República—o lo que sea—es una cuestión de régimen; comunismo o no comunismo, es una cuestión de ideas económicas y sociales en primer lugar y de situaciones dadas, comenzando por la militar. Podemos exhibir una lista de hombres que han descabezado a los partidos comunistas en sus países; si no nos repugnase la terminología hablaríamos de una pseudointernacional «caqui» contra una internacional «roja». Pero no sabemos de ningún soberano que haya movido todos los resortes de su institución contra la subversión comunista. Y la verdad es que por su condición de Reyes constitucionales no habrían podido hacerlo, so pena de sacar los pies de la Constitución, que les permite reinar, pero no gobernar, según la fórmula británica, siendo este que venimos tratando un problema de gobierno y no de protocolo.

La solución no es tan sencilla. El Presidente de los Estados Unidos dijo una vez Truman que disfruta de unos poderes mucho más amplios de los que estuvieron revestidos los más absolutos Monarcas de la historia. Y así es; sin embargo, ni él ni su sucesor en la Casa Blanca pudieron ganar contra el comunismo la batalla de los dólares, primero, en Europa y la batalla de los ejércitos, después, en Corea.

EL ESPAÑOL

POR LOS SILOS DE ESPAÑA



El silo de Córdoba, de actividad continua de miones y vapores de ferrocarril.

DESDE TRUJILLO A UBEDA SE GANA LA BATALLA DEL TRIGO

VAMOS hacia Trujillo, en tierras extremeñas, que tiene el primer silo de nuestro itinerario. Hemos iniciado el viaje desde Madrid en auto, y a esas horas propicias del atardecer.

Durante varias jornadas, no sabemos cuántas, cuatro personas vamos a convivir las peripecias y emoción de un mismo viaje. Como guía, cordialísimo y entusiasta, viene el ingeniero jefe de las zonas sur y centro de la Red Nacional de Silos, don Leandro del Haro; como repórter gráfico, Manuel de Mora; como conductor del coche—que hará a lo largo de la ruta una buena demostración de su pericia—, Antonio Alvarez, y como narrador, un servidor de ustedes.

Vamos, pues, primero, hacia Trujillo, pueblo de conquistadores.

A las nueve de la noche—sábado, por cierto—estábamos ya en Talavera de la Reina. Una parada muy corta. El tiempo preciso para tomar unas cervezas en la plaza del pueblo y dar de beber a nuestro sediento coche.

Nuestra impresión es, en unos minutos, muy breve. Talavera se nos muestra animadísimo. Alguien nos dice que es un pueblo grande y rico.

Y otra vez en marcha, camino ahora de Navalmoral de la Mata. El auto devora, veloz, un paisaje envuelto en sombras.

Anochece. Con los focos del coche encendidos entramos en el pueblo. Después de este primer estirón viajero sentimos hambre. Afortunadamente para nosotros, ha llegado la primera pausa de la marcha y la hora de la cena.

En Navalmoral de la Mata nos espera una grata sorpresa. El se-

ñor Del Haro conduce nuestros hambrientos estómagos a una especie de cueva encantada, en donde se cena todavía de una manera fabulosa por 20 pesetas. Esa misma cena, en Madrid, y en un sitio económico, nos hubiese costado un ojo de la cara y casi la mitad del otro.

Después de la cena, como no tenemos sueño, don Leandro del Haro, Mora y yo paseamos por el pueblo, en silencio, hasta las cuatro de la madrugada.

Dormimos en Navalmoral de la Mata, sin chinches y casi sin calor.

Tuvimos en este pueblo la pri-



En el camino de Osuna se encuentra este bello edificio, declarado monumento nacional.

mera y ya única avería del coche. Cosa muy ligera, que pronto quedó resueita.

EN TRUJILLO. UNA MISA PARA TURISTAS EN LA IGLESIA DE SANTA MARÍA. VISITA AL PRIMER SILO. SUS CELDAS PRODUCEN VERTIGO. EL «CABEZORRO» DIO UNA BUENA COSECHA. MIJADAS

En la mañana del domingo llegamos a Trujillo. El cansancio del viaje, aun en coche, se pierde en la emoción que nos produce este viejo pueblo extremeño.

Mora empieza inmediatamente su trabajo. Nos da tiempo de oír misa de tres de la tarde en la iglesia de Santa María, en la misma plaza del pueblo, donde se yergue la bella estatua ecuestre de Pizarro. Es una impresión curiosa. La misa es oficiada por un sacerdote suizo, que ha llegado a Trujillo con un grupo de turistas de su país. Es una misa de rito distinto al nuestro, leída y cantada por los asistentes a la misma con gran devoción. Un suizo, muy gordo, canta al lado nuestro con infulas de tenor y bambolea rítmicamente su graciosa y simpática humanidad.

Todo Trujillo nos parece como si viviese al costado conmovido del recuerdo de Pizarro. Trujillo es, sin duda, uno de los más hermosos pueblos de la vieja España.

Poco después de la comida visitamos el primer silo de nuestra ruta. Ha sido enclavado a un lado de la carretera de Badajoz, sobre el fondo impresionante del pueblo y de su castillo.

En nuestro recorrido—como es domingo, no se trabaja—don Leandro del Haro nos informa

con exactitud, claridad y, sobre todo, con entusiasmo.

La historia de la Red Española de Silos empezó hace unos años, y durante un cierto tiempo, en callada y admirable labor, se trabajó con tanta firmeza como eficacia. Cuando la Red termine su obra se regularizará por completo en nuestro país el mercado triguero. Se conseguirá, en un régimen continuado de cosechas deficitarias, efectuar compras en el extranjero con toda facilidad, aprovechando los momentos de baja en el mercado internacional.

Pero he aquí a nuestra vista el silo de Trujillo. Por fuera, su arquitectura es sencilla y bella. Un cuerpo central, esbelto, y dos más a sus costados. Todo él se perfila y destaca sobre el sobrio paisaje extremeño.

Funciona este silo—según nos dice el señor Del Haro—desde 1947. Es de recepción. Absorbe con rapidez el grano y lo reexpide al silo de reserva más próximo.

Entramos. Nuestra explicación ahora se complica. Estamos dentro de un auténtico laberinto de pasillos, de escaleras, de amplias naves. Vemos una maraña de tubos, de aparatos, de maquinarias. Y, sin embargo—añade sonriente el señor Del Haro—, todo esto funciona con extrema sencillez. El material, salvo la báscula, es de fabricación española.

El trigo se almacena en unas hondas y grandes celdas. Con una viva impresión del vértigo, y desde unos ventanucos abiertos en el suelo de una nave, contemplamos la profundidad y anchura de estas celdas, que en el silo de Trujillo son en total 29.

Móra, con la luz de un farolillo que se lanza y sostiene desde arriba, toma con su máquina fotográfica una de las celdas.

—Una idea de la rapidez y economía de los silos—comenta el señor Del Haro—se nos da en este ejemplo: en un almacén, tres personas, en dieciocho minutos, pueden vaciar 2.500 kilos; en un silo, esos 2.500 kilos se pueden vaciar en ocho minutos, con sólo una persona.

—No sabe usted—añade por su cuenta un campesino extremeño que nos acompaña—la breguina que nos quita.

Cuando salimos del silo encontramos cerca de una veintena de carros llenos de grano que esperan la llegada del lunes para vaciar su carga.

Poco después iniciamos la marcha. Nos detenemos unos minutos en el silo de Miajadas. Un gran coche de turismo nos pasó en la carretera. Asomado a una de sus ventanillas iba el simpático gordinflón suizo con aficiones de tenor.

El silo de Miajadas es muy parecido al de Trujillo, pero sin las ampliaciones de sus dos laterales. Es, en su arquitectura, con un solo cuerpo, mucho más esbelto. Por dentro también es menos complicado.

A un campesino le preguntamos por las cosechas.

—Pues, muy buena, señor—nos ha dicho—. El trigo «cabazorro» ha dado un gran resultado. También ha sido buena la cosecha de centeno y cebada. Muy regular la de avena.

Don Leandro del Haro nos explica que en estas tierras dan mejor resultado los trigos de ciclo corto porque el terreno es poco profundo. Y el trigo «cabazorro» es de esa clase.

Y salimos disparados hacia Mérida.

MÉRIDA. UN SILO CON MUELLE PROPIO. PESE A SUS DIMENSIONES, EL SILO DE MÉRIDA ES INSUFICIENTE

El auto devora el paisaje. Y algo más. Próximos ya a Mérida, sin querer, tenemos una pequeña víctima. Bajo las ruedas del coche ha quedado triturada una tan robusta como boba gallina.

Mérida ha sido dotado de un espléndido silo. Es parecido al de Trujillo y Miajadas, pero mucho mayor y más ancho que alto. Desde su torre se domina el melancólico paisaje, escenario en un tiempo de la gloria del Imperio de Roma.

—La instalación de este silo—nos explica el señor Del Haro—es del sistema «Buhler», es decir, suizo. Tiene recepción de camiones y carros, con una capacidad de entrada de 30 vagones en sólo ocho horas de trabajo. De salida, en ese tiempo pueden cargarse los 30 vagones. La capacidad total del silo es de 600 vagones. Y en cuanto a su capacidad de selección es de 300 quintales métricos.

El silo de Mérida nos ofrece una novedad: tiene un muelle propio para la entrada del ferrocarril.

—Se procura—nos dice el señor Del Haro—que todos los silos estén estratégicamente situados en nudos de comunicaciones. Y si es posible, como este de Mérida, en lugares en donde se pueda disponer de vías-apataderos.

Como es domingo tampoco funciona el silo de Mérida. Se toman nuevas fotografías, y yo observo con admiración la para mí complicada maquinaria.

Recorremos las naves; nos asomamos una vez más a las celdas; visitamos el laboratorio, en donde se determinan los rendimientos harineros de los trigos y los tantos por ciento de germinación de semillas; nos detenemos en los talleres para reparación de la maquinaria, y desde la terraza del silo contemplamos el paisaje de Mérida en una tarde de domingo.

—¿Qué tal la cosecha?

—Excelente—nos dice el jefe del silo—. Mejor que la del pasado año. El trigo, si bien no es, en cantidad, tan copioso, sí es de calidad superior.

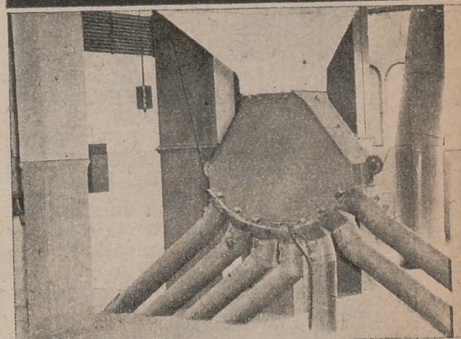
Después de la visita al silo volvemos al centro de Mérida. La animación es grande. Muchos vendedores ambulantes nos ofrecen cajetillas exóticas de tabaco. Aquí se fuma de lo bueno, y barato. Después de la cena tomamos café en la plaza, en compañía del jefe del silo, don José María Estrada Mera.

Por el señor Estrada sabemos que el silo de Mérida es, pese a sus dimensiones, insuficiente, y que convendría su ampliación.

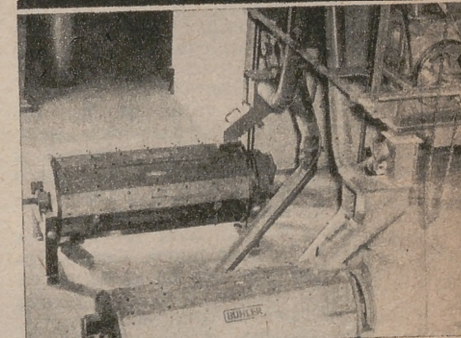
—Urge que se amplíe—nos dijo— a una capacidad de 1.000 vagones como mínimo. La ampliación ya fué prevista, pues los motores tienen potencia suficiente



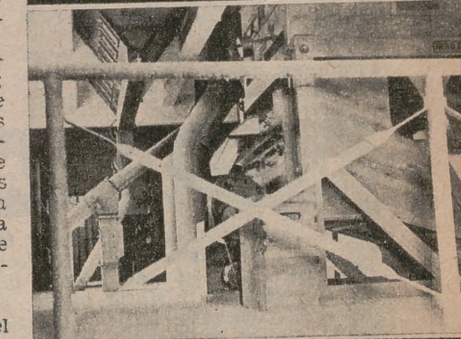
Por estas tolvas situadas en el muelle llega el trigo al silo.



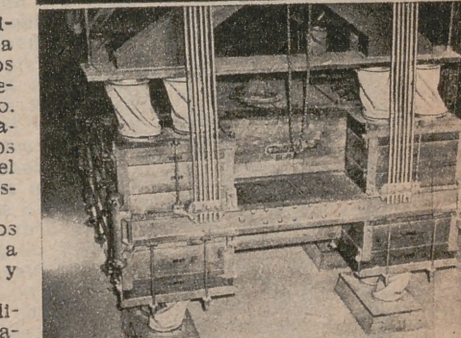
Este distribuidor llevará las semillas hacia las celdas de selección.



Aparato desbaldador que elimina de las semillas las pequeñas impurezas.



Aquí se seleccionan las semillas y se tribuye según sus clases.



En el planchister se hace una nueva lección, ahora es por tamaños.

para mover los transportadores con doble de longitud de la actual, y los terrenos, desde la primera instalación, están acotados.

También conocemos por el jefe del silo que las compras totales en la pasada campaña fueron de 1.800 vagones.

Para evitar el calor intentamos que el viaje sea de noche. No sin cierta pena emprendemos de nuevo el camino. Con los faros del coche encendidos, Antonio Alvarez, nuestro buen chófer, nos conduce a través de las sombras hacia Sevilla.

EN SEVILLA. EL DIFÍCIL HALLAZGO DE ALOJAMIENTO. UN SEVILLANO MIL POR CIENTO. EL CALOR MAYOR DEL VIAJE: EN CARMONA. LA MEJOR COSECHA DE ESPAÑA

Hemos ido de Mérida a Sevilla de un tirón. Nuestro viaje se desenvuelve a una velocidad muy parecida a la que se puede desarrollar en una carrera contra reloj.

Cuando llegamos a Sevilla se había ya iniciado la madrugada. El hallazgo de alojamiento es el problema número uno. Bandadas y bandadas de turistas veraniegos se extienden ahora por las ciudades andaluzas, sin miedo al calor, en especial por Sevilla, Córdoba y Granada.

Después de varios intentos hemos encontrado hospedaje. Está hecho nos enternece hasta el máximo, pues venimos borrachos de kilómetros y con muchas ganas de dormir.

Pero Sevilla bien merece una breve visita de noche. Con el optimismo que nos da el tener ya nuestro cuarto y con la grata perspectiva de una buena cama, nos lanzamos a la calle. ¿Y saben ustedes lo que hemos tomado en una madrugada sevillana? Unos vasos grandes y frescos de un riquísimo «ajo blanco». Y a dormir.

A la mañana, después del desayuno, en presencia de una docena de turistas, pintoresco grupo

de viajeros en rebaño, formamos nuestro plan de visitas. Sevilla, como punto estratégico, nuestro cuartel general, y desde ella realizaremos las distintas escapadas a los silos de Marchena, de Carmona y de Osuna. Y una excursión pequeña al silo de La Palma, en la provincia de Huelva. El silo de Marchena, junto a la estación, domina el pueblo. Un pueblo lleno de encanto y finura. El jefe del silo, un sevillano mil por cien, nos sirve de guía. Pero es un guía curioso, que descubre al mismo tiempo que nosotros novedades en el silo. Así, por ejemplo, él no había subido nunca a la torre del silo, y ahora lo hizo con un gracioso gesto de resignación. A su ayudante, conforme escalábamos la estrecha y empinada escalera, le decía:

—Niño, esto está más alto de lo que yo creía.

El silo de Marchena ha recién empezado ahora su vida. Es de recepción, y en él se atiende primeramente, como en todos los de su clase, a las facilidades de carga, descarga y pesaje. Terminaron ya las largas esperas en colas interminables de carros y camiones ante los almacenes del Servicio. Los pesajes, precisos, se realizan siempre con básculas automáticas.

Desde el silo nos fuimos directamente al coche. Pasamos por este bello pueblo, quieto, blanco y perezoso. En las calles, la gente nos vió pasar con indiferencia.

Volvimos a Sevilla. Después, las dos brevísimas escapadas a los silos de Osuna y de La Palma, a través de un risueño paisaje, de plurales bellezas. Los silos de Osuna y La Palma están finalizando sus obras de construcción.

Salimos de Sevilla, punto de partida de las mencionadas excursiones, un poco antes de la hora del almuerzo. Antes de llegar a Córdoba nos esperaba el silo de Carmona. La carretera general se puntea de grandes y pequeños coches de turismo extranjeros.

En Carmona nos encontramos con la compañía de Pepe Pinto. Y con el calor más tremendo de todo el viaje. Comimos, y a dormir la siesta. ¿Quién no duerme aquí la siesta con este calor que hace hervir hasta el agua que sale de los grifos?

Las casas, por dentro, son muy frescas en Carmona. Camino de un pueblo próximo pasa por la calle central de Carmona un coche de bomberos. Bueno, eso de que pasa es un decir. Se para en medio de la calle y nadie puede hacer que emprenda la marcha. Cuando llegue al lugar del fuego, si es que llega, o éste se ha apagado—también por cansancio—, o no queda ni la ceniza.

El silo de Carmona, que veremos después de la siesta, es espléndido. Preguntamos por la cosecha de este año.

—Buena, muy buena, niño—nos dice una mujer que viene de la era con unos horribles pantalones de trabajo.

Tenemos suerte en nuestro viaje. Recorremos un pedazo de tierra española en donde se ha dado la mejor cosecha del año.

El silo de Carmona es también de recepción o silo satélite. Aquí el grano permanece muy poco tiempo.

Mora, en tanto, no deja de sacar fotografías. Cuando termine el viaje, el mejor archivo gráfico—en cantidad y calidad—de los silos de la zona Sur se encontrará en sus manos.

Tras la visita al silo emprendemos el camino hacia Córdoba. En la ciudad senequista se encuentra enclavado el silo acorazado de esta escuadra de la paz, que ha ganado para España la primera batalla de la retaguardia: la batalla del trigo.

UN CUARTO DE HOTEL CON GRILLO. INOLVIDABLE RECUERDO DEL SILO DE CORDOBA. PUNTO FINAL

Llegamos a Córdoba hacia el atardecer, y se nos presenta el mismo problema que en Sevilla:

HISTORIA DE UNA GENERACION

[La historia es obra de las generaciones. Si una generación no recoge la herencia de la generación anterior, o la rechaza, o la desvirtúa, la historia queda, en algún modo, interrumpida, rota o desvirtuada. Si las generaciones se suceden normalmente en el tiempo y la ideología, la historia continúa su progreso natural.

Nace de aquí para los hombres de cada generación una responsabilidad que mira, al mismo tiempo y por igual, hacia el pasado y hacia el futuro: la que se ha llamado, por ello, «responsabilidad frente a la historia».

De esta responsabilidad se deriva la obligación ineludible de romper la secuencia histórica y rechazar el pasado cuando la generación que nos precede ha iniciado el camino de la destrucción nacional o ha creado un clima en el que no puede cumplir la sociedad su natural función política. Y se deduce también, por el contrario, la obligación de la solidaridad con las generaciones precedentes cuando el rumbo histórico que nos legan no necesita rectificación, cuando dejan trazado un cauce para el discurrir político de la sociedad cuya anchura y longitud permiten realizar dentro de él todas las exigencias de la justicia social.

El 18 de julio de 1936 una generación entera de españoles conscientes de su responsabilidad histórica se alzó para rechazar y combatir la obra, la ideología y el enfoque político de unas generaciones, que intentaban proyectar hacia el futuro la liquidación de la cultura, la sociedad e incluso la independencia de España. El desarrollo histórico que conducía al caos quedó detenido y comenzó, de cara al futuro, con nuevo rumbo y nuevas bases, la historia nueva del Nuevo Estado. En la inauguración del monumento que conmemorará la batalla del Ebro—triumfo culminante de la decisión histórica que salvó a España—el Ministro Secretario General del Movimiento ha recordado, con notable oportunidad, a las generaciones jóvenes que continuarán mañana la historia, su deber de solidaridad con la generación que se alzó hace quince años, su obligación de proseguir sin desviaciones y sin pausas la emprendida tarea de la reconstrucción nacional.

Tres lustros de paz interna, de ininterrompido progreso económico y de efectiva política de representación social confirman la validez actual de los principios políticos en que se inspiran los textos constitucionales del Nuevo Estado. No hay nada, pues, que rectificar en lo

el alojamiento. Es el resultado de un turismo fabuloso. Pero el señor Del Haro, una vez más, se encarga de resolver el problema.

Nos dan una habitación, pero con grillo. Durante toda la noche hemos de oír el melancólico y monótono canto de este lírico animalito.

Cenamos en un típico lugar con buen apetito, pusimos unos telegramas, y a la habitación con grillo, que nos cantó una tierna nana.

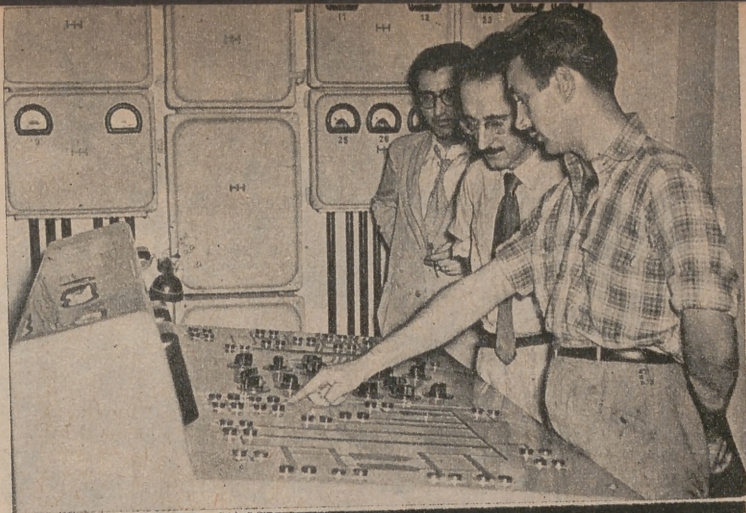
Por la mañana nos desayunamos con chumbos frescos y dulces. Y nos fuimos al silo, después de la obligada visita a la Mezquita, atiborrada de extranjeros y de chiquillos.

De todos los silos que han jalonado nuestro recorrido, este de Córdoba es el que nos ha dejado un recuerdo más perdurable. Es de tránsito, y, aparte de sus funciones de admisión y de reexpedición de grano, está dotado de una moderna instalación de selección mecánica de semillas.

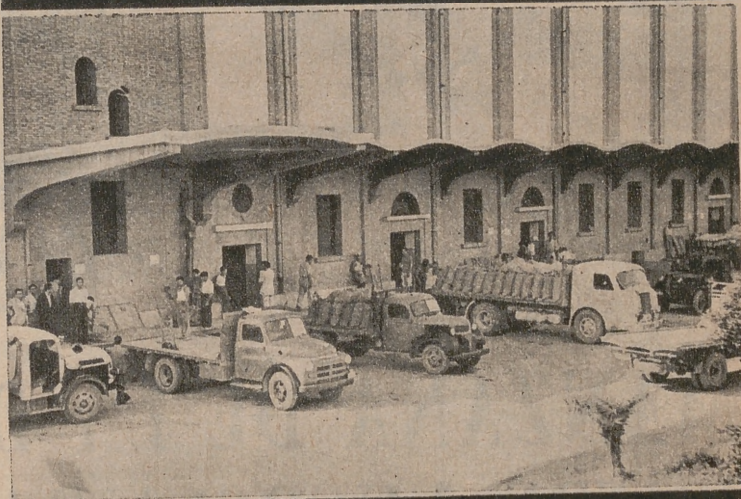
Cuando llegamos al silo de Córdoba lo encontramos en pleno funcionamiento. Los centenares de carros, en la puerta, se vaciaban con extraordinaria rapidez. Un fino polvillo, dorado por el sol, envolvía, como una leve niebla, todo el espectáculo. Por la parte de atrás del silo se cargaban a su vez más de una veintena de vagones. El trigo corría como un río de oro por los tubos; pasaba por las distintas máquinas; se pesaba automáticamente, y con golpes acompasados, en las básculas, y salía y entraba en las celdas, según la clase de necesidad, de entrada o de salida.

En Córdoba hemos visto, en su plenitud, la obra que se realiza en los silos. Se reciben continuamente cereales y leguminosas; se seleccionan semillas, se desgranar mazorcas y se deseca el maíz y se airean los cereales húmedos.

—La capacidad de este silo—nos dice con entrañable emoción el señor Del Haro—es enorme. De 130.000 quintales métricos. Su re-



Nuestro enviado, en el centro, observa todo el proceso interior del silo. Este es un banco automático que tiene un registro visual de comprobación de maniobras.



Camiones de los más diversos tonelajes afluyen a los muelles de descarga del silo de Mérida para depositar su valiosa carga.

cepción es de 900, y de 50 su capacidad de selección.

Mora y yo nos embobamos, y todo esto tiene para nosotros un encanto inédito. Con su cámara fotográfica, mi compañero reseña

el testimonio expresivo del silo cordobés: los detalles de sus máquinas, la hondura de sus celdas y, sobre todo, la nota humana; el hombre en su trabajo. También registra con su cámara la masa que forman los camiones y carros que cargan y descargan, fuera del silo, la valiosa semilla.

—La media diaria de entrada y salida—nos explica el jefe del silo—es de 15.000 quintales métricos. Y en este silo—añade—la cantidad de semilla a seleccionar en la campaña alcanza la cifra de 75.000 quintales métricos.

Y es en esos momentos cuando nos envuelve como una zasa el tenue polvillo dorado de los

granos; cuando el rumor incesante de la semilla que corre por los tubos metálicos convierte al silo en una enorme caracola; cuando el suelo vibra sin cesar al ritmo del trabajo; es ahora, en esos momentos, cuando nos viene a la memoria aquellas palabras del General Franco: «La batalla del trigo, primera batalla de la retaguardia, tan importante o más que las que se libran en la vanguardia, la ganaré pasando por todo y por encima de todo...»

Por fuera, la arquitectura del silo es sencilla y bella. Es, sin duda, como el doble, en sus dimensiones, de las que hasta este instante habíamos visto de los otros silos.

Volvimos a Córdoba. Poco después el coche iniciaría su ruta hacia Jaén. El itinerario previsto tocaba a su fin. Una parada breve en Andújar, un nuevo castillo del trigo, y sin detenernos en Jaén llegaríamos a Granada. Aquí, el autor de estas líneas se despidió de sus gratos compañeros. Don Leandro del Haro, el amable y admirable guía, y Manuel de Mora, el querido compañero, se lanzaron de nuevo a la carretera: hacia Albacete, el señor Del Haro, y hacia Madrid el compañero Mora.

Antonio COVALEDA
(Enviado especial.)

(Fotografías CORMOR.)

que a la política interna se refiere, en la obra o en la ideología de la generación que venció en el Ebro. La disciplinada unidad y el espíritu de sacrificio que hicieron posible aquella victoria militar siguen siendo la condición previa de nuestra seguridad y nuestra grandeza.

También en la esfera de la política internacional podemos aceptar sin ninguna hábil aplicación del «beneficio de inventario» su herencia. La posición internacional de España no ha cambiado en los quince años de su nueva historia. Hemos seguido, con nuestra verdad, en el mismo punto donde empezamos nuestro nuevo ser: en un frente cerrado contra el comunismo. En este frente han venido a emparejarse con nosotros y a coincidir con nuestra verdad los pueblos que quieren defender la cultura y la civilización europeas.

Y en este mismo frente—y en qué punto mejor que en el «coll del Morro», desde donde el Caudillo dirigió la victoria de la heroica generación del 36!—seguiremos transmitiendo la herencia intacta del anticomunismo, la justicia social y la unidad entre los hombres y las tierras de España a las generaciones que nos sucedan.

EL ESPAÑOL



TRIESTE

MANZANA DE LA DISCORDIA ENTRE YUGOSLAVIA E ITALIA

UN JUICIO EMOCIONANTE SOBRE LA CIUDAD DEL ADRIATICO

EL Territorio Libre de Trieste, si libertad puede llamarse a la ocupación del mismo por tres ejércitos, puede ser, hoy, la chispa causal que prenda la atmósfera de su crisis internacional. Hemos llegado a Trieste. Si las «ragazzas» de la Plaza de España son todas bellas, también lo son las muchachas de Trieste. He aquí un tipo de mujer formado en un singular cruce de razas. Tienen cintura de avispa esas chicas que conducen «Vespa» por el Corso, la Plaza de la Unidad o la de Vittorio Veneto. A ellas se refería la conversación callejera de un italiano, de aspecto meridional que decía, gesticulando, que la mejor prueba de la italianidad triestina estaba en el aire gracioso y en la belleza de las mujeres de este lugar.

—No tendrían tal belleza si no fuesen de pura sangre latina.

EL CONFLICTO, YA SIN MUJERES

Quizá se extrañen ustedes que en una crónica desde el T. L. T., que así se llama en abreviatura el Territorio Libre de Trieste, para que en sus iniciales parezca menos irónica la palabra Libre referida a la ocupación de tres ejércitos, hablemos de lo guapas



Una manifestación italiana en las calles de Milán en protesta por los últimos disturbios de Trieste.

que son las mujeres, pero es precisamente en el momento en que amenaza la artillería gruesa cuando hay que hacer un canto a la cerámica más delgada. Preferible es mirar el paso armonioso de estas mujeres que escuchar las palabras de Tito, hablando a los guerrilleros en Okroglica.

La historia de este conflicto quizá haya nacido el mismo día

en que los ingleses y norteamericanos cedieron a Italia la administración de la zona A. Como se sabe, la zona de Trieste fué dividida en dos e internacionalizada; una de las zonas, la occidental, quedó bajo el mando del comandante supremo aliado, mientras que la zona B sería administrada militarmente por las fuerzas de Tito. La situación de

BANDERAS ITALIANAS POR TODAS PARTES

tirantez y de inestabilidad ha sido acentuada por la publicación, por una agencia de información yugoslava, el sábado 29 de agosto, de una nota en la que se decía que «Yugoslavia había perdido la paciencia respecto a Trieste y que podría poner fin a su actitud anexionando, acaso, la zona B en respuesta a la anexión fría por Italia de la zona A».

Esta «anexión fría», a la que se refiere la agencia, es la que se verificó, de una manera administrativa, por parte de Italia después de las promesas efectuadas, poco antes de las elecciones generales italianas de 1948, por los Estados Unidos, Francia e Inglaterra, las cuales dieron una declaración tripartita en la que se prometía la devolución de Trieste a la soberanía italiana. Esta Declaración fué motivada por el hecho de que la propaganda rusa esgrimía el deseo de que a Italia le fuesen devueltas sus colonias.

Las últimas manifestaciones estudiantiles de Roma, Nápoles, Milán y las de la misma ciudad de Trieste obedecen a un amplio movimiento de reivindicación italiana, que recuerda las promesas hechas en marzo de 1948 de devolver Trieste a la soberanía italiana.

TRIESTE EN LA CALLE

La gran masa de la población de Trieste es de origen italiano. Así, sus calles parecen las de una ciudad italiana más, en la que el sentimiento patriótico se manifiesta con más fuerza que en otras partes.

Por todas partes, en las calles, en las plazas y en los paseos se oye lo mismo. «Que si van a cortar el agua potable; que si a Gorizia han llegado muchas tropas; que si la zona A; que si la zona B; que si la escuadra italiana ya está en Venecia; que si un avión pasó un pedazo de ala más allá de la línea divisoria; que si un grupo de soldados se adentró por la separación entre montañas; que si la señal de división, absurda señal que divide en dos trozos un mismo campo, pasa por un cementerio o por una colina; que si la «cortina de ferro» se disputa hasta la jurisdicción sobre los muertos...» Todos los comentarios tienen un neto punto de vista italiano, punto de vista que alcanza, en estos momentos, una gran emoción indicadora de una conciencia plena de la gravedad del asunto.

La prisa de las gentes por las avenidas modernas y por las callejas tortuosas de la ciudad antigua que, en estos últimos años, ha sido escenario para temas cinematográficos a lo «tercer hombre», se detienen a comprar la última edición de los periódicos, a escuchar los altavoces del «Giornale Radio», de las emisoras o para enterarse, en suma, por Roma o Belgrado, de lo que puede pasar de un momento a otro a unos centenares de metros.

ESTO ES LO QUE PIENSA CADA UNO

En la vuelta a Italia están de acuerdo los del M. S. I., los de-

mocristianos, los monárquicos, los republicanos, los socialistas de Saragat y los socialistas de Nenni, los del «Uomo Qualunque»... aunque son los estudiantes del M. S. I. los que manifiestan más ruidosamente su irredentismo pro italiano. La minoría eslava se pronuncia por una independencia del Territorio Libre, como primer paso para su inclusión dentro de la órbita de los pueblos eslavos. Esta dirección ha sido la que ha aprovechado Tito, en su discurso de Okroglica, el domingo 6 de septiembre, para proponer la internacionalización del T. L. T., como primer paso hacia una independencia y una inclusión, ya definitiva, en el seno de su país.

Los comunistas están divididos en dos grandes grupos: komformistas y partidarios de Tito. La postura de los últimos coincide con el contenido del discurso del dictador yugoslavo sobre la internacionalización con una intervención directa en la operación de Yugoslavia. En cambio, los komformistas triestinos se limitan a pedir la inmediata retirada de las fuerzas de ocupación anglo norteamericanas y que sea nombrado un gobernador no militar para las dos zonas A y B reunidas.

Frente a las opiniones más o menos dispares, de los grupos políticos, nos encontramos con una auténtica opinión, una opinión vista y sentida: el tricolor de las banderas italianas ha surgido, de repente, por toda la ciudad como un plebiscito de colores. Mientras las radiopatrullas en «jeep» de la Policía militar norteamericana corren por entre las nubes de gasolina quemada de millares de motocicletas y automóviles, las emisoras militares autotransportadas del ejército occidental de ocupación están en los puestos de barrera de las montañas prestas al primer aviso, que casi no daría tiempo a consultar a las preocupadas cancillerías que lloran, sobre los papeles, la cuestión de Trieste.

Hasta las chicas azules del Cuerpo Auxiliar femenino parecen más serias que nunca y más militarizadas en una ciudad que no ha perdido la calma, que sigue con su tráfico en los Lloyds, que pasea por el parque del recuerdo a los caídos de todas las guerras por Italia y que sube a las peligrosas montañas circundantes en el atestado funicular de la excursión veraniega en la que pacíficos ciudadanos com-



Refugiados procedentes de las zonas no controladas de Istria llegan al puerto de Trieste huyendo de la opresión comunista.



Arriba: Una calle de los barrios humildes de Ragusa.—Abajo: El puerto de Trieste es un posible Danzig del Adriático.

parten la plataforma, quizá, con agentes que tienen que ver, en favor o en contra, con esa cosa que se llama Komiform.

AL TELON SE LLEGA DANDO UN CORTO PASEO

Toda la ciudad triestina está situada en la zona occidental del territorio libre; no ocurre aquí como en Gorizia, donde la «cor-

tina» atraviesa por las mismas calles en las que el ejército italiano realiza demostraciones de fuerza ante la mirada de los soldados que manda ese veraneante de la isla de Brioni que se llama Tito. Pero el telón también está muy cerca y se llega a él en un corto paseo.

En esta zona occidental del Territorio Libre residen alrededor de veinticinco mil evadidos de

los países de dominio comunista. La mayoría son colonos italianos huídos del poder yugoslavo. Algunos de estos refugiados han atravesado el «telón de acero» ruso y después la «cortina de hierro» de Tito para llegar a Trieste.

La «Comunale» triestina ha tenido que montar costosísimos servicios asistenciales para atender a este gran número de refugiados anticomunistas. Existen dos grandes campos de alojamiento en los que, con la ayuda de la administración angloamericana, se reparte comida a estos evadidos.

EL SEÑOR HENRIQUEZ CONSUL POR NOMBRAMIENTO PROPIO

Un sefardita que se llama Henríquez y que a falta de representación consular española en el T. L. T. parece haber asumido, por las buenas y oficiosamente, el asesoramiento de españoles e hispanoamericanos que por aquí lleguen, me ha dicho que Trieste está como «Cristo in croce», crucificado en el calvario de sus montes partidos, en las accidentadas montañas que no le han permitido tener al T. L. T. un solo campo de aviación; aquí, que hay tantas armas de todas clases para contento del coleccionista de armamentos que es nuestro viejo paisano, el señor Henríquez, que tiene hasta cañones y un submarino en su fabulosa colección guerrera, faltan armas aéreas. Nosotros mismos tuvimos que aterrizar en Udine, un campo italiano, desde el que nos trasladamos por tren al T. L. T., zona A, después de cruzar la vigilancia especial que en estos días, más que nunca, realizan los Policías y soldados de la mitad del territorio de Trieste que, pese a la transferencia administrativa y civil a los italianos, sigue siendo angloamericana en el aspecto férreo y militar. El viaje en tren fué un bordeo rápido de una costa de pinares y rocas, llena de residencias que ahora ocupan jefes y oficiales norteamericanos que no han cedido en el blanco castillo de Miramare, que un día edificó el archiduque Maximiliano de Austria, fugaz emperador de Méjico.

TRIESTE, ESPECIE DE JUICIO DE SALOMON

Si la cosa continúa —y que después del discurso de Tito y de las contestaciones italianas aun habrá todavía más dialéctica—, ocasiones tendremos de hablar de esta plaza, víctima de una especie de juicio de Salomón. De esta Trieste emocionante que es como un Danzing adriático y que está bastante cerca de aquel Sajaievo donde unos simples tiros de pistola provocaron la primera guerra mundial. Hablaremos de esta ciudad que tiene una alabarda en el escudo, que indica su destino de vigilancia; de esta ciudad que como una Roma en pequeño ha de tener la pesadilla de contemplar siempre a un Anibal con un ejército de mercenarios a sus puertas.

Francisco COSTA TORRO
(Enviado especial de
EL ESPAÑOL)

EL PIRINEO ES ASI

Una impresionante vista de Bielsa desde las curvas.



TIERRA DE HADAS, DE GIGANTES Y DE ELECTRICIDAD

DE HUESCA A PINETA, PASANDO POR MUCHOS LABERINTOS

(De nuestra enviada especial Pilar Narvi6n)

CIERTAS naturalezas apegadas a la grandeza del paisaje de alta montafia precisamos venir a 6l a lo menos una vez al a6o para hacer nuestra «cura de alma». Dicho as6, sin m6s explicaciones, hasta queda un poco cursi y todo. Aqu6 se suda todo el aburrimiento que le atosiga al cuerpo durante tantos meses de permanencia en Madrid, se resuda tanta tonter6a como se oye y se sumerge una en un ba6o de ox6geno silencioso que la deja como nueva. Es necesario hacer una buena escalada cada a6o para volver a la ciudad convencida de que, ¡gracias a Dios!, no le falta a una ninguna pieza. Del poco uso que los ciudadanos de las grandes urbes hacemos de ellos, a veces se tiene la rara sospecha de que hay puntos y rincones de nuestros pulmones llenos de telara6as y laber6nticos caminos del

torrente circulatorio faltos de riago. Aqu6, en la tierra de las hadas y los gigantes, la m6quina humana marcha como recompuesta por la entendida mano de Dios.

Ilustran este reportaje una serie de fotograf6as a la vista de las cuales a cualquier lector le hormiguear6 la tentaci6n de echarse al campo. Por mucho que la civilizaci6n nos retoque, nos pula y nos emperifolle, ante fotograf6as as6 se siente rabiosamente el hambre de paisaje, casi dir6a, si me atreviese, hambre de prado.

DE HUESCA AL PUERTO DE NAVAL

La excursi6n puede hacerse teniendo como punto de partida Huesca. El curioso turista encontrar6 en la bella ciudad aragonesa un claustro rom6nico pro-

Pe6a Montase6a vigila el ir y venir de los vecinos de La Espu6a.



Ainsa durante el invierno





Instalaciones eléctricas de Lafortunada.

digiosamente conservado, el de San Pedro el Viejo; un retablo en la catedral firmado por el gran Forment; una colección de primitivos aragoneses y catalanes en el Museo Provincial que puede calificarse de sensacional, y para los corazones románticos, que gustan de sobrecogerse con el vuelo de la tragedia, allí está la mazmorra que hizo famosa «La campana de Huesca». Turistas franceses llenan la ciudad; en los soportales cercanos al Coso toman cerveza y «castañas de dulce», especialidad confiteril de Huesca.

Descansados de esta jornada por la bien plantada ciudad de Barbastro, el turista toma la carretera que ha de llevarle hasta el valle de las hadas: Pineta. Ya a la salida de Barbastro el aire comienza a extremar sus gracias, a entrarse por los pulmones sanísimo, perfumado, alegre, como si cada lóbulo de ellos fuese una plaza soleada y el aire niño jugase en ella al más alegre de todos los corcos. Como en el romance jocoso, el coche «sube que sube que sube, trepa que trepa que trepa». Llegamos al puerto de Naval. Ya aquí comienzan a asombrarnos los duendes de la montaña. El río respuntea con hilo de plata el terciopelo verde del prado, y las primeras alturas inician el poema pirenaico a la vertical impresionante de sus alturas. Pueblines, fuentes, río, pines...

EL PANTANO DE MEDIANO, EL PUENTE DEL DIABLO Y LA ÚLTIMA PIEDRA DE LOS ROMANOS

Mediano es un pueblo que luego no será; el pantano va a sepultarlo bajo sus aguas; a todo el pueblo, no; dejará a salvo, allá en una loma, el cementerio. Además del pueblo, de los praderios de junto al río, de la vieja iglesia con la torre torcida, el pantano va a tragarse el puente del Diablo. Un puente—hasta aquí también llegó la leyenda—que hizo en una noche el Diablo, a cambio del alma de una buena moza; pero el Diablo se distrajo en el último minuto y perdió la cobranza porque, al parecer, la última piedra la pusieron los señores romanos. Si estudiásemos las leyendas de todas las grandes obras romanas de la Península Ibérica, veríamos con asombro que todo es cosa del Diablo; los Césares y pretores se dedicaron nada más que a ir poniendo aquí y allá las últimas piedras. ¡Y nuestros pobres hombres públicos sin aprender el truco y empeñados en construir España a base de primeras piedras!

Las obras del pantano son gigantescas. Me siento hormiga ante las grandes instalaciones que arrancan piedra, rompen rocas, mezclan el cemento, arrastran hierro y levantan muros fantásticos de contención. Un recorrido

por el laberinto de instalaciones a raya del abismo le hacen a una figurarse que es una heroína del trapecio. Un paso en falso y... a la cueva del Diablo. Porque este Diablo de Mediano no se conformó, como el del acueducto de Segovia, y cuando vió que le habían usurpado los honores de la última piedra, dió un patadón a la montaña cercana y en ella abrió una terrible cueva, que, convenientemente ampliada por los ingenieros del pantano, ha servido para desviar las aguas del río al hacerse las obras.

AINSA, SIMBOLO AMURALLADO Y PLAZA VIVA

Mediano simboliza el empuje de la España de hoy, bajo las aguas que han de regar en su día las sequizas tierras desaparecerá un pueblo. Ainsa simboliza la eterna España. Baluarte inexpugnable contra la morisma, ciudad de fuerte sabor guerrero, amurallada, con el airón gallardo de la torre de su castillo, posee una de las murallas más interesantes de todas las ciudades españolas y tiene, además, la plaza más pintoresca de todo el Pirineo de esta parte aragonesa, con sus soportales enjalbegados, enlosados, desiguales, bellísimos. En esta plaza se «apalabran», por San Miguel, docenas y docenas de criados de toda la montaña; en esta plaza se baila, se toma el sol y se monta la feria por septiembre. Tiene la vieja Ainsa un revoltijo de calles moriscas, retorcidas, empinadas; calles que conservan fina la cintura y airosas las caderas; calles que dan a las montañas ese garboso equilibrio en el andar, ese como eterno e inconsciente transportar balanceante de un cántaro bíblico sobre la cabeza menuda y derecha. Ainsa tiene además su barrio junto a la carretera, con tiendas bien surtidas, hoteles graciosos, casas de construcción moderna; la farmacia coquetona, el mirador del médico, la harinera con su trajín de mollienda y el cruce constante de camiones de madera, de autobuses de viajeros y del trajinar de gentes y mercancías, del cual esta ciudad es centro importantísimo de comunicación.

LAS CARAS DE LA PEÑA MONTAÑESA

Hay una gigantonía de cara simpática que vigila ya el paisaje de Ainsa: la Peña Montañesa, una redomada coqueta, que para mirar a cada uno de los pueblos que la circundan emplea una cara nueva. Peña Montañesa tiene un ojo puesto en Labuerda, con su postinera portada de la iglesia; otro en Laspuña, que tiene la más hermosa carretera vecinal de ningún pueblo del mundo, una carretera juguetona, que sube por la loma en la que se asienta el pueblo, haciendo las más divertidas diabluras peñas arriba. De cualquier parte que se la mira, Laspuña es una villa que pone cara de nacimiento sin más que para darse el gustazo de oír uno tras otro los más estupendos piropos a su buena facha de pueblo.

ALEGRÍA DEL AGUA EN ESCALONA

Escalona es un pueblo que, puesto a presumir, le sobran méritos; lo mires por donde lo mi-

El río Cinca a su paso por Banastón.





El Viñemale visto desde la cumbre del Tavllon. El montañero señala la línea fronteriza.

res, el agua le ríe por todas las comisuras de sus campos, le salta alborozada, le da vueltas y revueltas y le canta en remansos, en fuentes, en la corriente poderosa del Cinca o en las corrientes juguetonas que le traen truchas por todos los cuatro costados del pueblo. Por si fuese poco, tiene su ermita. Una ermita jovencilla que, parada en el borde de la carretera, parece una mozueta vestida de fiesta que espera muy quietecita el autobús. Por Escalona se va a Belsierre, con sus cocinas de techo en cúpula, sus jueces de paz, que tiene títulos de barón, y su tiempo dormido. Los viejos de Belsierre pertenecen a un mundo que está barrido de la realidad de hoy y refugiado timidamente en los rinconcillos de los libros. Pero los jóvenes de Belsierre tienen buenas piernas para resistir las cuestras, se han comprado bicicletas y se van a trabajar a Lafortunada.

LAFORTUNADA, EN UN RINCÓN DEL PIRINEO

Los gigantes constructores del Pirineo, los titanes que han empujado sus grandes moles de piedra, las pequeñas hadas que han ido haciendo por los rincones los bellos bolillos de sus aguas, los duendecillos pirenaicos que llenan de tréboles de cuatro hojas los praderíos se han aliado en Lafortunada con los hombres de hoy. En un rincón del Pirineo se levanta este pueblo moderno, alegre, nuevecito, al que vienen a trabajar en bicicleta los mozos de Belsierre, de Muro, de Puyarruego... Luego los mozos se casan con unas montañesas muy guapas que también saben montar en bicicleta, y la Iberduero, compañía a la cual pertenece esta gigantesca mole industrial, les cede una de esas casitas coquetonas, donde la nevera, la radio, el cuarto de estar, el baño y la cocina presumida separan a la

madre de la cocina en campana un par de siglos de la hija de la cocina eléctrica.

Vámonos encaramándonos, siguiendo la línea de la electricidad Pirineo arriba, hasta la falda de monte Perdido. La carretera hace enmudecer hasta a los más parlanchines, cada vuelta nos muestra un paisaje de mayor grandeza; pensamos en los escaparates de las agencias de viajes que nos cantan las bellezas de Suiza y sonreímos divertidos. ¡Ir a Suiza teniendo aquí esto! Le entran a una deseos de tomar por las orejas a sus lectores y traerlos de rondón aquí, a la carretera de Saravillo, con aquellos túneles con balconadas abiertas al abismo que van pintando en la oscuridad lunarillos de luz; al puente de Pecadores, que parece la boca del infierno, un infierno especial, de una profunda inquietante belleza, y luego los pueblos agarrados a las peñas entre praderíos. Pueblos que cada uno él solo llena tres reportajes y queda inexpressiva la explicación.

¡SALINAS DEL SIN!

Salinas del Sin es la Costa Azul de aquellas montañas, el Estoril, el San Sebastián, el Miami. Para el que no sabe los secretos de Salinas, sería una buena broma cerrarle los ojos a la salida de Lafortunada y abrirselos allí, en aquellos cuidados jardines, en aquellas terrazas con sus alegres toldos de colorines, entre aquellas damas y damiselas elegantes que visten a la última moda y te ofrecen una comida o una merienda que no envidia en nada a las de la famosa cocina del Ritz. ¿Estamos en algún centro de turismo internacional? No, amigos míos; estamos en otra de las grandes instalaciones de la Iberduero y la casa donde nos sentamos a merendar es la del famoso cazador de sarríos pirenaicos don Adolfo Salcedo. Sus hijas, Ana

Marj y Marisa, con dieciséis y dieciocho años, han batido ya las marcas femeninas españolas de caza mayor. Por estas alturas, además del sarrío, se caza el jabalí.

PINETA, FIN DE TRAYECTO

Arañando las laderas, entre alturas de nieves perennes y praderas idílicas, seguimos hasta el fabuloso valle de Pineta. Antes de llegar, pasamos por Bielsa, el pueblo propietario de los prados mejor cuidados de España, un pueblo que recomiendo a los filólogos y a todos los entendidos en materia folklórica. De B'elsa, un empujón más y ya estamos en Pineta. Al fondo, la majestad de las cumbres; cerca, el movimiento constante y cantarín del agua; nuestros pies, toscos pies, sobre la gracia infinita de las finas flores silvestres. Como en los cuentos infantiles, se puede ir al bosque a buscar fresas y se puede volver con la cesta llena. Cientos y cientos de fresas rojas, tiernas, jugosas, en un bosque de cuento para niños, donde corren las ardiillas, donde cada paso es como una aventura de conquistador, un bosque sonoro que por unas partes trepa audaz hasta la exaltada vertical de la montaña, mientras por otras se dulcifica y suaviza en verdes tiernos, en menudas florecillas, acaricia aquí un regato, allá un río..., siempre bajo el ojo vigilante del dueño del lugar, el muy importantísimo señor Monte Perdido.

(Fotografías de «Ismael».)

Asegúrese usted

EL ESPAÑOL

todas las semanas
solicitando una suscripción.



CHARLA EN TORNO AL CINE EN UN CONVENTO DE CAPUCHINOS

“EL CINE ESPAÑOL CARECE DE SENTIDO CINEMATOGRAFICO”

«YO SIEMPRE FUI ESCEPTICO CON EL NEORREALISMO», DICE EL P. BEGOÑA

“HASTA AHORA LA CENSURA NO HA FRUSTRADO NINGUNA OBRA DE ARTE”

“A LAS NUEVE EN EL CONVENTO...”

EL reverendo padre fray Mauricio de Begoña acaba de publicar un importante libro sobre el cine: el cine, queramos o no, es siempre un tema caliente, y por esto dos periodistas se encuentran a las nueve de la mañana a la puerta del convento de los Padres Capuchinos en la plaza de Jesús. Las mujeres, dicen que son siempre muy decididas, más en este caso Blanca Espinar, colega de turno, está profundamente acomplejada de su rebecca. El calor es abrasador, apesar de su temprana hora, pero al convento no se debe entrar con trajes veraniegos.

Un hermano nos abre la puerta. El padre Begoña no se hace esperar. Los dos periodistas y el padre se conocen de tiempo, y las primeras palabras son de recordación de años pasados.

El padre Begoña es una personalidad dentro del cine español. Censor de películas y guiones, es profesor de filmología en el Instituto de Investigaciones y Experiencias Cinematográficas. Además es censor de teatro y profesor de la Escuela Oficial de Periodismo. Sus conocimientos y experiencias en materia de cine acaba de revalorizarlo ahora con este libro que acaba de ver la luz, y que lleva por título «Elementos de Filmología».

INTELECTUALES CONTRA EL CINE

ERNESTO SALCEDO.—¿Qué pretende la Filmología como ciencia cinematográfica?

P. BEGOÑA.—Observar los aspectos teóricos del cine con una finalidad práctica.

BLANCA ESPINAR.—¿Considera usted la Filmología como obra de ensayo, o ya como una visión sistemática y científica del cine?

P. BEGOÑA.—Por ahora sólo obra de ensayo. Por eso lleva mi libro el título de «Elementos...» Pero las pretensiones de la Filmología son llegar a un conocimiento sistemático del cine.

ERNESTO SALCEDO.—¿Es para usted el cine verdaderamente el «séptimo arte» en toda la aceptación de la palabra?

P. BEGOÑA.—Sí, desde luego. ERNESTO SALCEDO.—Bernard Shaw atacaba al cine como arte, y con su fina ironía británica decía: «El cine puede transformarse en un arte a condición de que suprima completamente las imágenes, dejando sólo las leyendas y subtítulos». Y Antonio Machado, categóricamente: «El cine no es un arte, es un medio didáctico maravilloso.»

P. BEGOÑA.—El elemento intelectual ha estado siempre de uñas con el cine. En cierto modo, es natural la posición de los estetas; lo de Bernard se puede interpretar por su afán de hacer resaltar lo intelectual y literario sobre las imágenes.

Estas últimas palabras las ha dicho el padre de pie. Es la primera llamada telefónica. Después, a lo largo de la entrevista, llegarán hasta cinco.

MANGAS ESTRECHAS EN LA CENSURA

Cuando vuelve el padre la charla se hila con estas preguntas:

BLANCA ESPINAR.—¿Usted, como censor, qué ha cortado con más gusto?

P. BEGOÑA.—Los cortes que yo siempre he hecho con más gusto han sido alguna expresión verbal contra algún dogma o precepto de nuestra religión. En realidad yo no soy de manga muy estrecha. Se da la paradoja de que algunos censores que son seglares se aprietan tanto los gemelos que por sus mangas no pasa ni el aire.

Reimos el gracejo de fray Mauricio, que es certero y no ha perdido, apesar de los años en Madrid, su acento vasco. Por la mirada del padre Begoña pasan durante la conversación continuas chispas, que unas veces parecen destellos de ingenio y otras profundas ráfagas de ironía zumbona. Pero esta ironía es esporádica y contrasta con su carácter severo e introvertido. La profunda labor y completa entrega al trabajo, más que sus años, le han salpicado de canas su cerrada y larga barba de capuchino.

ERNESTO SALCEDO.—¿La censura puede en algún caso desvirtuar una obra de arte?

P. BEGOÑA.—En absoluto. De ninguna manera. Dice Chiarini: «Hasta ahora la censura no ha frustrado ninguna auténtica obra de arte». Sin embargo, en algún caso particular, puede que la censura, al cortar, quite algo de interés dramático. Pues, lógicamente, tratamos de salvar lo ético.

BLANCA ESPINAR.—¿No cree usted que el miedo a la censura cohibe al guionista y le acompleja en una autocensura angustiosa?

P. BEGOÑA.—Sí, desde luego, la peor censura que hay es el miedo a la censura. Coarta la creación, es verdad; pero con inteligencia y buen gusto se supera hasta la censura. A los inteligentes no los podemos cazar.

ERNESTO SALCEDO.—Volviendo a su libro. ¿No cree usted que los estudios filmológicos han comenzado con grave peligro para el cine de ideología católica?

P. BEGOÑA.—Sí, ya lo reconozco yo en mi obra. Por ser el cine un arte de masas, de equipo, han querido los autores de ideología acatólica dar unas interpretaciones filmológicas de profundo sentido marxista y hegeliano.

BLANCA ESPINAR.—¿Concede usted al cine ese gran poder edu-

cativo y pedagógico que hoy se le da?

P. BEGOÑA.—En esto hay mucho de tópicos. Creo que el cine es un buen instrumento de información y un medio de enseñanza buena o mala. Pero nadie es bueno o malo por el cine. Como elemento formativo del hombre no le doy esa importancia. Lo que forma es la vida, el libro, las pasiones. El cine no es de auténtica formación.

AZORIN Y EL CINE

ERNESTO SALCEDO.—¿Ha leído usted el libro de Azorín?

P. BEGOÑA.—No del todo. Lo hojeé en una librería. Pero me parece que no ha pretendido llegar a fondo a una interpretación artística del cine. Tendrá sí, el realismo, la sobriedad y la elegancia que caracteriza toda la prosa de Azorín.

ERNESTO SALCEDO.—¿Por qué afirma usted en su obra: «Es hoy el cine espectáculo de los jóvenes, dentro de poco será el consuelo y la sabiduría de los ancianos»?

Fray Mauricio, antes de responder, sonríe como si no recordara que escribió esto, y quizá piensa que estas palabras se las hemos colgado así pos las buenas.

P. BEGOÑA.—Por la carga romántica de la juventud de hoy. O a la inversa como sucede con Azorín. Este entusiasmo infantil, juvenil del viejo escritor, yo lo interpreto, más que como vuelta, como una iniciación.

BLANCA ESPINAR.—En muchas gentes la afición al cine se les convierte en una verdadera pasión. Alguien ha dicho que siguiendo por ese camino llegará un día en que el cine sea más imprescindible que el pan.

P. BEGOÑA.—No me gustan las hipérbolas, pero creo que la frase no está descaminada.

YO LLEGUE AL CINE POR PROVIDENCIA Y POR AFICION

Fray Mauricio se reconcentra unos instantes y parece que su pensamiento se ha ido muchos años atrás.

P. BEGOÑA.—Yo he sido un gran apasionado del cine. Recuerdo que cuando niño, al ingresar en el convento, lo que más sentí dejar fué precisamente el cine. Y muchos años más tarde dedico gran parte de mi actividad a las cuestiones de cine. Es como si hubiera llegado hasta esto por Providencia y por afición.

ERNESTO SALCEDO.—¿Qué precedentes de la labor de un sacerdote en el cine hay en el extranjero?

P. BEGOÑA.—La obra que llevan a cabo el dominico padre Félix Morlión en Bruselas, y los trabajos del famoso rector de la Universidad de Milán, padre Gemelli, entre otros. Sin embargo, aquí en España varios americanos se sorprendieron de verme dentro del engranaje del cine. Recuerdo que unos me dijeron: «Padre, ¿cómo hay tantos sacerdotes en los organismos oficiales de España?» Y yo les contesté: «Porque también fueron en las naves de Colón.»

BLANCA ESPINAR.—¿Es propicio el ambiente de hoy para el cine católico?

P. BEGOÑA.—El cine católico está en su mejor momento, y con grandes oportunidades para el futuro, pero insistiendo en que el mejor modo de hacer buen cine católico es producir buenas películas más que censurar las malas.

BLANCA ESPINAR.—¿Cree usted, padre, que son contraproducentes las calificaciones morales de los espectáculos?

P. BEGOÑA.—No la considero contraproducente. La creo beneficiosa como información de conciencia. Ahora bien, hay ciertas gentes morbosas y de mala voluntad a las que precisamente esas listas les ayudan a saber cuáles son las películas no recomendables.

ERNESTO SALCEDO.—¿Es el cine en relieve un positivo progreso o una aventura?

P. BEGOÑA.—Es un verdadero progreso técnico, que facilita la visión de la imagen y del movimiento.

BLANCA ESPINAR.—¿Y no contribuirá la molestia de las gafas a que esto se quede en meros experimentos? La gente se retrae del cine en relieve por esta razón, incluso muchos creen que les daña la vista.

P. BEGOÑA.—Algún científico ha dicho que nunca se podrá prescindir de las gafas, pero esto será hasta que otro con más ciencia descubra lo contrario. Entonces será una verdadera conquista.

EL ESPECTADOR DE TEATRO ES MAS SELECTO

ERNESTO SALCEDO.—¿Podríamos hablar de selección al referirnos al espectador de teatro?

P. BEGOÑA.—Hoy por hoy, sí. La percepción del arte teatral es más difícil que la captación fácil del cine.

BLANCA ESPINAR.—¿Cree usted que el cine con su oscuridad y sin los efectos teatrales actúa como sedante en la neurosis de angustia que hoy padece la humanidad?

P. BEGOÑA.—Efectivamente, muchos psiquiatras modernos así lo consideran. Es como la válvula de escape de nuestras preocupaciones, una evasión durante unas horas de nosotros mismos. Está comprobado que en el cine la compenetración del espectador con los héroes de la película es perfecta y viven aquello que ven. No ocurre igual con el teatro.

ERNESTO SALCEDO.—La frase de que en todo periodista hay un escritor fracasado, ¿se puede decir esto con la misma sinrazón al que escribe exclusivamente para el cine?

P. BEGOÑA.—Sí, también se les ha aplicado esto y también que es profesión de arrivistas. Yo no considero justo estas apreciaciones, y la prueba es que ahora los escritores consagrados pretenden escribir para el cine. Porque, además de la razón económica, tiene el cine un enorme valor social, y esto atrae al escritor.

EL NEORREALISMO ES MISERIA

BLANCA ESPINAR.—¿Cómo ve usted el neorrealismo en el cine?

P. BEGOÑA.—Yo siempre fui escéptico con el neorrealismo. Todo tiene un realista por ser interpretación de la vida. Pero si por

neorrealismo entendemos la expresión de las miserias humanas, lo considero entonces como una mínima porción de las grandes posibilidades del arte cinematográfico.

ERNESTO SALCEDO.—¿Qué le parece Víctorio de Sica?

P. BEGOÑA.—Muy bueno.

BLANCA ESPINAR.—¿Como director o como actor?

P. BEGOÑA.—Como director.

ERNESTO SALCEDO.—¿Un paralelo de Sica en el cine español?

P. BEGOÑA.—Podrían ser dos: Saenz de Heredia y Nieves Conde.

BLANCA ESPINAR.—¿Y Mur Oti?

P. BEGOÑA.—A Mur Oti lo considero un gran guionista. Pero para mí las grandes esperanzas del cine español son Berlanga y Bardem.

BLANCA ESPINAR.—¿La mejor película del cine español?

P. BEGOÑA.—«Bien venido, mister Marshall».

ERNESTO SALCEDO.—¿Y del cine mundial?

P. BEGOÑA.—«La canción de Bernadette».

ERNESTO SALCEDO.—¿Quién hace mejor cine?

P. BEGOÑA.—Los americanos, pero con inspiración europea.

BLANCA ESPINAR.—¿Cuál es el mayor defecto del cine español?

P. BEGOÑA.—Su falta de sentido cinematográfico.

ERNESTO SALCEDO.—¿Un tema por descubrir en nuestro cine?

P. BEGOÑA.—Uno que exprese la realidad de la vida española de ahora y la psicología de la actual generación española.

ERNESTO SALCEDO.—«Balarasa» tocaba el tema actual.

P. BEGOÑA.—Sí, pero muy imperfectamente.

BLANCA ESPINAR.—¿Es el mundillo del cine tan disolvente por dentro como se dice?

(Fray Mauricio piensa la pregunta y al fin se sonríe).

P. BEGOÑA.—Eso es una pre-



El padre fray Mauricio de Begoña acaba de publicar un interesante libro titulado «Elementos de Filmología».

gunta casi de conciencia. Juzgando externamente no cabe duda que por su mismo ambiente artístico es propicio a un resblandecimiento moral. Sin embargo, creo sinceramente que en sí la profesión dispone de elementos morales para ser tan honesta como otra cualquiera.

BLANCA ESPINAR.—Se comenta que la película «Ana» es edificante. ¿Lo cree usted así?

P. BEGOÑA.—La tesis es buena, recomendable, pues el que una mujer abandone sus sentimientos íntimos por amor de Dios y del prójimo es aleccionadora y ejemplar. Pero, claro, en toda película hay que tener en cuenta su tesis y su exhibicionismo. Y en este caso la gente sólo imita el baiáo.

EL FOLKLORE ES UN RECURSO FACILÓN

ERNESTO SALCEDO.—¿No cree usted excesivo el folklore en la pantalla española?

P. BEGOÑA.—Nuestro folklore es bueno. Lo que es mala es su interpretación, pues casi siempre los que actúan en el folklore del cine no son las primeras figuras de los «ballets». Y también lo que es malo es tomar el folklore como recurso facilón.

ERNESTO SALCEDO.—¿No cree usted que el hecho de ser la película un artículo comercialmente percedero dice bien poco del cine como arte?

P. BEGOÑA.—Esto no le quita ninguna categoría. Ya hay cinematotecas. Quizá su mayor peligro de fungibilidad sea su falta de perennidad. Por esto considero al cine como un arte menor. Me dá cuenta de ello en Florencia, contemplando sus mármoles. Allí se ve que el arte está prefijado para la eternidad.

BLANCA ESPINAR.—Dice usted en su libro que «la crítica de cine está aún por descubrir».

P. BEGOÑA.—Hablo de la alta crítica como tratado literario. La otra, la diaria, está sujeta a mil trabas de tiempo, y hasta de espacio. Algunos críticos, a lo largo de su labor, se puede decir que han construido una verdadera sistemática del cine.

ERNESTO SALCEDO.—¿Dónde se lleva a cabo la mejor crítica?

P. BEGOÑA.—En Francia y en Italia. También es verdad que disponen de magníficas revistas más científicas sobre el cine. En España la crítica es más bien de información que de verdadero juicio estético.

BLANCA ESPINAR.—¿Cree usted en la eficacia de los cineclubs?

P. BEGOÑA.—Sí, como creo en todo estudio especializado, pero, desde luego, pensando más en su eficacia que en su snobismo.

ERNESTO SALCEDO.—¿Llegará la Filmología al ámbito universitario español, como ya sucede en algunas universidades norteamericanas?

P. BEGOÑA.—Naturalmente que sí...

Fray Mauricio se disponía a exponernos cómo y cuándo a su juicio será la Filmología una asignatura más en la Universidad, pero sus palabras quedaron cortadas. La campana de comunidad tocaba, y responder a esa campana es responder a la obediencia.

EL FIN DEL MUNDO

EN LA RULETA DEL APOCALIPSIS JUEGAN MUCHOS "QUINIELISTAS"

PARA la segunda mitad del año 1953 —es decir, en los días que estamos actualmente viviendo— anuncian dos de los escritores más conocidos entre los «especialistas» en el tema del «fin del mundo», la última singladura de la humanidad. Hace ya casi cincuenta años, el canónigo sevillano don Rafael Pijoán en su libro «El siglo XX y el fin del mundo», centró la tesis de su obra en esta afirmación: de acuerdo con los datos de diversas profecías, para la segunda mitad del año 1953 se habrá terminado el mundo. Unos años antes, el más conocido de los especialistas escatológicos de Francia, la Tour de Noé, también canónigo, llegó a la misma conclusión, aunque partiendo de hipótesis diferentes.

Claro es que ambas afirmaciones rotundas y espeluznantes para los pacíficos hombres de 1953 eran condicionales y se basaban en el mero cálculo: una, en los años que podían vivir los Papas que, según la llamada profecía de San Malaquías —no reconocida de modo oficial por la Iglesia Católica— quedaban hasta el fin del mundo; la otra, en una aplicación de las palabras pronunciadas por la Santísima Virgen en las apariciones de la Salette en 1846, antecesoras de las de Lourdes y Fátima, aplicación que no estaba tampoco conforme con el verdadero espíritu de las palabras de la Virgen. Pero el hecho es que tanto Pijoán como la Tour de Noé llegaron a la misma estremecedora tesis: en la segunda mitad del año 1953 nuestro mundo, el viejo mundo del hombre, se estrellaría en las espumas de la nada...

LA BARRERA DEL AÑO 2000

De la misma manera que al acercarse el año 1000 surgieron por toda Europa innumerables «profecías», «premoniciones» y «visiones del futuro» que anunciaban de modo irrevocable el fin del mundo al cumplirse el milenario, en los últimos lustros, y ante la proximidad del año 2000, han hecho una avasalladora aparición otras profecías y avisos escatológicos que colocan en dicho segundo milenario la última barrera de la vida de nuestro planeta. Muchas de estas «profecías» o «revelaciones» son antiguas: en 1798 murió en Bretaña una religiosa que aseguró en el lecho de su muerte: «El año 2000 no pasará sin que llegue el Juicio; lo he visto así en la Luz Divina». Una antigua tradición —tomada a su vez de la tradición judía— asegura que el reino del hombre sobre la tierra sólo duraría seis mil años: dos mil años desde la creación de Adán hasta Abraham, dos mil desde Abraham a la muerte de Jesús y dos mil de Jesús hasta el Juicio Final. Por otra parte, no faltan expositores que, basándose en una frase de los Salmos, consideraban también que el mundo viviría mil años por cada uno de los seis días de la creación, fijando, por tanto, en seis mil años la duración total del hombre sobre el planeta. Estas tesis hoy son indefendibles, porque con excepción de escasísimos ex autores se calcula en muchísimos millares de años más la historia del drama del hombre sobre el escenario terrestre.

No han faltado tampoco autores que, para llegar a sus afirmaciones sobre el año 2000 como época aproximada del fin del mundo, se han adentrado con arrostos heroicos en el tremendo laberinto de la cifra misteriosa del Anticristo que da San Juan en su Apocalipsis: 666. Según ellos —partiendo siempre de la tradición judaica de que el mundo sólo durará seis mil años— recuerdan que en la época evangélica las tres medidas de tiempo eran

ANDO SE ACERCA

CABALAS Y VISIONES ALREDEDOR DE UNA PROFECIA

la década, el siglo y el milenario, y que la cifra 666 se puede descomponer en seiscientas décadas, sesenta siglos y seis milenios, o sea, en la barrera última de los seis mil años.

PRONOSTICOS SOBRE EL FIN DEL MUNDO

Desde los primeros años del cristianismo muchos autores, con entusiasmo digno de mejor causa, han demostrado una abierta afición a los pronósticos—hoy podríamos decir a las quinielas—sobre el fin del mundo. Ya en la edad apostólica algunos cristianos—por una interpretación errónea del Evangelio—consideraban la segunda venida de Jesucristo como inmediata. San Pablo tuvo que llamarles al orden. Y a partir de entonces no ha habido siglo en el que no hayan surgido numerosos profetas sobre el Juicio Final. En el siglo III aparece el hereje Montano, que afirma la inmediata liquidación del género humano. En el IV tenemos a un tal Filastro, que para el año 365 fija la fecha de la Parusia; la caída del Imperio romano inspiró a muchos escritores la convicción de que el fin del mundo se acercaba a pasos agigantados; posteriormente se fijó éste en el año 1000, y también tuvieron muchos pronósticos como siglos escatológicos los siglos XI y XII. El estrafulario Joaquín de Fiore, que tanto trabajo dió a nuestro don Marcelino, determinó que el año 1260 era el «ideal» para el advenimiento del Anticristo. Un extravagante filósofo, Arnaldo de Villanova, demostró por innumerables razones que el fin del mundo ocurriría en el año 1345. Claro es que este quinielista medioeval era aquel que se proponía demostrar por «razones naturales» el misterio de la Trinidad... Otro heterodoxo español, Bartolomé Janoosio—como cuenta el insigne Menéndez y Pelayo—, calculó para 1360 la aparición del Anticristo. Meloto, que anunció para 1450 el Juicio Final; Leovicio, que lo hizo para 1584, y Nicolás de Cusa, para 1734, fracasaron, como es posible demostrar «por razones naturales», en sus pronósticos.

En el siglo XIX, la mayor parte de las sectas protestantes fundadas en los Estados Unidos tuvieron un carácter rotundamente escatológico. Los adventistas, fundados por Guillermo Miller, anunciaron por boca de su profeta y fundador que en el año 1844 se terminaría la vida humana en la tierra. Los irvingianos la fijaron a bombo y platillo para la noche del 14 de julio de 1873 y se pasaron dicha jornada cantando salmos y cantos litúrgicos hasta enronquecer. Por último, las Asociaciones de Intérpretes Serios de la Biblia esperaban el fin del mundo para 1874; después para 1914, y por último anunciaron la definitiva liquidación de la especie humana para 1925. No por ello dejan de ser Serios Intérpretes de la Biblia...

De las fechas que rodean a nuestra época en el cúmulo de pronósticos y «profecías», aparte de la de 1953, que tan directamente nos toca, están la de 1987, la de 1999, las muchas existentes para el año 2000. La más lejana para nosotros es la dada



La muerte, visión de San Juan.

por el misterioso y mágico Miguel de Nostradamus; éste extravagante profeta determina para el año 3797 el Juicio Final.

LA PROFECIA DE SAN MALAQUIAS

Pocos temas han apasionado tanto a los investigadores sobre la época del fin del mundo como la profecía atribuida a San Malaquías, arzobispo de Armagh (Irlanda), que vivió en el siglo XII. Lo peor de todo es que esta curiosidad ha arrastrado tras de sí a gentes de todos los pelajes intelectuales, que han dado a luz las más variadas—y numerosas veces disparatadas—obras. Desde el punto de vista intelectual, numerosas de estas producciones son realmente deplorables. En una de ellas hemos encontrado, entre otras, las dos siguientes brillantes afirmaciones: que en su «Divina Comedia», el Dante había colocado en el infierno al Papa Alejandro VI, que reinó de 1492 a 1503. ¡Ascumbrosa visión profética del divino florentino, que había fallecido ciento setenta años antes de que el Papa Borgia subiera al solio! Y al comentar la divisa malaquiaca de Benedicto XIV, que rigió la Iglesia de 1740 a 1758, afirma: «Fué contemporáneo de Santo Tomás de Aquino». Es decir, que de acuerdo con esta «tesis» Benedicto XIV vivió una vida matusalénica: casi quinientos años...

Según los defensores de la autenticidad de la profecía de San Malaquías, este santo del siglo XII fijó en una serie de ciento once divisas, leyendas o frases condensadas la lista de los Papas, desde Celestino II, en 1143, hasta el fin del mundo. Dichas leyendas o divisas retratan en forma sintética algún hecho, acontecimiento o circunstancia que se relaciona con el Papa pronosticado.

La primera de dichas divisas o leyendas dice: «Ex castro Tiberis» (del campamento o del castillo del Tiber) y corresponde al Papa Celestino II, que había nacido en Ciudad del Castillo, junto al río Tiber: «Comes signatus» dice la profecía al referirse al Papa Inocencio III, que se traduce por «Conde signado o señalado». El gran Papa pertenecía a la familia «Conti-Segni», es decir, conde

signado o señalado. Honorio IV está determinado por las palabras «Ex rosa leonina» (de la rosa leonina). Pues bien: su escudo está constituido por una rosa sostenido por dos leones. «De fasciis aquitanicis» dice la divisa del Papa Clemente V. Y en su escudo aparecen tres fajas (fasciis) y era natural de Aquitania. También señala la profecía a los Antipapas. Así nuestro Papa Luna, Benedicto XIII aparece con la leyenda «Luna cosmédina»: la primera palabra se refería a su apellido y la segunda hacía alusión a su título cardenalicio de Santa María in Cosmedin.

Lo malo de la tesis defensora de la autenticidad de la profecía de San Malaquías reside en el hecho de que hasta el año 1493, es decir, más de cuatro siglos después de San Malaquías, fuera absolutamente desconocida. El primero que habla de ella y la publica es el benedictino Arnaldo de Wion. Ello llevó a afirmar al padre Manriquez, primero —cincuenta y dos años después de la aparición de la profecía—, y a los padres La Carriere y Menestrier, después, que la profecía de San Malaquías había sido inventada en el año 1590 para presionar al Colegio Cardenalicio para que eligiera Papa en el cónclave de dicho año al cardenal Simoncelli, ya que la rúbrica que correspondía al Papa sucesor de Urbano VII era «Ex antiquitate urbis» (de la antigüedad de la ciudad), cosa que convenía perfectamente con el cardenal Simoncelli, que era natural de Orvieto (Urbs vetus, es decir, ciudad vieja). La maniobra —según los críticos de la profecía— no dió resultado, pues resultó elegido el cardenal Sfondrata. Ahora bien: los defensores de la autenticidad de la profecía afirman que la leyenda de Gregorio XIV corresponde perfectamente con el cardenal Sfondrata, ya que procedía de Milán (ciudad antiquísima) y que tanto él como su padre habían sido senadores (es decir, senex, viejo).

SOLO FALTAN SEIS PAPAS

Según San Malaquías sólo quedan seis Romanos Pontífices hasta el fin del mundo. Una vez extinguido el último de los seis Papas el mundo arribará al Juicio Final. Las palabras finales de dicha profecía dicen aterradoramente: «En la última persecución de la Santa Iglesia Romana gobernará a la Iglesia Pedro Romano, el cual apacentará sus ovejas en medio de muchas tribulaciones, pasadas las cuales será destruída la ciudad de las Siete

Colinas (Roma) y el Tremendo Juez juzgará al pueblo».

Para el canónigo Pijoan su fecha aproximada del fin del mundo —o sea, la segunda mitad del año 1953— radicaba en el cálculo que hacía sobre la vida media de los Pontífices romanos —alrededor de los siete años de pontificado en la lista gloriosa desde San Pedro hasta Pío X, época en la que él escribía—, que le daba para nuestros días la época apocalíptica. Su principal error, pues, de cara a en olvidar que la vida media del nombre se alarga cada vez más y que si en 1800 la vida media del europeo era de treinta y cinco años, hoy se acerca al doble.

De acuerdo con estos cálculos, el canónigo sevillano creía que el Juicio Final tendría lugar durante el pontificado del último Papa, Pedro Romano, aproximadamente en la segunda mitad del año 1953.

NUEVO FLORECIMIENTO DE LA PROFECIA

A causa de los ataques desencadenados en los siglos XVII y XVIII la profecía de San Malaquías perdió casi todo su prestigio. Por otra parte, una serie de lemas oscuros de difícil aplicación a los Papas hicieron tambalear su antigua sólida fama. Pero llega el siglo XIX y unos cuantos pontificados vuelven a ser interpretados en conexión casi perfecta con las divisas malaquías.

El florecimiento de la profecía empieza con Pío VII, a quien corresponde la divisa «aquila rapax» (aguija rapaz), que según los defensores de la tesis corresponde exactamente a Napoleón, el aguija imperial que tanto hizo sufrir —hasta tener detenido en prisión— al Papa, víctima de sus rapacidades. Las dos siguientes divisas, las correspondientes a León XII «Canis et coluber» (perro y serpiente) y Pío VIII «Vir religiosus» (varón religioso), sólo pueden ser interpretadas, dando cierta violencia o amplitud desmesurada a sus palabras o pueden aplicarse, en el caso de «Vir religiosus», a muchos Papas. Pero de pronto llega otra divisa malaquías concorde perfectamente con el Papa a la que está asignada. Se trata de Gregorio XVI, a quien corresponde el lema «De Balneis Etruriae». Pues bien, Gregorio XVI procedía de la Canáldula, fundada precisamente en los Baños de Etruria (Balneis Etruriae).

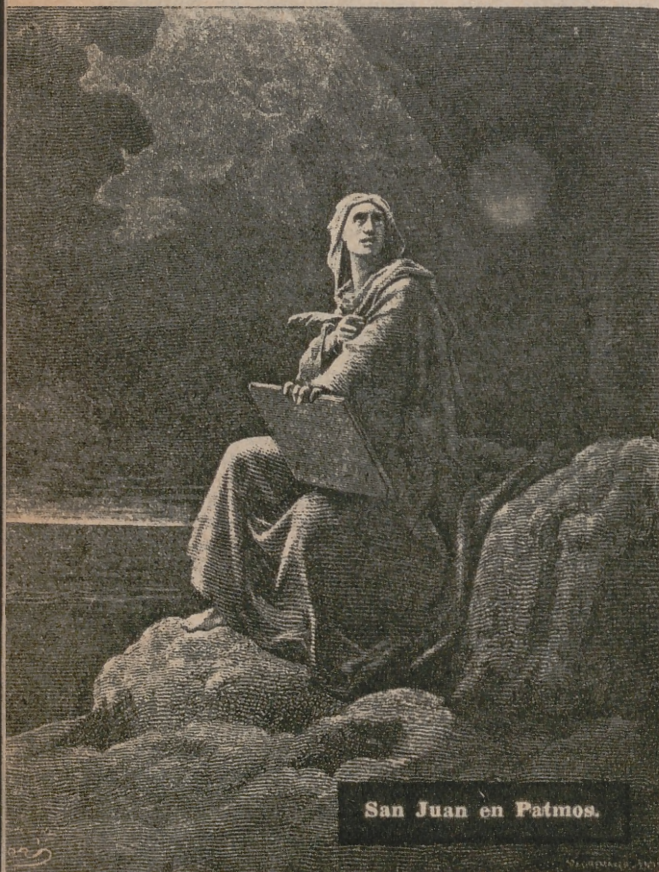
La de Pío IX también concuerda con la vida del Papa. Dice «Cruz de cruce» (la cruz de la cruz), es decir, el sufrimiento procedente de la cruz. Y de todos es sabido que Pío IX sufrió durante todo su largo reinado la cruz de la tribulación por obra y gracia de la dinastía de Saboya, en cuyo escudo figura como elemento principal una cruz. También puede defenderse la ilación existente entre la divisa correspondiente al Papa León XIII y una circunstancia de su escudo familiar: la divisa dice «Lumen in coelo» (luz en el cielo) y el escudo del gran pontífice estaba formado por una estrella sobre campo azul.

Las de los otros Papas hasta el actual no tienen una concatenación directa con los pontífices a que se refieren, pero tampoco se separan de ellos. No hay que olvidar, por otra parte, que la correspondiente a Pío XI «Fides Intrepida» y la del actual pontífice «Pastor Angelicus» han sido numerosas veces esgrimidas por diversos autores ante los mismos Papas, que no han prohibido su uso ni su difusión.

¿UN NUEVO ANTIPAPA?

Después de «Pastor Angelicus», correspondiente al Papa felizmente reinante —según los partidarios de la autenticidad de la profecía—, sigue el lema «Pastor et nauta», que en opinión de ellos señala un Papa que llegará del otro lado del mar, es decir un Papa americano, africano, asiático o oceánico. «Flos florum» corresponderá a un pontífice modelo de virtudes, que vivirá en una época gloriosa para la Iglesia. Sobre la siguiente leyenda «De medietate luna» hay grandes discusiones: para unos será un Papa legítimo; otros creen que será un antipapa, ya que al hablar de la luna, que no tiene luz propia sino reflejada, se refiere a un antipapa que no tiene poderes legítimos sino únicamente reflejados. Por otra parte, esta interpretación coincide con varias profecías privadas, que «ven» para el fin del mundo la instauración de un antipapa.

Seguidamente viene la leyenda «De labore solis»,



San Juan en Patmos.

que se ofrece como impenetrable a los ojos de los exegetas. El último de los ciento once lemas es «De gloria olivæ» (de la gloria del olivo), lo que significa que el Papa será judío, ya que la oliva es, en lenguaje bíblico, el símbolo de los judíos, o que en su ejemplo tendrá lugar la profetizada conversión del pueblo hebreo. El último Papa no tiene lema. Será «Pedro Romano», lo que coincide también con una antigua tradición eclesiástica que asegura que el último Papa llevará el nombre del primero. Lo curioso es que ningún Papa ha optado por el nombre de Pedro, pese a que el nombre de Pío se ha repetido 12 veces; el de Benedicto, 15; el de León, 13 veces, y el de Juan, 23 veces.

EL AÑO 1953 Y LAS REVELACIONES DE LA SALETTE

El 19 de septiembre de 1846 la Virgen María se apareció a los pastorcitos Melania y Maximino en la montaña francesa de la Salette y les hizo revelaciones —algunas no publicadas todavía— sobre los últimos tiempos. Ahora bien: muchas de estas revelaciones son sólo condicionales y los acontecimientos en ellas determinados —como los revelados en Fátima sobre la conversión de Rusia, por ejemplo— pueden no ocurrir si se dan ciertas circunstancias modificativas. Por otra parte, las palabras de la Virgen no dan datos exactos ni incontrovertibles, sino que se refieren muy abstractamente a los futuros acontecimientos de la humanidad.

Lo malo ha sido que las palabras de la Señora han sido sometidas a exégesis muy particulares de acuerdo muchas veces con ideas preconcebidas de los autores, que han pretendido fijar con ellas la fecha exacta del fin del mundo, cosa que por otra parte prohíbe la Iglesia, aunque no prohíbe afirmar que mediante ciertas conjeturas e hipótesis es posible determinar épocas aproximadas para la segunda venida de Nuestro Señor Jesucristo en gloria y majestad.

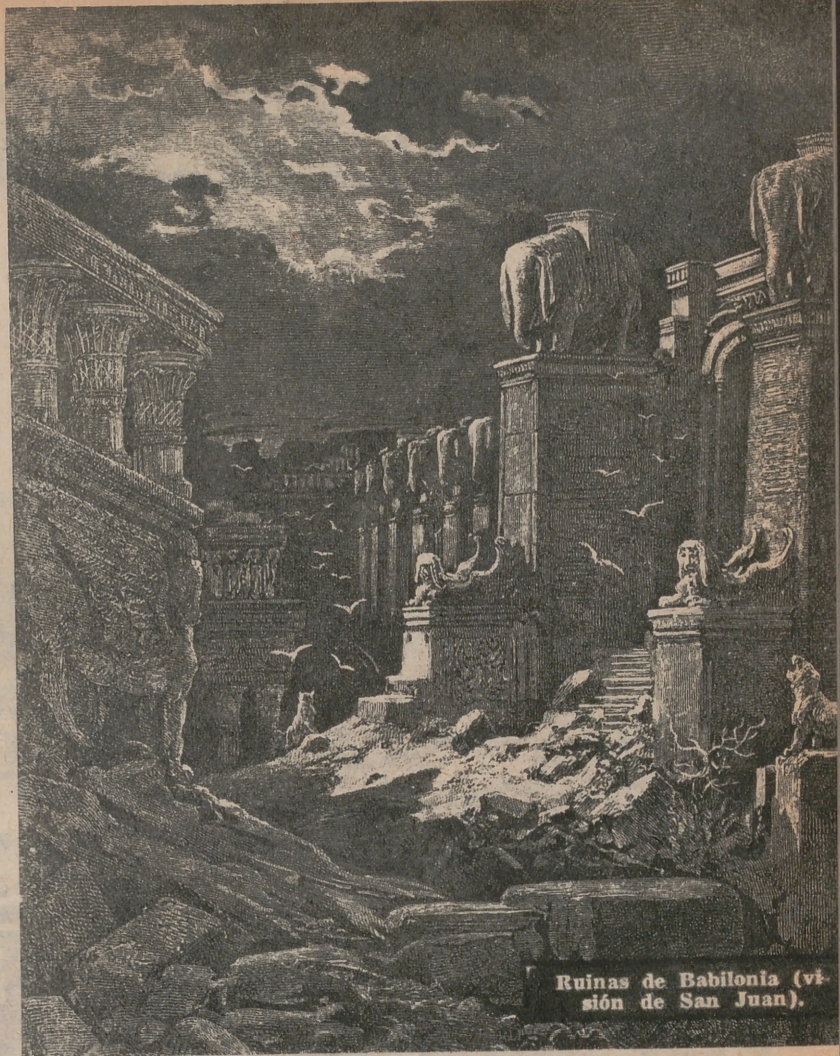
Uno de los primeros que aplicó prácticamente y hasta cronológicamente las revelaciones de la Virgen María en La Salette fué el canónigo francés La Tour de Noé, para quien en la segunda mitad del año 1953 se terminaría el mundo.

De las palabras de la Virgen y de otras revelaciones particulares La Tour de Noé extrae la siguiente tesis:

Después de 1864, en que la actividad infernal se prodirá por el mundo, Dios enviará castigos a los hombres durante treinta y cinco años; seguidamente vendrá una paz de veinticinco años; entonces nacerá el Anticristo, que comenzará muy joven la conquista del mundo, en la que empleará seis años, terminados los cuales emprenderá una sangrienta persecución contra la Iglesia que durará tres años y medio, para ser muerto por el soplo de la boca del Señor.

Según La Tour de Noé —que escribió su obra a fines del siglo XIX— el Anticristo debería nacer en 1924, porque si al año 1864 sumamos los treinta y cinco años de persecuciones y después los veinticinco de paz nos da el año 1924; calcula después La Tour de Noé que el Anticristo que nacerá de una falsa virgen por obra de Satanás, empezará a los veinte años la conquista del mundo, es decir, en 1944; que en 1950 la habrá terminado, y que los tres años y medio de lucha con la Iglesia terminarán en la segunda mitad del año 1953, época aproximada del fin del mundo.

Pero esta tesis no es defendible porque la Tour de Noé calcula treinta y cinco años de persecuciones cuando las palabras de la Virgen son «más de treinta y cinco años», y porque además calcula también arbitrariamente que el Anticristo empezará la conquista del mundo a los veinte.



Ruinas de Babilonia (visión de San Juan).

EL TERCER SECRETO DE FATIMA

De todas maneras —sea cualquiera la opinión que se tenga sobre las profecías de San Malaquías y los cálculos sobre las exégesis de las palabras de La Salette— hay que afirmar que numerosos autores admiten la posibilidad de que nos hallemos en el comienzo del período preescatológico y que los últimos Papas en diversas ocasiones —empezando por el propio Pío X— han dibujado la posibilidad de que el «hombre de perdición», o sea, el Anticristo, esté a punto de aparecer o haya aparecido entre nosotros.

La vidente de Konnersreuth, Teresa Neumann, milagro viviente de nuestra época, ha afirmado que el fin del mundo «será pronto». Hay autores que admiten la posibilidad de que el «tercer secreto» de Fátima, que no podrá ser dado a la publicidad hasta 1960, se refiera al período escatológico. Dentro de siete años, pues, el Obispo de Leiria abrirá el sobre que contiene las revelaciones de la vidente Lucía —hoy carmelita descalza— y el mundo conocerá quizá algún dato sobre un fin próximo o lejano.

Por último —no hay que olvidarlo— la Virgen, en las apariciones de La Salette, pidió la creación de una nueva orden religiosa: «Los Apóstoles de los Últimos Tiempos».

J. Antonio CORTAZAR

TODO EL PANORAMA DE LA POESIA CONTEMPORANEA EN "POESIA ESPAÑOLA"

Se publica un número cada mes y se vende a diez pesetas.

Pedidos y suscripciones en la Dirección y Administración:

Pinar, 5 — MADRID

SAN PAULO, ENTRE EL ARCAISMO Y EL FUTURISMO



Dos de los edificios más modernos de veinte pisos construidos, en cemento armado, en San Paulo.

LA CIUDAD GIGANTE DEL BRASIL SERA LA MAS GRANDE DEL CONTINENTE AMERICANO

GRAVE CRISIS EN EL SUMINISTRO DE ENERGIA ELECTRICA

PUEDEN aseverarse que hoy se comprueba una especie de sentido reverencial por la técnica. Declaremos que no formamos en el inmenso grupo de los que rinden acatamiento a los manipuladores de lo específico. Acaso esta disconformidad se generó en nuestro espíritu durante los meses que hemos vivido en Norteamérica. Allí tropezábamos cotidianamente con la curiosa figura del *experto*. El experto es una especie de creación mitológica de este mundo acelerado y en tal sentido constituye un poderoso agente de disociación. La existencia del experto ha afectado poderosamente a la crisis del humanismo. Menos mal si el técnico lo fuese siempre de manera evidente. Desgraciadamente hay mucho de fraude en la creación de esa figura, fruto específico de un mundo mecanizado. Por ello frecuentemente, situados ante un problema que no había alcanzado su condición epigonal y puestos a predecir, opinábamos en contra de los técnicos,

y generalmente el acierto por antitesis constituía una evidencia.

EN SAN PAULO FRACASARON LOS TECNICOS

También aquí, en San Paulo, han fracasado los técnicos. Habían calculado el crecimiento de la población paulista, y ese anticipo demográfico ha resultado plenamente fallido. El incremento de la población no se atuvo a los cálculos matemáticos, y aquello que se preveía como realidad para 1950 ya ha sido alcanzado y rebasado. Así San Paulo se encuentra hoy situado ante un acuciante problema de déficit de energía eléctrica, y la entidad canadiense Brazilian Traction Light and Power Company anuncia desde Toronto que en los próximos diez años debe emplear la fabulosa suma de 1.500 millones de dólares para hacer frente a este impresionante proceso de gigantismo que se registra en San Paulo. Orientado hacia una creciente industrialización, es preci-

so proceder a ese enorme incremento de la energía.

EXPLIQUEMONOS

Acaso el lector se pregunte: ¿Por qué del empleo, en el título del presente trabajo, de dos términos tan opuestos como el arcaísmo y el futurismo? Ello requiere una pequeña explicación. Futurismo y arcaísmo son, en esencia, términos intercambiables. El futurista, que generalmente es un desorientado y busca en lo que está por venir asidero a su indeterminación, suele frecuentemente coleccionar la desilusión cuando lo consumado no se compecede con lo previsto; tal decepción suele llevarlo al término opuesto, cayendo así de lleno en el arcaísmo. De ahí que no se da el futurismo sin que ronde a quien lo practique, el posible contagio con el arcaísmo. Ello no podía ser excepción en la experiencia paulista. De ahí el nacimiento de contradicciones propias de un pueblo en trance de alucinante transformación. Elijamos un

ejemplo. Entre San Paulo y Río de Janeiro circulan diariamente 24 aviones en uno u otro sentido. Esa frecuencia en las comunicaciones parecía posibilitar la celeridad en la correspondencia aérea. Pero tales supuestos fallan estrepitosamente y nadie hasta el presente logró descifrar un inquietante misterio: las cartas aéreas provenientes de Europa llegan a poder del paulista antes de las misivas depositadas en Río. Ello acaso se deba a ausencia de acoplamiento entre los medios técnicos y el modo de utilizarlos con vistas a su eficiencia.

**EL BRASILEÑO ACTUAL
Y CIFRAS MUY REVELADORAS**

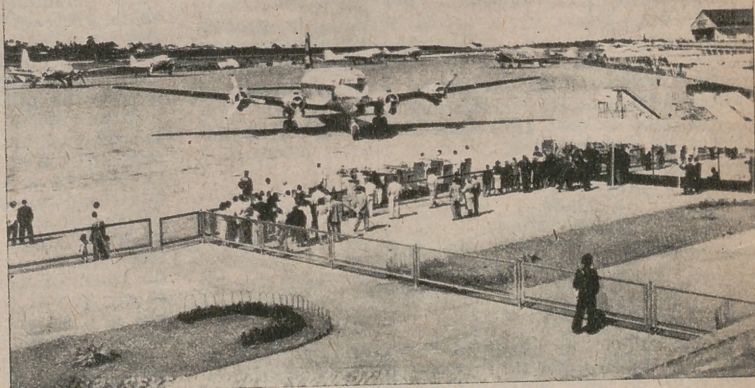
Hoy el brasileño parece fuertemente impresionado por la elevación progresiva del costo de la vida. Explicablemente también se hace eco de esa inquietud el poder público y trata de poner fin a realidades impresionantes. Ofreceré al lector algunos datos elocuentes. El cruceiro, que se está recuperando abiertamente en relación con el dólar, tiene hoy más o menos el mismo valor que nuestra peseta. Ahora, con ese dato a la vista, brindemos al ama de casa española estas cifras aterradoras: en el mercado cuesta en el día de hoy una alcachofa 45 cruceiros; las cerezas se han vendido a cruceiro por unidad. Lo propio puede decirse de las cebollas, fruto de mucho consumo en la cocina brasileña. Las procedentes de la Argentina, cuyo precio es controlado por la COAP, se venden a siete cruceiros el kilo. Las producidas en Río Grande do Sul, a 30 cruceiros. Puede acaso objetarse arguyendo que los productos terrícolas citados no se producen con abundancia en estas tierras, pero no podrá decirse lo propio de un producto tan eminentemente paulista como el café. El café ha sido la base de la prosperidad paulista y aún lo será por mucho tiempo, a pesar de que las tierras de cafetales se agotan, y por otro San Paulo se orienta cada vez más hacia una masiva industrialización. De ahí nuestra estupefacción cuando supimos que el café se cotiza en San Paulo en el día de hoy a 42 cruceiros el kilo. Imagine ahora el lector los equilibrios químicos que deben realizar nuestros industriales para darnos una especie de pócima, que de café sólo conserva el nombre.

**CAMPAÑAS CONTRA
LOS «ATRAVESSADORES»**

Debemos ser comprensivos para las autoridades que hoy tratan de poner tope a esa creciente subida de precios, pero no tanto que admitamos como buenas determinadas explicaciones. Hoy en San Paulo se ha desencadenado una terrible campaña en contra de los *atravesadores*. Esa mención equivale a la nuestra de revendedores o intermediarios. Destaca en esa beligerancia el alcalde de San Paulo, Janio Quadros. Este burgomaestre constituye una de las sorpresas políticas, tan previsibles en este mundo paulista alucinado. Candidato sin medios económicos, debió luchar frente al doctor Cardoso, fuertemente apoyado por los grandes magnates de la política y



Un detalle del nuevo trazado arquitectónico de la ciudad paulista, que el próximo enero conmemorará el cuarto centenario de su fundación.—Abajo: Una vista del aeropuerto de Congonhas, considerado el segundo del mundo en orden al movimiento de aviones, pasajeros y carga.



trionfó de manera impresionante. Candidato llevado a la victoria por las masas populares, aspira ahora a lograr el abaratamiento de la vida, para lo cual va a proceder a la expulsión de los *atravesadores* del mercado. Sospechamos que el problema es demasiado complejo para ser solucionado con la sola puesta en práctica del citado desahucio.

PORVENIR DE SAN PAULO

Acaso San Paulo lo que sufre es un achaque determinado por las circunstancias de encontrarse en periodo de adaptación a las nuevas realidades. Es hoy San

Paulo víctima de su propio dinamismo. Es imposible detenerlo en esta marcha hacia un epílogo que acaso se registre dentro del presente siglo: que San Paulo llegue a ser la más grande ciudad del Continente americano. Es una crisis de crecimiento a lo largo de la cual hemos de presenciar en más de una ocasión de qué modo hacen acto de presencia coetáneo el arcaísmo y el futurismo hasta que uno y otro lleguen a conjugarse de modo que sea posible desenlazar en el equilibrio.

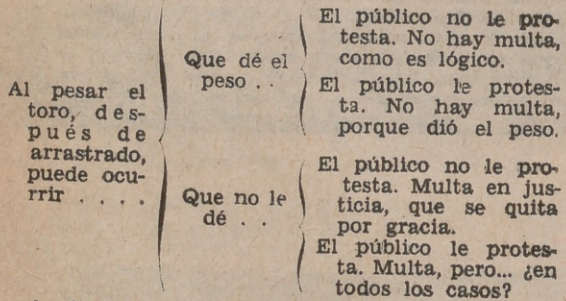
Camilo BARCIA TRELLES
(Desde San Paulo, exclusivo para EL ESPAÑOL.)



SI VOTOS ¿PARA QUÉ PESAS?

La última disposición referente a las condiciones que debe reunir el toro ha provocado «división de opiniones», que es una reacción muy taurina. Mientras algunos piensan que, para ser una disposición aclaratoria, aclara muy poco, otros opinamos (eso sí, con toda clase de respetos), que se clarea demasiado, en el sentido de dar marcha atrás.

En la disposición que comentamos se ha abierto un portillo, aparentemente justificado, pero por el cual se van a colar de rositas casi todos los toros faltos de peso, quizá por lo mismo. Nos referimos al recurso de gracia, que, efectivamente, es un gracioso recurso. Según él, cuando un toro esté falto de peso, se le multa por de pronto, si el ganadero recurre, se anula la sanción si el público no ha protestado al toro. Es decir, que vale más la apreciación convencional y subjetiva de unos cuantos espectadores, que el resultado exacto de una pesada bien hecha. Este criterio sería defendible si se admitiera la inversa, esto es, que cuando el público protesta un toro, se multara al ganadero, aún cuando aquél diese el peso reglamentario. Veamos esto desarrollado gráficamente:



Analícemos el último punto y preguntemos al aficionado **protestón desconocido**:

—Vamos a ver: ¿Por qué motivos protesta usted a un toro?

- Y nos dirá:
- » Por chico.
 - » flaco.
 - » anovillado.
 - » cornicorto en demasia.
 - » feo de cabeza.
 - » estar mal de la vista.
 - » cojo.
 - » manso.
 - » que me da la real gana.

Nunca oiréis decir a nadie que protesta a un toro por falta de peso; entre otras cosas, porque el concepto interesa menos al espectador y solamente de un modo subsidiario, aparte de la extraordinaria dificultad de su apreciación de visu, para quien no sea muy competente en la materia. Para eso está — o debía estar — la báscula.

Al espectador le interesa el tamaño del toro. Ahora bien, no se pueden tomar en vivo dos o tres medidas sobre él y cubicarle. Primero, porque no se deja, y segundo, porque su forma no es regular. Tampoco cabe introducirlo por completo en un gran recipiente lleno de agua, para ver el volumen que desaloja. En ese caso, hay que acudir a pesarle, por la correlación que existe entre peso y volumen, la cual sería más comprensible si las densidades de todos los toros fueran iguales ($P=Vd$). Con todo esto hacemos lo que se llama en Matemáticas un cambio de variable, es decir, hablar de pesos pensando en volúmenes. Por cierto que, en general, los toros más chicos son proporcionalmente los que más pesan y vi-

ceversa. Pero cuando esta discordancia se produce, el público se inclina siempre del lado del tamaño. En mayo de 1952 se lidió aquí una corrida francamente chica; pero acudió al peso, dando 26 arrobas de promedio. El ganadero, muy ufano, iba con el papellito correspondiente de tertulia en tertulia y, cuando se retiraba, los aficionados decían: «Bueno, ¿y qué? Los toros eran impropios de esta plaza y si mañana se volvieron a lidiar, sabiendo ya lo que pesan, seguiríamos chillándolos». En estos términos, situado el problema, un toro que no da «a posteriori» el peso, sale al ruedo y, por raro que parezca, no es protestado (porque es ya tarde; porque la corrida resulta distraída; porque se ha tirado un espontáneo; porque volteá a un peón, etc.) y no se le multa, o mejor dicho, se le condona la multa. Bien está. Pero supongamos que a un toro de condiciones análogas el público le protesta casi sin razón (porque está de uñas; porque la corrida es pesada; porque aún hay mucha tarde por delante; porque teme que no se luzca el espada mimado, etc.). ¡Ah! En ese caso, multa al canto y recurso al cesto de los papeles...

Pero aún hay más... El público, certeramente, ha protestado al toro en cuestión, porque era burriciego... ¿Es justo multarle, en ese caso, por falta de peso? ¡No y mil veces no!

Se argüirá que la disposición previene que el presidente y el asesor informarán... Y yo pregunto: Cuando surge una protesta, ¿se sabe a punto fijo el motivo? En la corrida del día de San Isidro fué al corral un toro por falta de presencia. Sin embargo, muy famosos críticos dijeron que había sido rechazado por una cojera poco perceptible... ¿En qué quedamos? Para muchas personas, poco entendidas, cuando al toro se le protesta recién salido, es por chico, y si ya lleva un rato en la plaza, por cojo. Esto se debe a que el público actual entiende poco de toros, y en vez de apreciar en seguida el verdadero tamaño del que acaba de salir, necesita dar al asunto vueltas y vueltas (o esperar a que el toro las dé... a la plaza) y, sobre todo, oír esos juicios en voz baja, que generalmente responden a la estricta sensatez. Y como al cabo de tres o cuatro minutos no es cosa de decir que el toro es un becerro y el objeto es que lo retiren cuanto antes, hay que acudir al subterfugio de gritar: «¡cojo, ¡cojo!», con más o menos cantidad de guasa. Y como la mayoría de los espectadores, al oír que el toro cojea ven de un modo indudable una cojera muy problemática..., pues ya tenemos organizado el tumulto y el toro va al corral por... lo que sea. (Aquí de la divergencia de las opiniones.)

Claro está que todos estos problemas se solucionarían a rajatabla sin más que obligar a las plazas de primera categoría a tener una buena báscula, en la cual se pesasen los toros en vivo. Y al anunciar la corrida se podría consignar en los carteles el peso número por número de los seis animalitos, amén de anunciarlo también antes de la salida de cada uno, con lo cual el público aprendería mucho y sabría a qué atenerse en cada caso. Porque la sanción «a posteriori» a nadie satisface, ya que «a gato muerto, la multa al rabo», como dice el refrán.

En definitiva, como son muy pocos los toros que se protestan y cuando alguno se rechaza es obediendo a diversos móviles, casi todos ajenos al peso, resultará, en la práctica, que por fas—razón legal—o por nefas—razón moral—se van a poner muy pocas sanciones, con lo cual esta cautela va a quedar inoperante, que es lo que tratábamos de demostrar.

Luis FERNANDEZ SALCEDO

GREDOS, SIERRA LIMPIA Y AIRE SECO



DE Talavera de la Reina a la sierra de Gredos hay, poco más o menos, cuarenta y tantos kilómetros por la ruta más corta. Igual da elegir el hondón admirable de Arenas de San Pedro, con naranjos y flores y castillos, y puentes romanos, y veraneantes finísticos, con la soberanía de Los Galayos como telón de fondo. Igual da marchar a las sombreadas gargantas de Piedralaves, llenas de muchachas y de aficionados a la pintura, y de rondallas que convierten al cántaro de barro en instrumento musical. Igual sí, entre ambos puntos, se prefiere el lugar de Pedro y Bernardo, junto al risco del Fraile. Es lo mismo: esos cuarenta y tantos kilómetros, esas ocho o nueve leguas no te las quita nadie.

Me decido por Pedro y Bernardo. Desde Talavera, hacia el Norte, se cruzan las primeras huertas antiguas, las de siempre, las que crían hortalizas desde antes que Fernando de Rojas escribiera aquello de Calixto y de Melibea. Y más allá de la estación del tren que va a Lisboa y a Extremadura y a Salamanca, se cruzan fanegas y fanegas de huertas modernísimas, regadas por el Canal del Alberche, y eso es bonito. Atravieso, por un puente sencillo de hormigón, el mismo canal, orondo de aguas mansas y ricas. Y ya, sin más preámbulos, comienzo a subir, dejando a retaguardia el reverbero talaverano, brillante como un horno en su punto. Primero son unos cerretes de tres al cuarto, y unos rastrojos de cereales donde pastan ovejas aburridas; casi unas colinas todavía civilizadas. Después, los cerros se empinan, crecen poco a poco y seguidos, y apenas se ve el color de la tierra entre las grises testas de granito, los oscuros y pegajosos jarales, las retamas verdeamarillentas y los fuertes chaparros.

UNA GEOGRAFIA DONDE NO CABEN TRACTORES

Atravieso pueblos de nombres extraños. El primero, encajonado entre dos eminencias, Cervera de los Montes, con su iglesia de piedra oscura y sus casuchas y sus bueyes transitando las calles. ¡Cuántos bueyes en Cervera de los Montes! No caben los tractores en esta geografía y hay que labrar tranquilamente, lentamente, cuidando de sor-

Entre montañas
azules hay
pueblos con
sabor de leyenda

tear con el arado las mil trampas de un suelo que es pura roca. Por eso los bueyes. Dicen que visitaba mucho este pueblo aquel embajador de Jorge VI a quien llamaban sir Samuel. Tenía amigos en el lugar. No lo comprendo. Los vecinos no saben inglés.

El segundo pueblo, más alto, mucho más alto todavía, se llama Marrupe. Para llegar a él hay que pasar el Cerro del Agujón (agujón es el nombre de esa vara, terminada en un pincho, con que estimulan los boyeros a sus yuntas). Marrupe es más pequeño que Cervera, todavía más insignificante. Y la generosidad de sus casas están enjalbegadas con cales de colores oscuros. Hay menos granito y menos bueyes. No se sabe si el embajador de marras llegó hasta él.

El tercer pueblo es más claro. Tiene un nombre



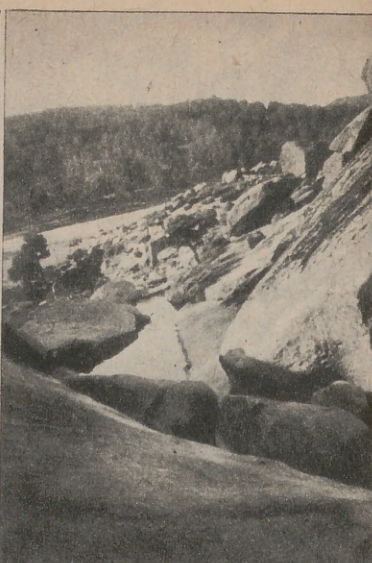
Las crestas de la sierra de Gredos se recor-
tan en el azul de sus cielos.



Este es el recio paisaje de Gredos.



Los pueblos de la Sierra guardan viejas leyendas.



Grandes bosques de pinos entre las moles roqueñas.

precioso: Sotillo de las Palomas, y está situado en un valle alegre. Junto a la carretera, el huerto almenado de las señoritas de Buitrago, que han protegido sus lechugas casi con una fortaleza. La tierra es más limpia y tiene menos cuernos el paisaje. Desde luego, no estuvo aquel señor. Lo he preguntado.

Ya en Sotillo veo la sierra de pie, a lo lejos y limpia. Ya no la pierdo de vista y hasta se me echa encima según avanzo. Merece la pena el espectáculo ingente de la cordillera, envuelta en luz azul, detallándose continuamente más y más. Ese sí que es un monumento. Un monumento de Dios inatacable. Hay que ponerse de rodillas.

EL ACCIDENTE DE CRAVEIRO LOPES

Para llegar al cuarto pueblo, Buenaventura, hay que subir y bajar cuestras durante un inacabable tobogán de más de una docena de kilómetros y cruzar la dehesa del millonario de Navamorcuende, con su placita de tientas y sus tórtolas que van y vienen, en suave revoloteo, de árbol a árbol. Buenaventura, al fin, tras un recodo, se anticipa por un soto de álamos. Fué en este pueblo donde Craveiro Lopes, el primer portugués de hoy, casi se rompe el bautismo pilotando uno de aquellos aeroplanos del año catapúm... Craveiro tiene una calle en Buenaventura, y las gentes (que ahora andan de trilla) están orgullosas del porrazo del señor Presidente, y de haberle cuidado y atendido como a un cristiano, cuando no era más que un oficialillo sin importancia, pero de los que volaban muy alto.

Buenaventura se nos queda a la espalda, pero antes hemos de pasar entre el mundo dorado de las eras, donde mulas y yeguas retozonas dan infinitas vueltas a las parvas redondas y donde los guangos de coscoja protegen la frescura rojiza del gazpacho.

TOPOGRAFOS EN LA VEGA DEL TIÉTAR

Por delante comienza la vega del Tiétar. Un valle dilatado, llanito y caliente, donde las cosechas son precoces. Un valle que, según dicen, va a convertirse por aquí en un lago, cuando levanten presas en el río.

He visto, al pasar, banderines rojos y blancos y hombres mirando por los aparatos esos que sirven para medir alturas y distancias. Todos esos hombres, con sus pantalones azules remachados como los vaqueros yanquis, con sus camisolinas de manga corta y sus gorrejas de jugadores de beisbol, son para los labradores de Buenaventura ingenieros. Acaso, no lo dudo, haya alguno con ese título en el bolsillo, pero los más no pasan de topógrafos o de ayudantes y aún de capataces, y aún de jornaleros que cobran su jornal por llevar al hombro las niveletas y clavarias en los surcos

o donde se les mande. Los «ingenieros», sin embargo, escudriñan el campo y significan una misteriosa amenaza para la tranquilidad de las liebres. ¡Qué se le va a hacer! El Tiétar es ahora una moribunda sucesión de charcos, apenas unidos —cuando lo están— por un hilo de agua. Puede ser, en cambio, una hermosura y una fuente incalculable de riqueza valle abajo. Aunque la gente de Buenaventura no lo sepa. O no se lo digan palabra por palabra y despacio, para que lo entiendan bien. Y miren con recelo a los ingenieros de los banderines. He aquí una maravillosa tarea: explicar a los españoles todo lo que es preciso hacer por España. Decirles cómo una fanega de tierra puede rendir lo que cinco, lo que diez. Aunque se sumerjan unas parcelas. Aunque tengan que emigrar cien yunteros. Aunque esa choza quede bajo las aguas permanentes. No importa, no importa. El signo más representa generalmente prosperidad. Y esto es el signo más. Necesitamos explicadores para que los campesinos no se encojan de hombros resignados, sino que carguen con alegría sus trastos cuando haga falta y muden el campamento y el amor a las tierras con savia.

OLOR A SIGLOS

Mi moto, arre que arre por la llanura, casi vuelta. Porque no he dicho aún que hago el viaje en moto. En mi moto, recibiendo el aire de frente y, en ocasiones, por los costados. Sintiendo que el suelo huye raudó bajo el equilibrio de las ruedas vertiginosas. El motociclismo es, apenas necesito decirlo, una especie de nueva versión de las Ordenes de Caballería, con semejantes riesgos y emociones, sólo que en vez de embestir infieles arremete contra tapias de piedra agresiva o contra terraplenes que desuelan la piel. Un placer y, como todo placer, un peligro.

De pronto, la carretera forma una cruz con la que desde San Martín de Valdeiglesias, por Lanzahita, desemboca muy cerca de Ramacastañas. ¡Qué nombres! Huelen a siglos, ¿verdad? Saben a robleal y a lana. En la cruz hay una venta para que refresquen los viajeros sin prisa, los carreteros de los carros con toldo que realizan su antiguo comercio de baratijas. Dan a beber un vino bueno, casi negro, y áspero, que exige el trozo de queso o la chacina para tragarlo.

LA HISTORIA SIMPLE DE PEDRO BERNARDO

La carretera mía, la que yo llevo, trepa desde la Venta enroscándose sobre sí misma un millón de veces. Es el puerto de Pedro Bernardo. Seis kilómetros y pico de subida continua. La moto suda y resopla, y parece que va a pararse ahogada por la sierra, y se endereza de nuevo, y acomete, y canta cuando el aire entra al carburador en plan de amigo.

Sobre la falda de un alto monte, a media altura y alrededor de los ochocientos metros o algo más, Pedro Bernardo es un palco ancho y abigarrado, con mantones de árboles y yedras, desde el que nuestros ojos galopan por el valle del Tiétar. Es increíble la cantidad de horizonte que se contempla. Increíbles la luz y la transparencia del aire.

Dicen que los fundadores del pueblo fueron dos hombres que apacentaban ganado. Uno era muy alto y se llamaba Pedro, e hizo su choza. Otro era muy bajo y se llamaba Bernardo, e hizo su choza. Cada cual, atraído por la bonanza del sitio, llamó a sus parientes. E hicieron sus chozas hasta que entre unas y otras no quedó un palmo de tierra, no quedó frontera. Pedro y Bernardo, como Rómulo y Remo, pero más pastoril y sencillamente, dieron sus patronímicos y en su torno las chozas se cambiaron en casas de barro, y luego de piedras. Y nació un pueblo para siempre. No hay historia más simple.

Aquí hay castaños de copa grande. Y olivos que crecen monte arriba, hincando sus aceites en las piedras. Y, ya en lo alto, pinos: enhiestos, dulces pinos olorosos.

La gente es cariñosa y el aire muy suave, muy grato. A la sombra se vive en primavera. Al sol, en pleno estío. Corre el agua y están los prados con sus hierbas verdes y jugosas, y los huertecillos fragantes, y la atmósfera como de cristal limpio.

LEYENDAS Y PAISAJE

Cuentan cuentos graciosos y absurdos. El cuento de la sierpe, por ejemplo. Una leyenda imposible inventada por no se sabe quién y que se basa, según creo, en ciertos restos fósiles existentes en el Museo de Historia Natural. Total, un diplodocus. O un megaterio. O algo así. Los naturales de Pedro Bernardo, viendo las cosas con cristal de aumento, hablan de un bicharroco descomunal, un monstruo de ojos centelleantes, capaz de tragar pueblos con sus fauces, que tenía —dicen y creen— el cuerpo en la cima del monte y la boca bebiendo en las aguas del Tiétar. En línea recta, y calculando por lo bajini, como desde la Puerta del Sol a Getafe.

El pueblo es como todos los pueblos de Sierra. Ventanucas mínimas y balcones corridos de madera. Porches semejantes a los hórreos gallegos. Desniveles atroces. Cochinos hozando en las calzadas. Y la plaza del Ayuntamiento, donde se corren vaquillas los días de la función. Y el rollo, donde la justicia se cumplía por lo trágico y muy de tarde en tarde, porque el hombre es animal pacífico. Y la iglesia, de buena traza, bien arqueada por dentro y con altares barrocos e imágenes de Olot. Y las sendas hacia el monte, por donde se adentran hombres montados en rocines esqueléticos, de escasa talla, y luego regresan al atardecer cargados con haces de leña. Hombres y bestias pequeños, como si la naturaleza no quisiera que frente a ella, tan altiva, descollase nadie.

UNA MUJER, UN MEMORIALISTA Y UN ESTENTOREO

He conocido en Pedro Bernardo a la triste mujer del bigote a lo Bismarck. Una mujer gorda, entrada en años, cuya cara tiene gravedad y dureza de máscara. Quema sus días bajo el alto porche de su casa, en la misma calle principal. Pudo ser una india mejicana o pudo ser un trozo de madera tallado cualquier día de malhumor. Pero sólo es, acaso, una madre de familia. O una sombra.

He conocido a don Luis, el memorialista. Un tipo delgado y transparente, vestido de luto riguroso y con sombrero. Un eterno tipo español. Vive de redactar escritos a los demás. Vive del aire y

juega al muş con voz de no llegarle la camisa al cuerpo. Aseguran que ha recorrido mucho mundo. Tal vez incluso las Américas, pues varias familias de aquí hicieron fortuna y arraigaron al otro lado del Atlántico. No sé, pero don Luis es persona fina, muy cumplida y destaca como un campanario entre estos aldeados.

He conocido a Cipriano Familiar, el estentéreo, con sus pantalones de pana, su pescadora exigua y descolorida y su cabeza medio calva: su gran cabeza de mascarón y su voz chillona que con todo el mundo se mete. Es la antítesis de don Luis, su vertiente ruidosa y basta. Entre los dos, mesurado y humilde, el resto del censo.

DONDE SE ESTRELLA EL «RUTA DE DE COLÓN»

Es bonito Pedro Bernardo y bonitos son sus alrededores. A cosa de dos horas de camino, un bosque de castaños donde no penetra jamás el sol. Allí se siente un frío de madrugada lunar. Y allí está el charco de los grillos muertos. El charco donde arrojas cualquier bicho e instantáneamente parece congelado. El charco que tiene aguas como de plata espesa, oscura. Se llama, ¡oh, buen Dios!, el castañar de Juan de Avila.

Y hay también, aunque menos solemne, el castañar de Las Corzas. Un lindo sitio para pasar el día. Y más arriba, en sierra pura, sin otra vegetación que los piornos. Blasco Jimeno el Chico, con cientos perpetuos, vientos duros; terreno para cabras a para solitarios desterrados.

Y el risco del Fraile. Las rocas donde se estrelló el «Ruta de Colón», conmoviendo, con su trueno mortal, las soledades de nieve.

Y la garganta de La Eliza, con sus truchas fugaces, y sus batanes donde se hilan vellones de carnero, bajando por La Somadilla hacia una orgía de pinos. ¿Has oído hablar de las mantas de Pedro Bernardo? Ilustre artesanía agonizante que no hace muchos años mantenía doscientas familias de este pueblo. Pero eso es otro cantar y te digo lo mismo que te dije respecto a los futuros embalses del Tiétar. Lo que no sirve se deja; y es empeño suicida mantenerse contra corriente. Renovarse o morir.

Emilio E. NIVEIRO



En invierno Gredos proporciona al alpinista las más grandes emociones, como la que nos ofrece esta escalada sobre el hielo del Centre

DOS ROMANCES HISTÓRICOS

ROMANCE DEL BAÑO DE LA CAVA y ROMANCE DE LA DESCENSION, por Fernando Allué y Morer.

Se publican en el número 19 de POESÍA ESPAÑOLA.

UN BARRIO TIPICO AL BORDE DEL MARE-NOSTRUM

DE LA CEPA SALE EL VIN.

EN LAS TABERNA BARCELONETA CON EL DIG

EN *La Parra* aprendí la historia, dulcemente melancólica, de un ciego. Pero comprendo que he empezado de una manera demasiado brusca. Antes de hablar así, de pronto, de *La Parra* debo presentarles la taberna.

Porque *La Parra* es una taberna, toda una taberna del puerto de Barcelona. Como me asegura, no sin orgullo, Sancho—Sancho es el dueño de *La Parra*—, esta casa ahumada, olvidada y triste es ni más ni menos que la casa más antigua de la Barceloneta. Me lo había dicho un amigo: «No dejes de visitar *La Parra*. Es una taberna pequeña, oscura, pero llena de extraños encantos, de la calle de La Maquinista.»

La Parra no tiene un cartel sobre su puerta. Diríase una triste taberna sin nombre. Pero al detenerme ante ella con curiosidad comprendí que no podía ser otra la que me había descrito mi amigo. Una casa de dos pisos de perfección arquitectónica, en sus tiempos limpia y alegre, pero hoy negra de humo, de vejez, de tristeza.

El techo está sostenido por gordas vigas de madera de un castaño oscuro. Delante del mostrador, unas mesas esparcidas. Al fondo, separados por un pedazo de tabique, una cocina y cubas de vino regularmente superpuestas. Aquí venden el coñac a granel. Sobre el mostrador leemos en una pequeña cuba: «Coñac a veinte pesetas el litro.» En los estantes, botellas de coñac, de Calisay, de licores, altas y untuosas botellas de jarabe...

UN HOMBRE ARISCO

El dueño es alto, serio y silencioso. Se pasea lentamente, en mangas de camisa. Muerde un bocadillo de carne rebozada. Y gruñe de fastidio cuando le importunan. Yo vengo decidido a importunarle. Entre mordisco y mordisco al gordo bocadillo, me responde áspera, secamente... «¿Quién será este tipo—debe pensar Sancho—y por qué me estará preguntando tantas impertinencias? Que si la antigüedad de la casa, que si los marineros, que si había o no había pescadores—como en otros tiempos—en la Barceloneta, que si esto, que si aquello...»

Sancho calla, cada vez con más recelo y me contesta con más altiva frialdad. Hasta que me dispara:

—¿Por qué lo pregunta?

Yo, que en realidad no tengo más que una tremenda curiosidad, le contesto, simplemente, por decirle algo:

—De cuando en cuando acompañe por Barcelona turistas extranjeros...

—¿Y usted cree—replica con una triunfante mezcla de orgullo y burla—que a los turistas extranjeros les va a interesar la Barceloneta?

Muerde más de prisa la carne rebozada, y con la boca llena comienza a mascullar palabras más o menos incoherentes...

«Claro... ¡Quiéren tipismo!»
«Pues si quieren tipismo lo tendrán—me espeta, amenazándome

con el bocadillo, tendiendo el brazo—. ¡Les traeremos baldes!»

Sancho se va pacificando, pierde su recelosa cautela, pronto he cambiado ante sus ojos. No sé lo que habrá pasado. Por ventura me ha comedido con qué sé yo que persona impertinente. Pero ahora es más tranquilo y empieza a hablar. Me brinda, deshaciéndose en elogios, entre mordisco y mordisco, las excelencias del vino de los bebedores y de *La Parra*.

LA SONRISA DEL SEÑOR JUAN

El señor Juan está sentado en un rincón. Sobre la mesa manchada, un vaso sucio lleno de vino espeso.

Pero el señor Juan no se turba. Parece escuchar nuestra conversación con la mayor indiferencia. Ni un ademán de atención, ni un gesto de desagrado. Sólo un temblor: el temblor de una mano hinchada, blanca y enferma, sobre el puño de un bastón blanco, de ciego. De hace años, muchos años, el señor Juan no hace más que escuchar. Todo lo escucha. Ha sido la presencia de la luz. La luz es toda sonido para este ciego que ahora apura el mugriento vaso lleno de vino tinto.

El señor Juan es un hombre popular. Las mujeres que entran y salen—con una botella en la mano para comprar vino—en *La Parra* se paran un momento para charlar con el señor Juan.



Las tabernas del popular barrio mariner de la Barceloneta tienen fama por su tipismo. ¿Qué navegante que se estime no las ha frecuentado?



Esa casa vieja, de sucia estampa, es conocida en toda Barcelona. Y, aunque en su puerta no exista letrero, todos saben que es «La Parra».

¡AY, LERE, LERE, LERE...!

RAS DE LA A CHARLA G B A C O

—¿Está el señor Juan?— pregunta una mujer pequeña que parece que se va a caer de vieja y esquelética.

El señor Juan, que está en un rincón, se ha incorporado ya con una sonrisa. Esta sonrisa silenciosa es su saludo—y quizá su pensamiento.

Se despide silencioso, sin hablar. Palpando el suelo con su blanco bastón, sale de la taberna.

Pienso en el extraño encanto que debe tener el pobre barrio de la Barceloneta en la experiencia cotidiana del ciego. Será una Barceloneta hecha toda de sensaciones acústicas: sonidos locos, dulces, tiernos, lentos o apresurados, pero sonidos que quizá en lo más recóndito de la fantasía del señor Juan cobran formas de casas con mujeres sentadas ante el portal, balcones con macetas, plantas de anchas y verdes hojas caídas, claveles, niños que juegan, niñas de largas trenzas que saltan a cuerda... y, sobre todo, tabernas, tabernas palpitantes de una intensa animación. Jóvenes endomingados que charlan con su novia, un grupo de marineros y portuarios que se ha apretado de pronto en un montón sobre el mostrador y aquellos hombres en mangas de camisa que juegan a las cartas sobre el mármol de una mesa.

ALEGRIA CALLEJERA Y RIÑAS DE NIÑOS

Ha empezado a hacer calor. Hoy es domingo. Un domingo por la tarde. La Barceloneta se ha endomingado. Esta calle está llena de banderas, de gallardetes... Suenan una música. Bailan.

Entramos por la calle de los Pescadores. Caminamos y nos parece maravillosamente sucia, maravillosamente alegre. Pierdo en seguida la noción de las calles simétricas, ordenadas. De pronto, caminando al azar, a la buena de Dios, me encuentro en el cruce de la calle de Santa Clara con la calle del Almirante Aixada. Esto es una taberna. Y un restaurante. Hay una gran pizarra con el menú. El movimiento, la animación de siempre. Detrás de la taberna continúa la calle de Sevilla, y salimos al barrio de los modernos merenderos.

Tienen una fresca alegría callejera estos merenderos, estos



Una escena de taberna desaparecida. Después de ver «esto», el visitante recordará por largo tiempo sus singladuras por las «tascas» de la Barceloneta.



Otra taberna del barrio. Pero aquí el tiempo ha evolucionado y, en contra del sabor de la Barceloneta, este feliz representante de Baco se ha remozado.



¡Amigos, ya se ha liado! Es la hora del crepúsculo, la hora del «chiquito» y también—¿cómo no!—la de la partida de mus. ¡Ordago!, y seguirán bebiendo.

restaurantes, montados con maderas y pintura detrás de la playa, que se llaman El Avión, La Marina, La Venta Andaluza, el Rancho Grande... Una muchacha de blanco nos dice: «Entren, entren, si quieren merendar.» Pero nosotros continuamos. Más allá hay unas barracas, empiezan las barracas, extrañamente numeradas: A 21, A 22... Los niños que salen de A 22, de A 21... son morenos y salvajes. Juegan de una manera violenta. Se pegan o se revuelcan agarrados por el suelo. De pronto sale de un barracón de madera y lata una mujer menuda y reseca vestida con una falda de saco, que separa a trompazos a los críos. La mujer habla con acento andaluz. Detrás de ella han salido dos hombres con una chaqueta estrecha. Son morenos y tienen las facciones arrugadas y duras.

La mujer y esos dos hombres se marchan llevándose a uno de los chiquillos. El otro se ha quedado solo. Era el más pequeño, el más débil. Tiene los hocicos llenos de mocos y la cara manchada de trompazos y de cardenales. Se ha quedado llorando.

EL ENCANTO DE LAS CALLES PERDIDAS

Más allá está el Somorrostro, un barrio mugriento y trágico. Pero nosotros retrocedemos y buscamos de nuevo alegría en las calles y en las tabernas de la Barceloneta. Nos paramos en una esquina, en el cruce de la calle de Guitart con la calle del Almirante Cervera. Porque en este cruce está el Bar Bomba, una taberna más, y nos agrada detenernos, aunque sólo sea unos instantes, en esas tabernas de la Barceloneta.

Esto no es *La Parra*. Sin embargo encontramos aquí de nuevo al ciego. El señor Juan está—como en *La Parra*—sentado detrás de una mesa. Apura lentamente un vaso de vino tinto.

Las casas parece como si estuvieran abiertas. Se ve el comedor desde la calle. Alrededor del comedor, toda la familia—endomingada—. Sobre la mesa hay una lámpara.

Los niños continúan lanzando petardos. Las niñas saltan a la cuerda. En una casa hecha ruinas han empotrado una barraca. Un bebé rubio agita los brazos sentado en una sillita. Las mujeres charlan, sentadas en la acera. Un hombre vestido de mecánico se ha asomado al balcón. Otros entran en la taberna de la calle de San Pablo.

Hoy es domingo, y esas gentes necesitan poco: les basta con la aparición, cada ocho días, de la tarde dominguera para paladear la felicidad.

Todo gira. Y en la calle de Villajoyosa las niñas continúan saltando a la cuerda. Esto tiene un hechizo extraño, con sus casas viejas, de hermosas líneas arquitecturales, que me recuerda el de la plaza Real: un barrio hermoso, una ciudad floreciente, que ha envejecido.

TABERNAS Y BALCONES EN UNA NOCHE DE VERBENA

He vuelto a la Barceloneta la noche de San Pedro. Las persia-

nas se han iluminado con una verde y gozosa claridad. La calle está adornada de gallardetes de papel. En el centro resbala un cordón de luces tapadas con tiernos papeles de seda. Y todo—los adornos, las colgaduras, los gallardetes—parece hecho para que las persianas se iluminen, para que su luz y su verde claridad, para que sus balcones con hombres en mangas de camisa, niños, mujeres y viejos se asomen más que nunca a esa calle que se ha convertido en un entoldado de alegría popular. La muchedumbre tapa la entrada de la calle. Se divisa sólo un mar de cabezas. Se mueven, suben, bajan, incitadas por el nervioso ritmo musical.

Ha parado un taxi. Saltan de él unos mozos con la chaqueta al brazo y unas muchachas endomingadas. Más allá, delante de unos puestos de churros, hay una taberna. Me meto por curiosidad. En la taberna juegan un niño y una niña. El niño tiene un globo de un grosella anémico, que cuelga del extremo de una caña. Con el globo azota el suelo, azota las mesas y las sillas, y persigue a la niña. La niña corre, riendo. Esconde sus cabellos morenos bajo un sombrero de paja con una visera. En un rincón, unos mozos juegan al fútbol. Detrás del mostrador, el dueño de la taberna parece hinchar de pura satisfacción su panza.

LLUVIA

Ha empezado a llover. Me apoyo en el sucio mostrador para apurar una cerveza. Entre tanto entra un mozo dejado y reseco, con los pies sin calcetines metidos en unas sucias alpargatas, unos pantalones azules de pescador tremendamente descoloridos, y los faldones de una blanca camisa dominguera colgando abiertos por encima. Es un hombre de la costa, un pescador, un hombre—o un pedazo—de mar. Es un gusto hallarlo entre tantos muchachos que se han puesto unas corbatas muy vistosas para el baile. Vacila lo mismo que si estuviera borracho. Camina con las piernas muy abiertas, inclinándose a un lado y a otro, bailando, columpiándose, y vacilando y apoyándose ahora en esta mesa, ahora en aquella, ahora en el mostrador.

No sé lo que le habrá dicho. Pero el dueño sonríe de satisfacción. Esto, en realidad, no debería haberme asombrado. Porque este hombre es la satisfacción hecha grasa viva. Si no temiera ofenderle, diría que me recuerda a uno de los tres cerditos: al trabajador. Su cuerpo se tensa bajo los tirantes de su mono azul.

EL VIEJO QUE HACE SOLITARIOS

Ha parado de llover. Vuelve a sonar la música callejera. Las cabezas suben y bajan. Y el altavoz repite, impertinente, machacón: «¡Se va el caimán! ¡Se va el caimán!»

Los vecinos de la plaza del Poeta Boscán no han sospechado nunca que Boscán fuera el introductor de la métrica italiana. Quizá sólo sepa de eso don Antonio, el maestro del Grupo

Escolar. Don Antonio es un viejo alto y delgado, que camina haciendo temblar en el aire un bastón más delgado que él. Por las inmediaciones de la plaza estallan petardos y tracas. Pero don Antonio no se inquieta, ni se encoge, ni se escapa, replegándose con su bastón, hasta que la traca encendida le persigue los pies.

Este es el Centro Cultural del Comercio y de la Industria. Con la bandera española en el balcón. Este Centro Cultural es una taberna más. Y encima de la taberna, balcones. El balcón de la bandera, lleno de macetas con geranios. A los balcones más altos se asoman mujeres.

Está tieso y serio detrás de la mesa. Es un viejo oficinista. Su silueta se recorta a través de la trémula cortina de la puerta. Hace su solitario, con silencio, con majestad, como todas las noches, y, aunque los petardos estallan y las tracas son cada vez más escandalosas, él continúa haciendo su solitario con imperturbable seriedad.

EN «CAN GANASSA»

En la plaza de la Barceloneta, esquina a la calle de San Miguel, está Can Ganassa. El dueño de Can Ganassa no se parece en nada al de *La Parra*. Este se llama Tomás. Es la misma amabilidad en mangas de camisa.

—¿No le conoce?—me dice, señalándome a un señor bien trajeado, delgado, de cabellos rojizos—. Es el señor Gasparet.

Yo no conocía al señor Gasparet, pero me agrada charlar con Tomás. Me trae un sifón, un vaso con grosella y unas patatas fritas. Cuando le digo: «Lo que lamento es que la Iglesia de San Miguel esté tan abandonada, con las hornacinas de la fachada sin santos, con la bellísima fachada barroca en el punto de dejadez en que la sumió la revolución», el entusiasmo de Tomás se exagera y empieza a charlar, y, como él charla y yo le respondo y me contagio de su locuacidad, resulta que ambos los conocemos a todos, que los amigos de Tomás son amigos míos y los míos de Tomás, y, a fin de cuentas, que Tomás y yo éramos los mejores amigos del difunto Mossén Mercader, uno de los párrocos más populares que ha tenido la Barceloneta.

DE NUEVO EN LA CALLE DE LA MAQUINISTA

Al salir de *Can Ganassa* atravieso la plaza de la Barceloneta y echo calle allá hasta dar con la de La Maquinista.

La Bombeta está abarrotada de bebedores. Más allá, una luz pálida brota por las ventanas y la puerta de *La Parra*. Aquella taberna tiene para mí una extraña atracción. Sin embargo, de pronto me quedo inmóvil. Sancho—como un guardián celoso—entra y sale de su taberna. *La Parra*, llena de una luz pálida, empieza a dormir en soledad. «¿Qué pensará?—me digo, mirándole desde lejos—. ¿Volverá a sospechar de mí?»

Doy media vuelta, por lo que pudiera ser. Dos mujeres han atravesado ahora la calle. Con una cazuela ancha y baja. Con una torta sabrosa y humeante.

Francisco SALVA MIQUEL

POR LA RUTA DE LOS CONQUISTADORES

Arturo Mateos, el motorista solitario, cuenta su aventura

UN ESPAÑOL DE AHORA QUE NO QUISO SER MENOS QUE EL VALDIVIA DE ANTES

45.000 KILOMETROS A TRAVES DE HISPANOAMERICA

LA MOTO, ANIMAL PELIGROSO

Por el camino, ante mí, avanzaba un pintoresco cortejo. Eran los campesinos de los contornos que volvían de la feria de Ibarra. Jamás vi nada parecido, ni creí que pudieran lograrse conjuntos de tanta belleza y tanto valor folklórico. Las gentes vestían sus trajes típicos; los hombres caminaban dando traspiés, por el mucho aguardiente ingerido, y continuamente caían al suelo. Iban detrás sus mujeres, no mucho más serenas que ellos, pero sí lo suficiente para levantarlos y encasquetarles de nuevo el sombrero, obligándoles a andar a empujones. Las mujeres hacían todo esto sin desatender a los cerdos y corderos que les seguían, todos adornados de cintas de colores, ni soltar los grandes fardos repletos de telas, de bordados, de flautas, de sombreros y otras obras de la artesanía familiar. Yo avanzaba muy despacio para gozar el espectáculo, pero al alcanzarlos me hicieron en seguida paso y algunos campesinos corrieron a esconderse precipitadamente, soltando la carga que llevaban. Después que pasaba yo asomaban las cabezas entre las matas del ribazo, con los ojos asombrados.

Si se asombraron ellos, lo mismo me sucedió a mí, al darme cuenta que temían a la moto como a un monstruo peligroso. Cuando me acercaba a algún pequeño poblado, hombres y mujeres recogían apresuradamente niños, perros y gallinas, y se metían en sus casas, cerrando las puertas. Yo pasaba por las empedradas calles solitarias mientras se asomaban sólo cabezas de hombres, que me contemplaban impasibles hasta que me perdía de vista. Eran poblados sin electricidad, sin automóviles, detenidos cuatrocientos años atrás; pero de ellos y de las gentes que los habitaban emanaba una envidiable paz.

Comenzó otra vez la lluvia torrencial. Estaba ya anocheciendo, y decidí no parar hasta Quito, donde pensaba reponerme del cansancio. Pero no contaba con un fuerte revolcón que me dejó tendido en el barro. Cuantos esfuerzos hice por levantar a mi «Harley» fueron inútiles. Estaba

engastada en el lodo hasta el manillar; sólo me quedaba aguardar a que pasase algún viajero providencial que quisiera ayudarme... De pronto, a lo lejos, divisé un grupo; eran dos hombres y una mujer indios, que avanzaban envueltos en agua y barro. Me acerqué a ellos y, lo más claro que pude, les expliqué mi situación, pero parecían no entenderme. La mujer siguió sola el camino; los dos hombres me miraban impasibles, sin un gesto. Les ofrecí dinero para que me ayudasen; así porfié casi media hora; ellos, con el rostro de estatua, negaron y no consintieron en acercarse a menos de diez metros de la moto. Me dijeron algo que no entendí, y se alejaron rápidos, cual sombras, bajo la lluvia, como si temieran el maleficio de aquel cacharro caído en el camino.

Estaba otra vez solo, sin esperanza de ayuda. Apartando con las manos el barro, conseguí que la moto cayera en la cuneta. Allí, con ramas, hice una especie de pista, y tras una hora de trabajo, calado hasta los huesos, conseguí sacarla del atolladero. Iba a cantar victoria, cuando vi algo que me dejó más helado de lo que estaba: al caer se había destapado el bidón del aceite; todo se había perdido. ¿Cómo continuar?

Aun a costa de que estallase el motor, decidí seguir, hasta donde pudiera. Era noche cerrada, la lluvia me daba de frente, hondos charcos fangosos se sucedían; en estas condiciones comencé a escalar la gran sierra que me separaba de Quito. Sin darme cuenta, me encontré en las desiertas calles de un pueblo.



Mercado típico de los indios del Chimborazo.

UTILIDAD DE LA MANTECA DE CERDO

Al oír el inusitado ronquido de la moto se abrieron ventanas y aparecieron figuras sosteniendo velas y candiles. Yo me quedé parado ante la expectación del vecindario. La moto estaba al rojo; no podía seguir adelante. Entré en la bodega, donde algunos aldeanos mataban el frío. Pregunté dónde podría encontrar aceite para el motor. Me dijeron que no lo había, ni siquiera gasolina. ¡Menuda perspectiva! Yo quería llegar a Quito.

Como en aquella bodega se vendía de todo, vi sobre el mostrador unos blancos rollos de manteca de cerdo. Tuve entonces una luminosa idea: llené el tanque, hasta arriba, de aquella manteca. Me fué muy fácil meterla, pues el cacharro estaba ardiendo y se derritió al instante. Sin más preparativos me lancé a probar fortuna. Era una de las peores etapas del viaje: se trataba de escallar una sierra con más de 100 kilómetros subiendo y bajando; pero la moto, envuelta en un apetitoso olor a carne asada no falló una sola vez; a las cuatro horas entraba en la capital de Ecuador. Un humilde cerdo se había revelado como la mejor fábrica de aceite para motores.

PINTOREQUISMO DE QUITO

En las solitarias calles me dieron la bienvenida los numerosos anuncios que la lluvia furiosa despegaba de los muros. Buscaba dónde alojarme, y entre la cortina de agua vi la muestra del hotel «Colombia»; allí me metí. No tuve ni fuerzas para cenar, caí en la cama y quedé profundamente dormido.

Al día siguiente era domingo. Me levanté tarde y salí a la calle. Llovía con la misma constante furia; busqué una iglesia para oír misa y me senté bajo los porches de la plaza a leer los periódicos que hablaban de mí. Salía la gente de misa de doce y paseaba con aire tranquilo y provinciano, luciendo sus mejores galas. Así ocurría en mi ciudad cuando yo era niño. También Vitoria tiene unos porches y muchos días de lluvia...

Me lancé bajo el agua para ver los monumentos artísticos. Eran documentos en piedra que gritaban: «España ha pasado por aquí». La catedral, la fachada de los Capuchinos, la infinidad de iglesias donde la arquitectura castellana se alegra con inspiraciones indígenas, las silenciosas plazuelas, recogidas y evocadoras.

Paseando me encontré ante una bomba de ga-

solina, donde pregunté dónde podría adquirir una guía de carreteras. Al verme con mi indumentaria estropeada, pese a que iba a pie, se empezaron a interesar por la clase de viaje que estaba realizando, y un buen señor que estaba presente me metió, quieras que no, en su viejo coche, me llevó a su casa, donde me regaló un mapa del Ecuador, invitándome a comer con su simpática familia. Fué un acto de gran valor emotivo: ellos querían oír hablar de España, tierra a la que amaban, aun teniendo de ella una idea por completo equivocada.

Como a las seis me despedí de don José Echavarría, mi simpático anfitrión. La lluvia se había convertido en llovizna, y en la plaza, al son de una banda militar —que interpretaba pasodobles tras pasodoble, intercalando alguna música popular—, paseaban soldados, muchachas, estudiantes, mezclándose a campesinos descalzos, vestidos con sus trajes típicos, que, quietos bajo la lluvia, escuchaban con sus hieráticos rostros vueltos hacia los músicos, como si los brillantes instrumentos les electrizaran... Yo les contemplaba encantado, cuando un grupo de estudiantes se me acercó y trabé amistad en seguida. Me fui a cenar a la pensión donde ellos estaban. Allí había chicos de toda Sudamérica, pues la Universidad quiteña es célebre entre los países vecinos, rivalizando en esto con la de Cuenca.

Me senté en una mesa, entre un chileno y un colombiano, y animadamente pasamos varias horas. Ellos estaban de dinero, poco, más o menos, como yo.

—Cuando llega la plata que manda el viejo, no alcanza ni para pagar las deudas... Yo tengo que ir con gabardina porque he vendido el abrigo para hacerle un regalo a la novia. Así andamos todos...

Yo no sabía que «la casa de la Troya» tuviera sucursales tan lejanas, pero desde Gil Blas a nuestro tiempo, los estudiantes se ve que han sido siempre iguales.

Por las callejas estrechas me fui muy tarde al hotel. Estaba solitaria la ciudad. A las nueve de la noche todos los quiteños estaban en sus casas.

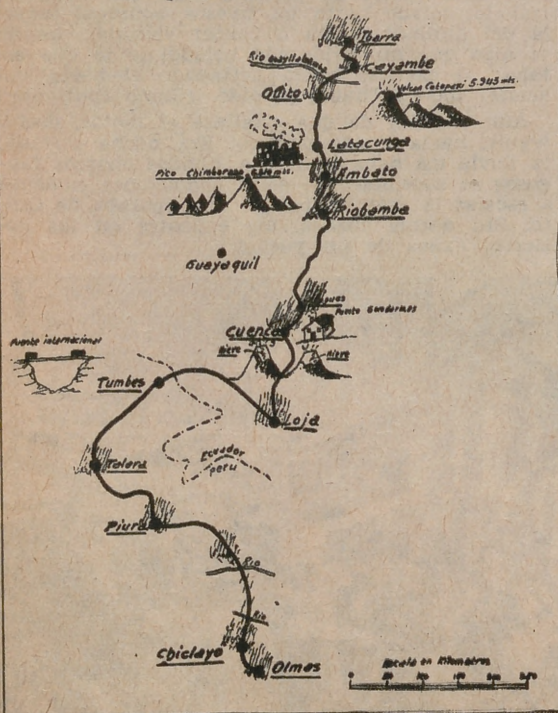
A la mañana siguiente, mientras esperaba que me despachasen el visado peruano, me fui a misa en la catedral. En el mausoleo dedicado a Sucre vi una corona con la bandera española. Me impresionó el encuentro de aquellos trozos de cinta que me hablaban de la Patria, y me senté allí cerca. La iglesia estaba silenciosa. Oí los pasos de una niña descalza que vino a arrojarse a mi lado, dejando un gran fardo en el suelo. Era una campesinita de unos ocho años, con larga trenza y la piel oscura. Se levantó e intentó colocarse de nuevo la carga, que sujetaba con una correa pasada por la frente. Yo acudí a ayudarlo, pero poco hábilmente, así que ella me gritaba corrigiéndome, un poco maravillada de que no supiera hacer cosa tan sencilla como equilibrar un fardo con una frente infantil.

Cuando se alejó me dirigí al garaje donde había guardado mi moto. Estaba el dueño, que era un madrileño llegado tres años antes al Ecuador. Hubo abrazos, recuerdos de la patria, presentaciones de la familia, y al fin, después de extrañarme tres o cuatro veces por las enrevesadas calles, salí de Quito, al mismo tiempo que la lluvia volvía furiosamente a hacerse la dueña de la ciudad...

MERCADO A LA SOMBRA DEL COTOPAXI

Por una bonita carretera llegué a Latacunga. En el camino había saludado al gigante Cotopaxi, que emerge, solemne y amenazador, entre un coro de montañas. En Latacunga había mercado indio, o sea que me encontré con el espectáculo más original que puede imaginarse. No hay palabras para narrar el pintoresquismo de una de estas ferias. Los indios, sentados en grupos en el suelo, exhibían sus variadas mercancías, extendiendo las telas de colores brillantes por ellos tejidas y objetos de uso doméstico: cucharas de madera, cacharros de cocina, y luego espuelas, látigos, flautas, etc. Todos vestían casi igual, con pequeña diferencia en el tipo de sombrero. Llevaban una sola trenza, engrasada y muy larga. Su traje consistía en un calzón blanco y una manta roja; las mujeres se adornaban con profusión de collares dorados. Entre esta multitud, que hablaba a gritos, paseaban los perros, que se acercaban, hambrientos, a las cocinas al aire libre. Estas estaban con-

Esta es la ruta, a través del Perú, que el motorista Mateos narra en este tercer capítulo de su hazaña.





Una impresionante vista de la playa de Punta Negra, donde el mar bate con furia sobre las rocas negras.

curridísimas. Una mujer, con un par de percas llenas de arroz o de garbanzos, se encontraba en el centro de un espacio rodeado de platos de madera. Llegaban los clientes, se sentaban en el suelo y con las manos comían tranquilamente los alimentos, convertidos en una pasta. Había otros restaurantes de más categoría, que vendían pollo, conejo y carne. Lo servían en las manos, dejando escurrir una deliciosa grasa sobre el 'raje de los ruidosos concurrentes, que estaban, en general, bien cargados de bebidas alcohólicas.

Grupos de curiosos rodeaban a los músicos errantes, que iban de feria en feria con sus grandes flautas y sus extrañas guitarras cantando primitivas canciones... Mientras tanto seguían los tratos y las ventas; entre empujones y chillidos, la gente compraba cosas o las cambiaba por otras, pues entre los indios se conserva esta rudimentaria forma de comercio.

Me quedé a dormir en Latacunga para gozar hasta lo último el inusitado espectáculo. En mi mente quedaron grabados durante toda la noche los aires tristes de las canciones indias y el triunfo chillón de las telas multicolores, desplegadas bajo el sol...

¡CUIDADO CON LOS PASOS A NIVEL!

A la mañana siguiente salvé por milagro la vida. La carretera marcha paralela a la vía al salir de Latacunga. Corría cerca del tren, y desde las ventanillas, como es de rigor cuando uno viaja, me hacían señas y me decían «¡Adiós!». Yo oí que la máquina tocaba el pito insistentemente, y de pronto la vi trazar una curva y echarse hacia mí, mientras el maquinista intentaba desesperadamente para el tren, gritándome... (¡Dios sabe lo que me gritaría!)

No había perdido la serenidad; en una fracción de segundo clavé los frenos y, sin miedo al golpe, me tiré, con moto y todo, al suelo de costado. Intenté clavarme con las uñas a la tierra; pero la moto, por la velocidad que llevaba, tumbada y todo, siguió desliziándose... Por fortuna el camino era malo: unas piedras, a las que me agarré, me salvaron, mientras la moto iba a chocar con un poste, que en tiempos remotos debió servir para sujetar la cadena que cerraba el paso a nivel.

Del tren bajaron empleados, maquinista y algunos viajeros que me ayudaron a levantarme. Medí la distancia: había quedado a dos metros y medio del tren. Tenía las manos heridas, pero nada más.

Me encontraba en el lugar más accidentado de la carretera ecuatoriana. Al leerlo en las «guías» me resistí a creerlo, pero era verdad: el camino, en sólo 90 kilómetros, asciende 3.000 metros por

unos paisajes de estremecedora grandiosidad y belleza. El hombre, como un insignificante microbio, se siente anonadado entre aquellas montañas majestuosas, sobre las que se alzan los puntiagudos volcanes coronados de nieve... Cruzé, sin detenerme, ante el pueblo de Ambato, y después por Río Bamba, interesante población, contemplando entre uno y otro el imponente pico del Chimborazo, que, con más de 6.000 metros, se eleva al cielo... Tenía tanta prisa y el suelo estaba tan malo, lleno de baches y charcos, que las caídas y los golpes me impedían gozar a gusto el paisaje.

Quería llegar a Cuenca, la segunda capital ecuatoriana. Forzando la máquina, y ya casi anochecido, lo conseguí. En el puesto de policía, a la entrada de la ciudad, me detuve y enseñé mi pasaporte, como era de rigor.

«QUEDA USTED DETENIDO»

Los agentes me miraron y, devolviéndome los papeles, me dijeron que siguiése. Apenas entré en la calle principal, cinco señores me hicieron señas de parar. Uno de ellos se acercó y me enseñó su credencial de agente de Policía.

—Queda usted detenido—me dijo—. ¿Dónde ha dejado a sus compañeros?

—Pues... están en Caracas—respondí, perplejo, sin entender lo que estaba sucediendo

—Ya... en Caracas—repitió el policía.

Sin más me rodearon los otros cuatro, y en marcha triunfal, seguidos por un grupo de más de cien personas, me llevaron a la Jefatura.

—¡Es el español!—decían algunos a mi espalda.

«Claro que soy el español», pensaba yo, al mismo tiempo que me devanaba los sesos recordando qué había hecho, si por ignorancia habría violado el código de carreteras o me habría pasado alguna frontera sin los papeles en regla. Media ciudad atravesamos así. Yo no decía una palabra. Simplemente, esperaba los acontecimientos.

Me dejaron en una habitación, vigilado por un sargento. Los señores importantes se fueron al despacho del comisario para examinar mis documentos, probando la tinta de los sellos, etc. Me acerqué al balcón y vi que en la calle el público era numeroso y esperaba pacientemente la solución de aquel asunto. Cada vez estaba yo más intriguado y más lleno de indignación. Como a la hora y media me puse a hablar solo, en voz alta, para que me oyeran los que estaban reunidos en la habitación contigua. Entraron, y entre ellos vi a los que me habían detenido. Lo más cortésmente que me permitía mi estado de ánimo, dije:

—Creo que aquí debe haber algún error. Ustedes me han confundido con otro. Yo no he hecho nada para que me detengan.



Aquí vemos en plena selva al moderno conquistador, célebre ya por su aventura en toda Hispanoamérica.

—Tiene usted razón—contestó el que parecía el jefe, devolviéndome los papeles con toda clase de excusas—. Ha habido una confusión lamentable. Andamos detrás de un estafador de origen español y no logramos darle caza. ¡Ha hecho una gran estafa!... Aquí tiene la fotografía. Mire si no se le parece a usted...

Comprobé con sorpresa que se me parecía de manera lamentable. Nos reímos todos, y así se firmó la paz entre la Policía y el presunto bandido. Con gran gentileza y desencanto del público me acompañaron hasta donde había dejado la moto y luego a un hotel, lleno de estudiantes, en donde me dejaron, repitiéndome de nuevo sus excusas.

Con el tiempo que había perdido, la preocupación que me dieron y el cansancio, poco pude ver de Cuenca, ciudad vieja, como si fuera cualquiera de Castilla, dominada por la enorme catedral, que en la noche parecía vigilar las casas apiñadas a su alrededor...

CORTESIA CERVANTINA Y UN VASO DE «REFRESCO»

Corría alegremente hacia Loja, sin saber que en 90 kilómetros no iba a encontrar ni repuestos



Una bella india del lugar de Pisac, con su atuendo típico del país.

de gasolina, ni aceite, ni tan siquiera una sombra donde guarecerme. Era un camino desierto, peligrosísimo, abierto entre barrancos. Allí me hubiera quedado a contemplar el paisaje si un camión no se hubiese detenido al verme al borde de la cuneta. Me regalaron algo de gasolina y pude continuar caminando.

Llevaba ya 210 kilómetros desde Cuenca, cuando acerté a pasar por un poblado de sencillas casas, y me detuve a descansar. Vi salir un grupo de hombres, que con pausado andar se dirigieron a mí. Quitándose el sombrero. El que parecía el jefe me dijo:

—Dios os guarde, viajero. ¿En qué puede servir este humilde pueblo? Haremos todo lo que esté en nuestra mano para complaceros.

Me quedé asombrado. ¿En qué páginas de Calderón o Cervantes había yo leído palabras parecidas? Aquella escena no era de este siglo. Un poco sobrecogido por tal recibimiento, respondí que sólo tenía una sed tremenda. El que encabezaba el grupo, que era el único que hablaba, ordenó algo. Yo no me había apeado de la moto; estábamos unos frente a otros, contemplándonos en silencio. Volvió en seguida un hombre que traía una jarra llena de fresco líquido y un brillante vaso sobre un plato de madera. Me lo llenaron y bebí sin respirar. Tendí el vaso hacia ellos, se miraron y lo llenaron de nuevo, mientras el buen jefe decía:

—Bebed lo que queráis, que todo lo de este pueblo está a vuestra disposición.

Bebí tres grandes vasos, pues mi sed era terrible. Les di las gracias afectuosamente, con mis mejores palabras, para no desentonar en la clásica estampa, y el jefe entonces me habló, por último, diciéndome:

—Os deseamos a vos y a vuestra familia todas las venturas del cielo... ¡Ojalá algún día tengamos la dicha de poder ayudaros otra vez!

Me alejé impresionado, como si saliera de la escena de una antigua comedia de nuestro mejor teatro. Aquella hidalguía aldeana era la mejor prueba del carácter hospitalario del Ecuador.

TRES VASOS DE CHICHA SON DEMASIADOS

Muy cerca veía las puntiagudas cumbres de dos volcanes coronadas de nieve; era un paisaje bello, como para ilustrar una caja de bombones. De pronto el paisaje se hizo tétrico, dantesco. Estaba en un terreno alto, cubierto en otro tiempo por espeso bosque. Un enorme incendio había destruido la vida de aquel paraje, y del suelo sólo surgían troncos negros, retorcidos, que se erguían sobre una alfombra de polvo y barro, también negros... Corrí varios kilómetros por aquel escenario, sitio ideal para que las brujas de Goya celebrasen sus aquelarres. De pronto los monstruos vegetales comenzaron a danzar, la vista se me nubló, perdí el dominio de la moto y tuve que dejarme caer, completamente mareado, al lado de uno de los árboles. ¿Qué me ocurría?

Lo que había bebido con tanta ansia era «chicha», y tres vasos eran más que suficientes para tumbar a un cosaco. Entonces comprendí las miradas de asombro de los que me contemplaban mientras bebía..., pero ya no tenía remedio. No sé el tiempo que me duró la imponente e involuntaria borrachera; el frío del crepúsculo me despejó lo suficiente para poderme levantar con gran esfuerzo, y, a pesar de las náuseas, conseguí ponerme en camino, llegando a Loja aquella misma noche...

UN QUIOSCO PUEDE SERVIR DE HOTEL

Me cruzaba con viejas, chirriantes carretas, camino de Santa Rosa. La carretera no era más que una repisa estrecha tallada en la roca sobre un impresionante desfiladero. En los poblados solitarios que encontré, las gentes se escondían al verme, santiguándose. Vestían todos con sus trajes típicos; vivían en la más completa rusticidad, apegados a sus antiguas costumbres, sin importarle un bledo el progreso. Las mujeres indígenas, con una habilidad increíble, tejan los finos sombreros que llamamos de «Panamá», pero que tienen en Ecuador una gran área de producción.

Llevaba ya siete horas sin parar cuando llegué a la orilla de un río. En el centro de la corriente había dos camiones y un autobús que in-

tentaban vadearlo, mientras un grupo de hombres, desnudos en mitad del agua, quitaban las grandes piedras para facilitar el paso. Con la ayuda de uno de los camiones pasé al otro lado. Aun tuve que cruzar otro río más. Erán ya las tres de la madrugada cuando entré en Santa Rosa. ¿Cómo encontrar alojamiento a tan altas horas? Hube de dormir en el quisco de una plaza, bajo un fric que me llegaba a los huesos. Por todo colchón tuve unos viejos periódicos...

DIFICULTADES EN EL PERU

Llegué al trozo de carretera, flanqueado por pequeñas casillas de madera, que constituye la frontera ecuatoriana. Cruzé el puente internacional y vi ante mí una ancha, hermosa, carretera asfaltada. Corría ya por ella con la vista cuando los aduaneros peruanos me dijeron que tenía autorización para entrar en el país yo personalmente, pero no así la motocicleta. Conseguiría pasarla tan sólo si dejaba una respetable cantidad de dinero como fianza. Era mucho más de lo que yo poseía. Otro medio era que alguien saliera fiador por mí. Pero ¿quién iba a hacerlo en Perú, donde no conocía a nadie? La situación era desoladora. Perfié, rogué, hasta que, después de agotar todos mis recursos de persuasión, conseguí que me dejaran ir hasta el pueblo cercano, donde se encontraba la Central aduanera. Corrí a toda máquina y bastante preocupado por un caluroso y desértico paraje. Llegué al pueblo. En la Jefatura de Aduanas, nada. No había forma de arreglarlo.

—No podemos hacer más que una cosa: permitirle que llegue usted a Tumbes; allí hay una agencia que tal vez quiera salir fiadora de su moto. Le daremos una recomendación para el dueño. Si quiere, puede seguirnos; nosotros salimos ahora hacia allí...

Detrás del coche del agente de Aduanas me pongo en camino. Cuando consigo tener ya mis papeles en regla son las diez de la noche y estoy molido. Me meto en el hotel «Atlántico», y mientras llevan a remendar mis únicos y maltrechos pantalones, duermo por primera vez en Perú

MI PRIMER ENCUENTRO CON EL PACIFICO

A 15 kilómetros de Tumbes, mis ojos descubrieron el Pacífico. Llegué a él inesperadamente, tras una revuelta de la carretera. Como es de rigor, me detengo a sacar unas fotografías. El rumor de sus aguas va a acompañarme por un gran trecho, y esto me llena de alegría.

Pero empieza para mí un peligro que me era desconocido. Nadie que no lo haya recorrido sabe lo que es el camino desde la frontera ecuatoriana hasta Lima. Desierto, desierto y desierto, cruzado hasta el horizonte por la línea de la magnífica carretera. No hay ni una sombra, ni un pozo de agua; el Pacífico a la derecha, la arena a la izquierda y el sol de plomo en todas partes, reparitiendo un asfixiante calor. La tragedia consiste en que de repente la arena cubre el asfalto, como si un brujo maligno quisiera jugar una mala pasada. La moto se hunde y yo caigo. De pronto la carretera aparece de nuevo, limpia, clarísima: son las rachas de viento, que levantan dilatadas olas de arena y vuelven a desaparecer con la misma rapidez. Si esto, como juego de la Naturaleza, tiene su gracia, no deja de ser molestísimo y peligroso. Tengo que frenar rápidamente para no salir despedido. Una de las olas es tan grande que me despisto, pierdo la carretera y me encuentro enterrado, sin posibilidad de avanzar. Otra ola juguetona me descubre la carretera, que ha quedado a unos seis metros a mi derecha. Pero ¿cómo volver a ella? Intento sacar la moto de la arena por todos los procedimientos, hasta extendiendo mi ropa para que le sirva de apoyo; todo es inútil. No tengo más remedio que esperar. ¿Cómo? El sol terrible, sin un refugio, significa la muerte. No hay más que una solución. El mar está a 40 metros; corro a sumergirme en sus aguas. Esta operación he de repetirla varias veces en las dos horas de espera, hasta que veo acercarse un camión.

Todos los esfuerzos por sacar la moto con su ayuda son vanos.

—Un poco más allá hay unos tractores arreglando la carretera; le mandamos ahora uno para que le ayude—me dice el simpático conductor.



Panorámica aérea de la plaza Dos de Mayo, de Lima, capital de Perú.



Mascarillas de los indios huacos, que se conservan en el Museo Chichín, de Trujillo.

Otro remojón y media hora de espera hasta que el tractor, con varios obreros armados de palas, llega hasta mí. Pronto me abren un camino, por donde la moto se traslada a la carretera, y continúo el viaje. En los 100 kilómetros siguientes el balance es: 40 brazos de arena atravesados, y en cada uno cuatro o cinco caídas por lo menos.

En el aburrido paisaje vienen a distraerme las instalaciones de los pozos petroleros, que levantan sus torres metálicas y sus carteles anunciadores sobre la arena del desierto. Pronto quedan atrás y de nuevo la soledad bajo el sol implacable. La moto se detiene otra vez. El mar me vuelve a servir de ayuda, hasta que una columna de camiones militares acierta a pasar. Sus ocupantes me dan bebida fresca, gasolina y ánimos para continuar. Es noche cerrada cuando entro en el pueblo de Olmos. Observo que, apenas el sol cae, la carretera, tan solitaria, se llena de vida; es por la noche cuando el tráfico se hace, dado el enorme calor. Entonces a las olas de arena se une la oscuridad; esto me explica el número de cruces que he encontrado a lo largo de la carretera: casi una por cada kilómetro, y en un lugar, 17 juntas, por los ocupantes de un autobús. Los conductores peruanos conducen demasiado aprisa...

En los ojos tengo todavía la fatiga de la arena reverberante, de las cruces de piedra, tras las cuales me salió al encuentro más de un zorro rojizo, dándome un gran susto. Entre la arena blanqueaban de trecho en trecho los huesos calcinados de animales. Cuando ya me acercaba a Olmos, los cactus solitarios ostentaban sobre sus espinosos brazos calaveras de reses, puestas allí seguramente para decorar el paisaje...

Arturo MATEOS
(Continuará.)

EL LIBRO QUE ES
MENESTER LEER

RUSIA DESPUES DE STALIN

Por Isaac DEUTSCHER

POCOS días después de la muerte de Stalin, Isaac Deutscher comenzó a escribir el libro que hoy nos ocupa: «Rusia después de Stalin» (*Russia After Stalin*, Hamish Hamilton, London 1953). En él, según declara en el prólogo, se trata de resumir de una manera general lo que ha significado el stalinismo, al que considera caducado, y las perspectivas que ahora se presentan al régimen soviético.

Isaac Deutscher, gran conocedor de la vida rusa, es autor de una detallada biografía de Stalin, publicada precisamente en estos últimos años. El principal propósito de «Rusia después de Stalin» es ofrecer un estudio histórico de los fenómenos rusos actuales. Esto intenta hacerlo con una objetividad tan grande que le hace correr el peligro de pasarse de listo, en el sentido de ver algunos aspectos del comunismo ruso demasiado favorablemente en su deseo de que no se le pueda acusar de parcial y sectario. No obstante, la obra constituye un interesante testimonio del tremendo fenómeno social que representa el comunismo ruso, y, acertado o no en sus pronósticos, su libro será una obra digna siempre de consulta.

FIN DE LA ERA STALINIANA

EXISTEN probabilidades de que la historia rusa vuelva a repetir idénticamente los acontecimientos que siguieron a la muerte de Lenin? No hay duda de que la Rusia de 1953 es muy diferente de la Rusia de 1924 y que las circunstancias gubernamentales, la estructura social, los hábitos políticos, el clima moral; en resumen, todo ha cambiado mucho más allá de lo que puede suponerse, aunque sigan alentando en la plaza Roja los fantasmas de 1924. Hay indicios de que el sucesor staliniano acabara por expulsar para siempre estos fantasmas, y hasta se puede decir que ha comenzado ya esta obra.

Un gran pensador ruso, George Plekhanov, escribió una vez, refiriéndose a determinadas circunstancias históricas: «Teniendo en cuenta sus cualidades específicas intelectuales y su carácter, un individuo puede cambiar las formas particulares de los acontecimientos y algunas de sus parciales consecuencias, pero no puede alterar su sentido general, que está determinado por otras fuerzas superiores». Es este «sentido general» de la vida contemporánea soviética el que ha preparado el fin de la era staliniana, y por eso la muerte de Stalin y sus consecuencias sólo pueden influir de una manera formal en este proceso.

Esta afirmación no es un pronóstico realizado así como así, pues tiene su más próximo ejemplo en las circunstancias que condicionaron el nacimiento del stalinismo. El stalinismo no era más que un desarrollo del lininismo, que mantenía alguno de los aspectos de éste y descartaba otros. Sea la que sea la forma que surja ahora en Rusia, es muy probable que adopte la misma actitud dual y ambivalente hacia el stalinismo, preservando alguno de sus aspectos, modificando y descartando otros.

Los marxistas anteriores a 1914, los futuros jefes de la revolución rusa creían casi con unanimidad apasionada en el advenimiento de la revolución internacional. Por esta fe los bolcheviques

lucharon y se jugaron el pellejo. La muerte de Lenin coincide con la crisis de esta creencia.

Desde 1918 a 1923 el fermento revolucionario que corre por Europa alienta la llama de esta creencia devastadora. Pero poco a poco el viejo orden se reforma y sobrevive, y en 1924 la revolución mundial no es algo lógicamente inevitable. La revolución rusa tiene que permanecer aislada por un tiempo indefinido. Para los bolcheviques hay un dilema: o negarse a aceptar los hechos como son o adaptar el país a su aislamiento. Stalin y Trosky representan las dos respuestas de este dilema.

BY ISAAC DEUTSCHER

AUTHOR OF STALIN: A Political Biography



UN FENOMENO COMPLEJO

El stalinismo es un fenómeno complejo que necesita ser visto desde muchos ángulos. No se trata de un fenómeno accidental en la Rusia post-revolucionaria, ni tampoco de una quiebra en la Historia, tal como algunos viejos bolcheviques enemigos de Stalin creen, sino en algo que tiene sus raíces en la propia Rusia y que ha florecido naturalmente por encontrar un clima adecuado. Por otra parte, el stalinismo es una combinación del marxismo y de la mágica primitiva rusa, a pesar de lo incoherente que esto pueda parecer. Stalin estaba excepcionalmente dotado para encarnar esta combinación y para conciliar estas cosas, aparentemente incompatibles. Pero en realidad no ha sido él quien ha creado la mezcla, sino el impacto de la revolución marxista sobre una sociedad semiasiática y el impacto de esta sociedad sobre la revolución marxista.

La cuestión de si el stalinismo sobrevivirá actualmente depende en gran parte de si las condiciones sociales y políticas actuales de la Unión Soviética lo permitirían. Realmente el clima no es propicio a esa supervivencia; no lo era ya en vida del propio Stalin.

La crisis que aceleró la muerte de Stalin, descubriéndola ya públicamente, estaba causada por un cambio fundamental en las relaciones entre gobernantes y gobernados. El malestar que hoy cualquier observador ve no se puede expresar en claros términos políticos. No hay una oposición articulada al sistema de gobierno. Después de varias décadas de terror, todos los centros potenciales de oposición han sido destruidos. No existe ni un solo grupo capaz de formular ningún programa político independiente y de actuar en consecuencia. La sociedad en su totalidad ha perdido la capacidad de formar su propia opinión. No obstante, el desarrollo progresivo de las premisas establecidas por el propio stalinismo ha creado una situación de disformidad que caracteriza todo este período de transición y la ambivalente actitud de los rusos hacia el stalinismo.

Los métodos stalinianos de gobierno no pueden continuar, porque las necesidades económicas y sociales de Rusia exigen hoy, desde un punto de vista marxista, otras soluciones que las que daba el stalinismo, el cual ha agotado su histórica función. Como todas las revoluciones, la revolución rusa ha utilizado sin piedad la fuerza y la violencia para asegurar su supervivencia. Cuando las circunstancias económicas garantizan el mantenimiento de un nuevo orden, el uso de la fuerza

física se convierte en un anacronismo. La cruel dictadura, que abolió a sangre y fuego cualquier posibilidad de un retorno a las condiciones pre-revolucionarias, debe terminar. Si se perpetúa la batalla, la derrota es inevitable. Este fué el camino seguido por la revolución inglesa en el siglo XVII y por la francesa en el XVIII, y también el que hasta ahora ha seguido la revolución rusa, aunque este período trágico ha sido en Rusia mucho más largo que lo fué en Francia.

NUEVAS CONDICIONES ECONOMICAS

El stalinismo abolió la pequeña propiedad privada y estableció por la fuerza las granjas colectivas. Durante muchos años la nueva estructura vació; pero hoy, gracias a la implacable guerra llevada contra todos los oponentes de la colectivización, se han producido unas nuevas condiciones económicas tan poderosas que no se podría volver a los sistemas anteriores de una manera fulminante si no se aceptaba el riesgo, casi seguro, de un suicidio nacional. Igual ocurre en la economía dirigida y otros tantos mitos que el socialismo ha establecido en Rusia. En los últimos años la máquina primitiva del stalinismo se convirtió en una burla insolente de Rusia. El culto al jefe asumió tan repugnantes cualidades que, especialmente después de la celebración del nacimiento de Stalin, resulta difícil describirlo. El mismo aire de extraña irrealidad se sentía en la orgía de nacionalismo de los últimos años. Se decía constantemente al pueblo ruso que era la sal de la tierra, que ellos y solamente ellos habían hecho los mayores progresos científicos y etnológicos y descubiertos e iniciado todas las grandes ideas filosóficas y sociológicas. Esta autoexaltación pudo tener su época cuando el pueblo soviético vivía aislado, pero resultaba un anacronismo en la Rusia del 50-52, cuyo destino estaba inevitablemente unido al del resto del mundo. Además, difícilmente podía conciliarse con la teoría de la revolución en el exterior. Una tercera parte de la Humanidad vive hoy bajo regímenes comunistas y la propaganda stalinista parecía haber reducido sus dominios a los confines de los primitivos reinos rusos.

Igual anacronismo provinciano resultaba la interferencia stalinista en la biología, la química, la física, la lingüística, la filosofía, la economía, la literatura y las artes. La oposición a la ortodoxia staliniana, predominantemente intelectual, estaba tan extendida, que sólo podría ser desarraigada por medio de un baño de sangre semejante al de 1930. Pero esto hubiera traído consecuencias tan desastrosas, tanto en el terreno económico como en el moral, que Stalin no se hubiera atrevido a llevarlo a cabo.

LA «LEYENDA DE LENIN»

Durante los últimos meses de la vida de Stalin volvió a adquirir fuerza la «leyenda de Lenin», algo que nunca había desaparecido y que presentaba a Lenin como el auténtico portavoz de una revolución, traicionada por Stalin. La esperanza de un renacimiento de esta ideal revolución no se extinguió nunca en el pueblo soviético y su permanencia constituye un imponderable y vital factor del clima político de Rusia. Es significativo que durante esta misma época resonaron serias advertencias en toda Rusia contra los que mantenían que Rusia no era ya el único país comunista del mundo y que el stalinismo se había anticuado. Ya con un pie en la tumba, Stalin y sus lugartenientes dieron la alarma sobre la aparición de «desviaciones bukarinistas y troskystas». El propio Stalin publicó una serie de cartas en que indicaba a los jóvenes economistas soviéticos que no volvieran a caer en antiguas herejías.

Por último, el famoso complot de los doctores del Kremlin señalaba ya de una manera inequívoca toda la gravedad de la crisis moral del stalinismo. En realidad el stalinismo cometía su suicidio moral dos meses escasos antes de la muerte física de su autor. Las revelaciones oficiales sobre el complot trataban de crear en Moscú un clima semejante al de 1930, pero esto no podía repetirse en la Rusia de 1950 sin provocar la ruina del régimen, la economía y la moral del país. De haberse llevado a cabo la repetición, tendría que haberse producido una reacción cuyas consecuencias serían inabarcables.

El gobierno de Malenkov comenzó su tarea con la slemme seguridad de que mantendría la continuidad de la política staliniana tanto en el interior como en el exterior. ¿Qué significaba esto de esencialmente? Los sucesores de Stalin se comprometían a preservar y a desarrollar todavía

más las líneas de sus políticas social y económica, a proseguir la industrialización y a ensanchar la estructura colectivista de las granjas, se adherían a la economía planificada y, en resumen, se juramentaban a proseguir los amplios objetivos del socialismo, tal como lo entiende el partido comunista.

Ahora bien, en verdad no son las intenciones personales de los sucesores de Stalin las que garantizan la continuidad del actual orden económico, sino la fuerza de las circunstancias. Desde este punto de vista es completamente cierta la afirmación de Malenkov. No lo es a otro respecto, ya que el gobierno de Malenkov significa el comienzo de una ruptura de la era staliniana, como lo demuestra todas las actitudes de su gobierno en los primeros meses de su existencia.

El culto staliniano comenzó a desaparecer tan pronto como tuvo lugar la muerte física de Stalin. Ya en los propios discursos fúnebres dados por Malenkov, Beria y Molotov el 9 de marzo, los elogios al fallecido sonaban extrañamente. El 6 de marzo, a las pocas horas de la muerte de Stalin, se tomaba una decisión llena de significado para cualquiera que observase el curso de los acontecimientos políticos rusos. Fué decretado que el mausoleo de Lenin, santuario central de la Rusia stalinista, desapareciese y que en su lugar se erigiese un panteón donde se depositaran los restos de Lenin y Stalin. Esta decisión no era un simple golpe a la mágica primitiva del stalinismo, sino el deseo manifiesto de terminar con el culto del jefe y ensalzar los méritos colectivos del partido. El decreto establecía que en el panteón descansarían, junto con los restos de Lenin y Stalin, las cenizas de todos los jefes y héroes de la revolución, que han sido enterrados en la muralla del Kremlin en la plaza Roja y cuyos nombres han permanecido oscurecidos durante los años anteriores.

REORGANIZACION DEL PARTIDO Y DEL GOBIERNO

También pocas horas después de la muerte de Stalin se llevaba a cabo una reorganización del partido y del Gobierno. El Presidium del partido elegido recientemente era reducido a una tercera parte, y también se disminuía el número de ministros. En la distribución de los cargos algunos miembros de la vieja guardia desaparecían, mientras que otros, como Voroshilov y Kaganovich, que se habían semieclipado durante los últimos años, volvían a aparecer en escena. Por si esto fuera poco, el mariscal Zhukov, conquistador de Berlín, y cuyo nombre había dejado de sonar desde 1946, surgía como ministro adjunto de defensa.

Un curioso cambio tuvo lugar en la presidencia de la República: Svernik, presidente del Soviet Supremo y jefe de Estado titular, así como Gorkin, secretario del Soviet Supremo, dimitían por indicación de los nuevos amos. Voroshilov era también «recomendado» para la jefatura del Estado y Malenkov se convertía en primer ministro, ayudado en su tarea por cuatro adjuntos. Los acontecimientos comenzaron muy pronto a mostrar el significado de estos cambios. Su propósito era concentrar el poder y el control en un grupo dirigente, pero también reflejaban una manifiesta tendencia dentro del grupo.

Todos los cambios se justificaban por la necesidad de asegurar la unidad y la continuidad de la política. Así lo explicó en el Soviet Supremo Malenkov, quien afirmó que el reajuste ministerial se había planeado ya en vida de Stalin. No obstante, nada se dijo sobre la reorganización del partido y los cambios en la presidencia de la República. Este último constituye un cambio totalmente en desacuerdo con las premisas de la constitución soviética, y se da el caso paradójico de que el decreto de su destitución apareció bajo la firma anónima colectiva del Presidium del Soviet Supremo. Los síntomas de su inevitable caída se pudieron ver ya en los funerales de Stalin, donde aparece Shvernik en el fondo del grupo de dirigentes que están reunidos alrededor del mausoleo de Lenin. Lo que pasó en el breve interregno que media entre la muerte de Stalin y la destitución de estos dos dirigentes es algo oscuro, y hasta hace suponer que quizá Shvernik y Gorkin trataron de hacer uso de sus prerrogativas constitucionales contra Malenkov.

EL EJERCITO Y LA POLICIA

El régimen soviético se basaba sobre dos instrumentos materiales de poder: Ejército y Policía. Ambos estaban controlados por el partido; pero,

naturalmente, tenían perspectivas distintas y ambiciones e intereses diferentes. La Policía política era quizás el mayor enemigo de cualquier intento de cambiar el «statu quo» staliniano. Ni que decir tiene que en los consejos internos del partido, Beria representaba la actitud antiliberal de los comunistas. La primera preocupación de Malenkov fue poner un dique a la Policía política e impedir que se interfiriese en la reforma política. El 6 de marzo fundía el ministerio de Seguridad del Estado con el ministerio de Asuntos Exteriores. Ignatiev, el último ministro de Seguridad del Estado, era trasladado a otros puestos del partido. En esta misma sesión del Comité Central, Malenkov dimitió de su puesto de secretario general con el fin de consagrar sus actividades a los asuntos gubernamentales, aunque es de suponer que con esta dimisión no debilitase su posición dentro del partido.

Un nuevo síntoma de reforma se pudo ver en el anuncio de una amnistía el 28 de marzo. Es cierto que ésta era el resultado de un compromiso, pero la forma en que era presentada, e incluso los motivos en que aparecía, indicaban que se trataba de hacer un reproche a la Policía política y a olvidar en parte la política staliniana. Los términos de esta amnistía son dignos de señalar en muchos aspectos. Por primera vez el Gobierno proclamaba oficialmente ante el mundo que hay en las prisiones y campos de concentración madres con hijos, mujeres embarazadas, gentes viejas y enfermas y muchachos de ambos sexos menores de dieciocho años. El decreto sólo tiene un punto vago, que no define a qué contrarrevolucionarios excluye del perdón.

Apenas había pasado una semana cuando la Policía política era sometida a otra aplastante humillación. El último complot, el de los doctores del Kremlin, fué expuesto a la opinión rusa y todo el mundo como un fraude criminal. Pocos días más tarde, el propio Ignatiev, principal responsable de aquel asunto, dimitió de su reciente nombramiento de secretario general del partido. Hasta entonces, cuando se depuraba a los depuradores se había hablado de deplorables mal entendidos, pero nunca durante la era staliniana la Policía política fué acusada de haber tenido pruebas ilegalmente y de haber logrado falsas concesiones. Los funcionarios policíacos, que tienen sobre su conciencia la consecución de confesiones de haberse estremecido con la lectura del comunicado sobre la liberación de los médicos del Kremlin. Los amos del terror deben sentir horror pensando que quizá les ha llegado a ellos la hora de su propia confesión. ¿Será excepcional el caso de los doctores del Kremlin? ¿No fué idéntica la trama que forjó los procesos anteriores? ¿Fueron Zinoviev, Kamenev, Bukharin, Radek, Tukhachevsky, Rykov y tantos otros héroes de la revolución auténticos culpables de los crímenes que se les atribuyeron? ¿Eran espías terroristas y traidores o murieron como mártires? ¿No deben ser también enterradas las cenizas en el panteón? ¿No se deberán traer también los restos de Trosky del remoto Méjico y hacerlos descansar allí? ¿No ha llegado la hora de abrir los archivos y conocer la historia secreta del pasado y buscar a los responsables de estos horrores? Es indudable que estas dudas, aunque quizá lentamente, comiencen a invadir las mentes de la intelligentsia y de los trabajadores. Pero el gobierno de Malenkov, aunque ansioso de acabar con los errores de la Policía política, tiene interés en impedir o aplazar una revisión histórica de las antiguas depuraciones.

PERSPECTIVAS DE LA RUSIA POSTSTALINIANA

El juego conjunto de factores internos y externos determinará la perspectiva de la Rusia poststaliniana. El empeoramiento de la situación internacional puede contribuir a que se produzca una dictadura militar en los asuntos internos, lo cual, a su vez, puede ejercer poderosa influencia en la política exterior. Pensando en una serie de posibles y reales circunstancias y generalizando se deducen las siguientes perspectivas para el régimen soviético: a) vuelta a la dictadura stalinista; b) dictadura militar, y c) progresiva evolución del régimen hacia una democracia socialista.

Una prolongada vuelta hacia el stalinismo es altamente improbable. La política actual de Malenkov parece seguir aquella consigna de Trosky de 1930 de que era necesario realizar una «limitada revolución política contra el stalinismo». Aun en el caso improbable de que un golpe de fuerza

restaurase el stalinismo, su restauración sería un breve episodio. Los motivos que causaron la ruptura del stalinismo continúan operando. Estos motivos surgen del presente estado de cosas y de las necesidades de la nación. Aunque Malenkov fuera asesinado, otros ocuparían su puesto. La Policía política está hoy moralmente aislada. Siempre fué odiada y temida y ahora es más odiada y menos temida que nunca.

Las grandes revoluciones burguesas, que en cierto sentido son las predecesoras de la revolución rusa, acabaron con el establecimiento de dictaduras militares. En la Inglaterra puritana y en la Francia postjacobina estas dictaduras se produjeron a los pocos años del comienzo de la revolución. El régimen soviético se encuentra ya en su cuarta década y hasta ahora ha sabido conservar su carácter de dictadura civil.

Todas las revoluciones aplastan a los defensores del viejo régimen porque gozan del apoyo de grandes masas, pero al fin de la guerra civil se produce un estado de debilidad, frustración y apatía política. Por otra parte, el nuevo Gobierno pierde el apoyo popular y la sociedad es incapaz de gobernarse por sí misma. Las viejas clases dirigentes están destruidas y dispersas. Las clases revolucionarias, exhaustas, divididas entre ellas, confusas y faltas de energía y voluntad política. Este era el estado de las clases medias en las revoluciones inglesa y francesa, y también el estado de la clase trabajadora a principios de 1920.

En una sociedad desintegrada de este modo y políticamente amorfa el poder puede ser usurpado y ejercido solamente por una organización que por su naturaleza o por la fuerza de la tradición ha mantenido un alto grado de cohesión, disciplina y unidad de voluntad. En la Inglaterra puritana y en la Francia thermidoriana claramente existía un cuerpo adecuado para esto: el Ejército. Este ha sido siempre el predestinado para actuar de garante y guardián de la sociedad postrevolucionaria. Cromwell fué el jefe de la revolución y el jefe de los ironsidees. Bonaparte, que no había representado un gran papel en la primera fase de la Revolución francesa, encarnó la segunda parte.

EL ESPECTRO DEL BONAPARTISMO

La revolución rusa ha encontrado este protectorado usurpador en el propio partido bolchevique. Algo semejante no ocurrió antes en la Historia. Fué el partido bolchevique el que creó, inspiró, y esto es lo más importante: Ejército rojo. El partido se ha asegurado siempre su preponderancia en cualquier asunto militar, creando la Policía política para compensar la fuerza del Ejército. La quitaesencia del régimen staliniano consiste en mantener en equilibrio estas dos piezas esenciales de su Gobierno, es decir, el Ejército y la Policía.

El espectro del bonapartismo ha hostigado siempre la revolución rusa. Ya Trosky ponía en guardia al partido bolchevique contra el posible dictador que le aplastaría algún día. Stalin observaba considerablemente a generales como Tukhachevsky y Zhukov. Tanto era el temor, que Stalin casi se convirtió en un Bonaparte soviético cuando asumió las funciones de generalísimo. Pero esto era sólo una mascarada. Stalin seguía siendo el jefe del partido en uniforme y representaba un bonapartismo diluido y adulterado.

Las circunstancias actuales, aunque no excluyen esta posibilidad, no parecen indicar la inminencia de una dictadura militar. De todos modos, una dictadura no significaría nunca una contrarrevolución en el sentido marxista. Los intereses militares de Rusia exigen que el actual orden económico sea mantenido. Su actitud hacia el legado del comunismo sería muy diferente de la actitud de Napoleón frente al legado del jacobinismo. La dictadura militar será inminente si las tensiones internas se agudizan de tal modo que para neutralizarlas se requiere la aventura militar en el exterior. Entonces puede surgir un Napoleón que, antes de consumir su propia destrucción, coloque a Europa y Asia a los pies de Rusia.

Aunque la perspectiva de la dictadura militar no sea irreal, es improbable. Más posible es lo que se podría llamar una regeneración democrática. ¿Qué se entiende por esto? Fundamentalmente, una suavización de toda una serie de medidas que originaron la tensión stalinista, que de prolongarse habría resultado inaguantable para el pueblo ruso; la descentralización administrativa, el ocultamiento moderado de las actividades de la Policía y una suavización del régimen de terror.

PENSAR Y MANDAR

desde PONTEVEDRA



Por Elías Mario PALAO MARTIALAY
Gobernador Civil de Pontevedra

UN IDEAL EN MARCHA

LA línea del pensamiento político capaz de señalar la norma para regir al pueblo ya la tenemos dada. La recibimos y la han dicho con palabras definitivas los hombres que dieron esencia y contenido doctrinal al Movimiento. Lo que somos está perfectamente claro, y por si en ello hubiera duda, lo perfila el límite preciso, claro, con periódicas presencias, el Caudillo de España en sus declaraciones a la Prensa, en sus intervenciones públicas y en los discursos conmemorativos de hechos y fechas trascendentales e históricas.

El itinerario de nuestro pensamiento en la gestión de mando parte de los principios de la fe y obediencia. Bien lo señaló Raimundo Fernández-Cuesta en palabras llenas de hondura política y perfecta visión en coyuntura de un acto falangista. Dijo el Ministro Secretario General del Movimiento: «El falangista ha de tener obediencia ciega y una fe en el que manda, o sino, dejar de serlo».

Mandamos convencidos de que la obediencia y la fe nos secundan. El pueblo es noble en sus reacciones si se siente participe de una tarea grande por el ideal y esforzada por la empresa, y esto sí lo palpa en toda ocasión y coyuntura. La conciencia ciudadana se siente estremecida con la realidad incontrovertible ante la gran obra social, económica y asistencial que se viene haciendo, y también palpa con tangibilidad plena los bienes que el Régimen hace llegar a todos los lugares, por remotos que sean y por mezquino que se cifre su potencial humano y económico.

Dividida por la naturaleza la provincia en dos zonas, plantea cada una sus problemas singulares y propios. El litoral sufre ahora la crisis de una mar en «estiaje», que cada día acentúa más sus rigores. Las industrias derivadas de la pesca aguantan fuerte vendaval de crisis de producción. Para aminorarlo se buscan soluciones por las Cofradías y Pósitos que de un modo heroico se baten por alejar la miseria de los hogares marineros.

La población de tierra adentro, que vive con más holgura y seguridad, tiene también problemas locales nacidos de las exigencias y modos de vivir de la hora presente. El labrador acucia en sus deseos de que se lleve a la aldea la electricidad, que se construyan puentes, caminos, lavaderos, escuelas, todo lo cual viene haciendo la obra social del Régimen en la medida de sus posibilidades, que siempre son superadas por la colaboración de los propios vecinos.

Estamos realizando la difícil tarea de levantar a una provincia perdida; apechugamos con la enorme responsabilidad de erigirla tras un siglo de abandono público y dejación de los intereses comunes; queremos hacer un acondicionamiento de la vida campesina a las exigencias del vivir actual.

Se cree y comenta el tópico de que Galicia es rica, la ganadería opulenta, las cosechas abundantes, el mar fecundo, y esto es una posibilidad, pero no una realidad actual. Hay que luchar contra la inercia de un pueblo rutinario, que vive viejas tradiciones ascen-trales, con atávicos prejuicios que deben ser superados hasta conseguir instaurar una conciencia ciudadana cargada de nuevas inquietudes, y entonces acometer la gran empresa de la repoblación forestal en toda su magnitud, realizar la enorme labor de lucha contra las plagas del campo, racionalizar los cultivos, cuidar la reproducción de la ganadería, y entonces, si que esta provincia tendrá una valoración muy estimable en su potencial agrícola, industrial y ganadero.

Verdadera revolución hay que hacer en los problemas que atañen a la pesca y a sus industrias derivadas. Arte de captura renovados, barcos equipados con dispositivos adecuados, modernización de los útiles de trabajo, fomento y utilización del crédito naval y, finalmente, concesión de medios económicos y asistenciales amplios al marinerio débil pecuniariamente para estimularlo y perfeccionarlo en su oficio y ponerle en posesión de medios para acrecentar su producción.

No se hace una promesa vana ni un juego de torpe política. Los vecinos ponen la obediencia y la fe, la aportación que se les exige, y lo demás lo ofrece quien puede y debe hacerlo, y esto le incumbe a la Falange y a los organismos locales y provinciales, todos en perfecta conjunción de fuerzas con el Gobierno Civil y, por su medio, con los organismos centrales.

Esta asistencia del vecindario es verdaderamente sentida y afanosa. Una preocupación común es la tónica en cuantas obras se acometen en cada localidad. Un entusiasmo operante posibilita que con cantidades exiguas se alcancen realidades sorprendentes. La prestación personal es definitiva y rotunda. Nadie en la parroquia beneficiada quedará al margen de esta prestación: materiales necesarios, carros para su transporte, mano de obra, vibración de esfuerzo unificado, todo se pone en juego para alcanzar el fin deseado cuando el Gobernador Civil pide colaboración y asistencia. Sólo así se puede alcanzar la cifra de obras ya conseguida, acrecentada cada año en magnitud sorprendente.

Ordenación Social, reparación de injusticias, fomento de riqueza y bienestar, paz a los espíritus, todo polarizado hacia el gran ideal de levantar a España.

Pronto llegará el día en que sea superada esta fase de humanización del suelo y de fomento de su riqueza, y será entonces cuando se inicie nueva siembra de incitaciones y estímulos capaces de crear grandes empresas que industrialicen los productos agrícolas y derramen por valles y estuarios, fábricas de productos lácteos, conservas alimenticias, plásticos, pastas de papel y tantas más como caben y son posibles por el potencial productivo de primeras materias de esta tierra profunda y prolifera.

Comparte esta ingente obra de realización sincronizada en el tiempo y en el espacio de una política de emisión conducida al cultivo de lo espiritual, escuela de enseñanza primaria, creación de Centros Laborales, equipos de conferenciantes, celebración de Exposiciones, Asambleas locales y comarcales y cuanto puede ser revulsivo para las fuerzas del espíritu que manda y fecunda la riqueza.

AS HORAS INEFABLES



NOVELA

por

MARCIAL
SUAREZ

ZORELLA tiene su Gran Casino. Ese es el nombre oficial: Gran Casino. Pero todo el mundo le llama Casino, a secas. Su grandeza no fué más que un impulso generoso, un noble deseo que animó a los fundadores de la Sociedad a redactar el artículo 1.º del Reglamento:

—Se constituye una Sociedad Amatoria-recreativa, con el nombre de Gran Casino.

Pero a pesar de tan solemne afirmación y a pesar de los años transcurridos—exactamente, sesenta—, el Gran Casino sigue siendo un Casino más bien pequeño: diecisiete metros de largo por nueve de ancho. Es verdad que en el mes de septiembre de 1939, por aquellos mismos días en que Alemania ponía en marcha su formidable máquina de guerra, los socios del Gran Casino tampoco se estaban quietos, y consiguieron derribar un tabique. Gracias a ese derribo, la sociedad cuenta desde entonces con un local anexo que, si no es tan grande como el principal, supone una saludable expansión. Por lo menos los socios se encuentran ahora mucho más holgados.

En el local pequeño se instaló la estufa, se colocó el billar y se emplazaron cuatro o cinco mesas que, durante el día, son inocentes mesas de tute o de tresillo, pero que por la noche se convierten en pecadoras mesas de monte. Por el día se juegan cafés o copas y por la noche se juegan los cuartos. Aventuras nocturnas de otra clase no se pueden correr en la localidad.

—¿Qué hacemos un póker?

—Si no estuviera «usía» en el otro local...

—¿Quién, el juez?

Y el recién llegado, que acaba de entrar por la puerta independiente del anexo, entreabre la de cristales que comunica los dos salones, para cerciorarse de la presencia del juez. Es verdad, está en el salón grande, paseando con el telegrafista en activo y con el maestro jubilado.

El pokerista cierra la puerta de cristales y se vuelve al grupo de amigos, refunfuñando una indirecta:

—Y son las cinco de la tarde. ¡Me gustaría saber cuándo dictan algunos las sentencias...!

Esta es una escena que puede ocurrir de día cualquier día, porque el juez, hombre muy compenetrado con el espíritu y con la letra del Código, amonestó, en cierta ocasión, al presidente de la Junta directiva:

—Nada de prohibidos, señor presidente. ¡De julepe, lo que quieran!

Pero de julepe, los socios no quieren nada. Por eso esperan a la noche: porque, después de cenar, el juez no sale nunca, y ellos, en cambio, salen siempre. Y ya que él no les ha dejado jugar al póker durante el día, ellos tampoco lo juegan ahora, por noche. Prefieren jugar al «nacional», que es mucho más prohibido.

—¿A qué llamáis aquí el «nacional»?—preguntó, una vez, un forastero.

—Al monte. Se sabe que el bacarrá lo inventaron en Francia...

Entre los habitantes de Zorella puede haber—y de hecho hay—gravísimas diferencias de apreciación, acerca de un buen número de cuestiones de capital importancia para la vida del pueblo. Hay quien sostiene que la fuente de San Benito debe seguir echando el agua por donde la echó siempre, es decir, por los caños de arriba; y hay quien asegura que—si no se quiere vivir de espaldas al progreso—el agua debe empezar a salir por otros caños más bajos, que permitan llenar los cántaros con mayor comodidad en los días de viento. Hay quien cree que el municipio debe proponerse como tarea de urgencia el arreglo de la calle de Villanueva, camino del cementerio, y no falta quien opine que ese arreglo puede esperar unos cuantos años más, como lleva esperando siglos. Hay quien opina que la Banda Municipal de Zorella es una agrupación artística muy apañadita, mientras otros aseguran que, con un poco más de afinación, tampoco se perdería nada.

Pero en lo que todos los habitantes de Zorella están de acuerdo es en asegurar que su pueblo data de antiquísimas edades, de edades tan antiguas que no las alcanzan ni los remotos tiempos de los moros.

Con tantos y tantos siglos de existencia, nada tiene de particular que Zorella, ahora, esté como está: muy cansada... Zorella bosteza, Zorella duerme, Zorella muere. O, si vive, habrá que reconocer que vive en precario, como gusta de afirmar, con su habitual precisión, el secretario del ayuntamiento.

La industria no existe porque no ha existido nunca, el comercio languidece como ha languidecido siempre y la agricultura es pobre porque nunca fué rica.

Si el corazón de Zorella sigue latiendo aún es porque no sabe hacer otra cosa. Y, por duro que resulte, forzoso será admitir que sus latidos van siendo cada vez más tenues, hasta ser ya casi imperceptibles. Tanto, que sólo podremos escucharlos acercando nuestro propio corazón al tierno corazón cansado de Zorella.

—Tac-tac... Tac-tac... Tac-tac...

No, no es el corazón desfalleciente de Zorella, ni son los pasos isócronos con que don Martín mide, todas las noches, los diecisiete metros de longitud del salón grande del Casino.

—Tac-tac... Tac-tac... Tac-tac...

En la esquina del fondo, a la derecha, haciendo chaflán, hay un piano negro, al que todas las noches se sienta, durante unos momentos, el veterinaro, para tocar la Marcha Real con un solo dedo:

—Sol-la-si-do-sol...

El veterinario y don Martín conservan y cuidan una recíproca y antigua enemistad—todo es antiguo en Zorella—, surgida a causa de un certificado expedido por el albeitar, en el que éste asegu-

raba que cierta res de ganado de cerda, recién sacrificada y sometida a su observación, presentaba las características de una fuerte triquinosis. El certificado terminaba con la cruel recomendación de que, en cumplimiento de los más elementales principios de higiene y sanidad pública, la res observada debía ser destruida por el fuego. Y la res fué reducida a cenizas, que el viento de siglos de Zorella esparció por el vasto mundo.

—Yo me he limitado a cumplir con mi deber
—no se cansaba de afirmar el veterinario.

Y don Martín se cansaba de replicar:

—Ni que fuera su deber el hacerme a mí la pascua. ¡El cerdo era mío!

—He cumplido con mi deber.

—Buenos están los tiempos. ¡Como para quemar un cerdo entero, de hocico a rabo, sólo porque a usted le ha dado por ahí!

—A mí, no, don Martín; a mí, no. ¡La culpa fue de la triquinosis! Yo no hice más que cumplir con mi deber.

—¡Y dale! ¿De quién era el cerdo: de usted o mío? ¿Quién era el que lo iba a comer: usted o yo?

—Usted. Pero yo tenía un deber que cumplir. Tenía que velar por su salud.

—Oiga, usted me confunde—estallaba, entonces, don Martín—. ¡Por mi salud velan los médicos, no los... veterinarios!

A partir de aquí, la discusión degeneró en una tempestad de insultos desatados, de terribles improperios escupidos cara a cara, de amenazas gravísimas que cada uno de los enemigos sembraba, sañudamente, en el camino futuro de la vida del otro.

—Ojalá que...

—Ojalá que...

Pero han pasado veinte años, y la llamarada agresiva de los primeros tiempos ha ido apagándose, casi hasta desaparecer. Sólo queda la brasa de la costumbre, animando con su calor escondido una recíproca actitud de animadversión, de antipatía de desdenosa indiferencia. Incluso las gravísimas amenazas están olvidadas ya. El veterinario y don Martín no han vuelto a cruzar palabra, pero tampoco han tratado de causarse nunca el menor perjuicio. Ninguno de los cerdos que don Martín ha ido sacrificando—uno por año—ha vuelto a presentar síntomas de triquinosis, lo que no se sabe si debe ser atribuido a la espléndida salud de las reses o a los buenos ojos con que el veterinario las mira, deseoso de no profundizar la terrible sima del odio en el espíritu de don Martín.

Las siniestras amenazas de hace veinte años se han quedado reducidas a la práctica de un pequeño duelo que, todas las noches, se libra en el salón grande del Casino.

Don Martín pasea solitario, como si allá para sus adentros atendiese a graves preocupaciones.

—Tac-tac... Tac-tac... Tac-tac...

En el local anexo se levanta un rumor de conversaciones, de risas, de comentarios con que los asiduos entretienen la espera, hasta que la partida de monte da comienzo.

—Tac-tac... Tac-tac... Tac-tac...

Del antebrazo de don Martín, mientras pasea, cuelga su bastón con dura contera de hierro.

—Tac-tac... Tac-tac... Tac-tac...

Dominando todas las conversaciones, del local pequeño llegan, de pronto, a oídos de don Martín, las palabras claras del conserje:

—¡Ases para cuánto y cómo!

Es la frase con que el conserje ofrece a la subasta de los socios, la banca de cada noche. Ahora, uno dirá:

—Para dos mil.

Y otro:

—Para dos mil quinientas.

Y un tercero:

—Para tres mil.

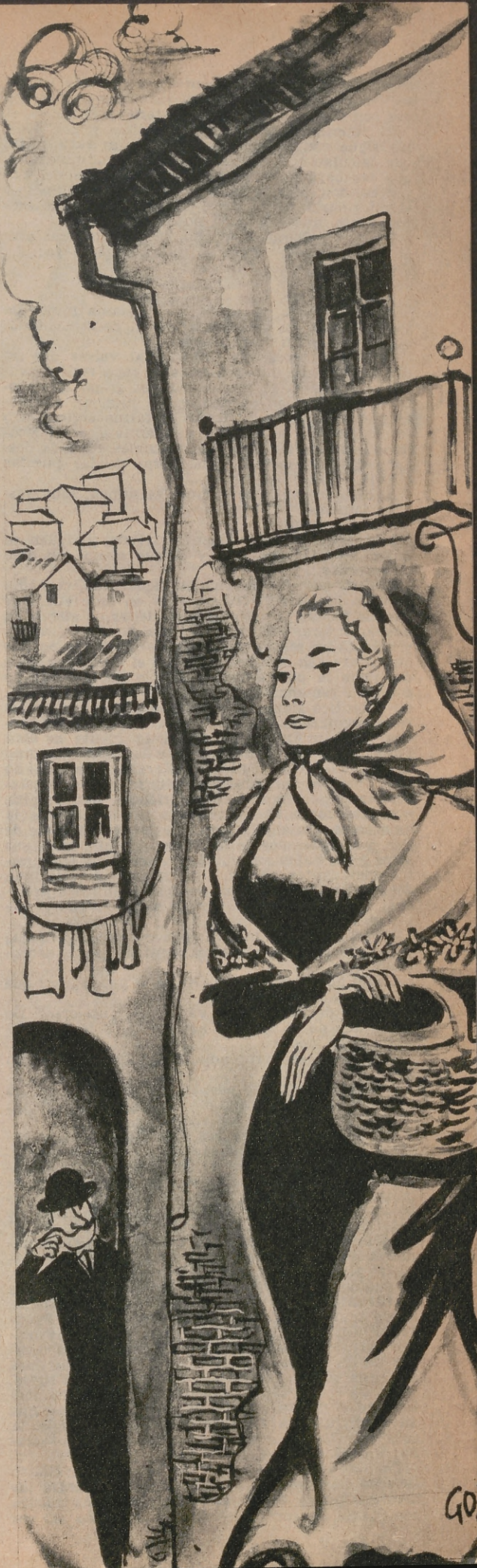
A veces, la subasta continúa hasta llegar a las cinco mil pesetas. Pero don Martín no se entera de estos pormenores. El sólo sabe que mientras los socios subastan la banca, el veterinario sale por la puerta que comunica los dos locales y se sienta al piano:

—Sol-la-si-do-sol...

¿Es una discreta señal de que la timba va a comenzar o es el afán insano de interrumpir a don Martín en sus graves reflexiones? Tal vez no sea más que una burla, eso de venir todas las noches, a la misma hora, con el mismo disco.

—Porque mira que la Marcha Real es solemne y grandiosa—piensa don Martín—. Pero tocada por ese tío y con ese dedo...

Por si acaso, por si es una burla, don Martín



descuelga el bastón del antebrazo y sigue su paseo, acompañando ahora a su ritmo los fuertes golpes con que va clavando la contera en el suelo.

El veterinario sigue con sus notas y don Martín sigue con sus golpes durante un rato hasta que calculan que ya la banca ha sido adjudicada y que las barajas están sobre la mesa grande. Entonces don Martín remata sus últimos golpes y el veterinario golpea sus últimos compases. En esto consiste el duelo de cada noche.

Después, odiándose mucho, se van uno tras otro al local pequeño donde la timba empieza ya:

—¡Jugan juego, señores!

Andrea, ahora, es lo que se dice una mujer de su casa. Pero los que la conocieron de moza, todavía la recuerdan, la recuerdan...

Ocurre, a veces, que Andrea, al volver del río con la carga de un buen cesto de ropa recién lavada, se cruza en el puente con un grupo de señores que muy bien pueden ser el juez, un terrateniente, el maestro jubilado, el farmacéutico, otro terrateniente y el abogado más antiguo de la localidad; son los espíritus más sensibles, los más desocupados, los mejores gustadores de las puestas de sol.

Andrea no deja de saludarles nunca, muy respetuosamente:

—Buenas tardes.

Los señores corresponden al saludo, y siguen su paseo. Pero el que más y el que menos no deja de recordar...

Andrea era una muchacha espléndida, con una vida en los ojos y en la cara y en toda ella, que parecía bastar por sí sola para llenar de alegría al pueblo entero. Pertenecía a una familia humilde, y más de un señorito de Zorella—de esos señoritos que ahora son señores, y cruzan el puente paseando hacia la puesta del sol—se le había acercado con una romanza donjuanesca a flor de pico. En un auténtico alarde de originalidad, todos los señoritos seguían la misma táctica: esperarla de noche, cuando Andrea volvía de la fuente de San Benito, con una olla de agua a la cabeza, camino de su casa. (Las calles de Zorella, que hoy no están muy alumbradas, hace treinta años lo estaban mucho menos. Las autoridades municipales, entonces como ahora, cuentan con la luz de la luna como con algo seguro, sin querer enterarse de que, ya en tiempos de los moros, la luna tenía sus altos y sus bajos, sus cuartos crecientes y sus cuartos menguantes.) Y así, a la luz dudosa de la luna de Zorella, Andrea había escuchado muchos preludeos de amor, sin dar tiempo nunca a que el galán entonara la romanza.

—Pero, oiga—les interrumpía siempre—, ¿por qué tiene que venir a hablarme a mí de esas indecencias?

—¿De qué indecencias? ¿No se te puede decir que estás muy guapa?

—Pero de día se me ve mejor, ¿no cree? De modo que no sé por qué han de venir todos a darme un cirmelo de noche.

—¿Todos?—se sorprendía el galán—. Yo vengo solo.

—¡Claro! Usted no cuenta con el que se ma ha acercado la semana pasada, ni con el que piensa acercarse la semana que viene.

Estaba visto. Andrea era una moza firme y entera, de la que no cabía esperar ninguna debilidad. Por eso todo el mundo se llevó las manos a la cabeza cuando en el pueblo se supo que acababa de ponerse en relaciones con Juanito un muchacho completamente inútil y que nunca haría nada de provecho.

La familia de Juanito era una de las mejores familias de Zorella, pero toda su grandeza pertenecía al pasado; árbol genealógico de tronco secular, de tupido ramaje, de gloriosa fronda; su savia fue la historia misma de Zorella. Porque en Zorella había aparecido el linaje de los Rodríguez de Fuensanta—sin duda, procedente de la mismísima madre tierra y, desde luego, mucho antes de los tiempos de los moros—, y en Zorella está aún la casa solariega que ha ido viendo, a través de los siglos, cómo un Rodríguez de Fuensanta heredaba a otro Rodríguez de Fuensanta. Pero día llegó en que un Rodríguez de Fuensanta salió, para dejar la casa libre a un nuevo dueño, de apellido extraño: un tal Albert. Era catalán.

Todavía se hacen notar en la fachada cuatro escudos de armas, que immortalizan en piedra las heroicas gestas ancestrales. Pero ninguna piedra nos cuenta el secreto del cambio de dueño, tal vez

porque a las hipotecas no les gusta la inmortalidad.

Juanito fué ese último vástago a quien cupo la deshonra de tener que abandonar la casa en poder de gentes extrañas. Muebles, vajillas, platería bastante diezmada ya por anteriores ventas ocultas; todo cuanto dentro de la casa tenía algún valor, no había podido escapar a la voracidad de la hipoteca que, año tras año, había ido extendiéndose como un reguero de pólvora hasta los últimos rincones.

Cuando llegó la fecha inaplazable de atender al pago abrumador, no hubo más remedio que sucumbir ante la siniestra evidencia de los hechos. El reguero de pólvora pegó el estallido. Las tías de Juanito se fueron del pueblo, una mañana, para acojerse a la misericordia de un asilo de ancianas, y Juanito esperó encastillado dentro de la casa, hasta bien entrada la noche, para salir, como un fantasma ridículo y poca cosa, llevando bajo el brazo lo único que pudo salvarse de la quema: su guitarra.

Con todo el peso de una historia nobilísima gravitando sobre sus débiles hombros, Juanito casi no podía andar. La noche estaba fría. La luna, en lo alto, era una rajita finísima y avergonzada, tocada también de la vergüenza de los Rodríguez de Fuensanta. Todos los balcones de Zorella aparecían cerados—eran las tres de la madrugada de un noviembre a bajo cero—, como si no quisieran ver lástimas. Y, hecho una lástima, Juanito se perdía por la penumbra lunar de las callejas, asida su mano al mástil invencible de la guitarra, al mástil que se había mantenido enhiesto, a pesar de todos los desastres.

Sus pasos le llevaron hasta la casa de la novia. Y allí, frente al balcón de Andrea, Juanito Rodríguez de Fuensanta rasgó la guitarra con mano temblorosa, entonando, al propio tiempo, su triste serenata:

«Abreme la puerta, Lola,
que vengo herido, que vengo herido...»

Andrea, al escucharle, envuelta en la tibieza de sus sábanas, rompió a llorar, porque era una sentimental.

«Que soy capitán de un barco
que se ha hundido, que se ha hundido...»

Al día siguiente, Juanito—capitán de naufragio linaje—le confesó que no sabía por qué le había cantado aquello, aunque suponía que le había salido del alma.

—¿Y dónde has pasado la noche?—le preguntó Andrea.

La había pasado vagando por las calles del pueblo, sin otra compañía que la de su guitarra.

—Y que nunca nos falte la alegría...

—¿La alegría?—había replicado la moza—. Eso no basta. Tenemos que casarnos.

Y aquel mismo día, Andrea habló a su padre.

—Pero ¿te has vuelto loca? ¿Casarte con ese hombre?

—Sí. ¡Con ese!

—¡En su vida ha trabajado en nada!

—Bueno; ya trabajará.

—Pero, ¿en qué, si no sabe?

—Aprenderá.

—Y mientras no aprende, ¿con qué te vas a mantener?

—¡Le mantendré yo! No me da miedo el trabajo; no me lo ha dado nunca.

El padre de Andrea también sabía que su hija era una mujer de una pieza y que serían inútiles cuantas reflexiones se le hicieran para disuadirla de sus propósitos; ella había decidido casarse, y se casaría.

Y cuando el pueblo supo que la boda iba a ser un hecho, todos compadecieron a la pobre Andrea.

—Si Juanito sólo sabe maltocar la guitarra...

—Pero ¿esa mujer no se da cuenta?

—Una moza como ella casarse con semejante tipo. Porque ni siquiera es buen mozo...

—¿Buen mozo? ¡La dichosa guitarra abulta más que él!

Pero Andrea quería a Juanito tal como era: feo e insignificante, pero gracioso. Cuando Juanito abría la boca para decir algo, Andrea no sabía dónde poner las carcajadas. Ni aun la desgracia que había venido a cebarse en él había sido bastante para hacerle perder el humor.

¿Y qué iba a hacer yo por evitarlo? La cosa ya venía renqueando desde los tiempos de mis bisabuelos. ¿Porque quién vendió todas las fincas



de la Matoja? ¿Y quién subastó las huertas de junto al río? ¿Y quién «molió» los molinos de la Vega? ¿Y quién se comió las robledas de la Fuente-santa? Y así todo... Porque la casa misma... El pueblo habla y habla como si fuera culpa mía, pero bien sabe Dios que yo no la hipotequé. Yo no hice más que salir...

—Tú debiste defender la herencia de tus mayores—le había reprochado solemnemente un solemne caballero.

—¿La herencia de mis mayores? ¡Si cuando yo nací no había más que deudas! Como no me defendiera a guitarrazos...

Lo que la gente no podía comprender era que Andrea se casara enamorada.

—Pero ¿le he preguntado yo nunca a nadie por qué se casa?—protestaba la moza—. Lo que no podrán decir es que me caso con Juan por su dinero.

—No. Eso no lo dicen, ¡claro!

—¿Pues entonces?

Según se acercaba el día de la boda los comentarios se intensificaban y en todo el pueblo no se hablaba de otra cosa ya. Las familias que vivían en la plaza de la iglesia de Santiago—la plaza de Abajo—se vieron sorprendidas por el hecho de que todas sus amistades les anunciaban su visita para «el próximo miércoles», aquel miércoles en que Andrea y Juanito iban a casarse. Los balcones prometían estar concurridísimos para presenciar la entrada y la salida de los novios en la iglesia.

—¿Y sabes lo que dicen, Juan?

—Andrea, dirán tantas cosas que no nos importan nada...

Esta conversación la tuvieron los novios en el momento de la despedida, justamente la víspera de la boda.

—Dicen que me caso contigo por tu apellido.

—¿Por mi apellido? Pero ¿aun no han caído en la cuenta de que yo me apellido Rodríguez?

Y al día siguiente fueron marido y mujer. Se casaron, como recuerda muy bien todo el pueblo, incluidos algunos señores que al ver pasar a Andrea, convertida en una buena mujer de cincuenta y tantos años, aun la recuerdan moza, y, recordándola, no comprenden que el farmacéutico pueda entusiasmarse con la puesta de sol de aquella tarde:

—¿Han visto ustedes qué rojos más intensos? Es como si estuviera ardiendo el corazón del mundo...

—Pero ¡qué farmacéutico más tonto!—se dice para su capote el maestro jubilado.

Y, apartando su vista de Poniente, la vuelve hacia Zorella, la del tierno y cansado corazón.

La juventud enamorada, en Zorella dispone también de su hora inefable. Es la hora en que el día ya comienza a volverse oscuro para convertirse en noche muy clara todavía.

Las parejas van a sentarse en las butacas del salón grande del Casino y aplazan cuanto pueden

el momento de encender las luces. No se trata de amparar en la oscuridad ningún arrebatado inconfesable de amor, aunque así lo crean ciertas personas respetables de la localidad. Lo que ocurre es que en la penumbra las palabras de amor están cargadas de un significado más hondo, acaso por la misma razón que al amanecer las rosas despiden un aroma más intenso. En la penumbra se puede decir:

—Tú no sabes cuánto te quiero.

Y el efecto que se consigue no podría alcanzarse a plena luz más que diciendo:

—Si tú me faltaras de pronto, mi alma y mi vida no tendrían sentido. Serían como flores marchitas, tronchadas por un viento cruel y huracanado...

Como se ve, la carga emotiva que acumulan las palabras en la oscuridad es muy superior a la que acumulan en tiempos normales. Por eso los enamorados de Zorella retardan todo lo posible el momento de encender las luces, porque así, con esfuerzos verbales mínimos, alcanzan rendimientos emocionales máximos.

Pero llega un momento en que alguna muchacha no puede menor de decir a su novio:

—¿Por qué no te levantas a encender? Si alguien entra, ¿qué dirá?

Y entonces el novio se levanta y enciende para que no digan...

Normalmente ocurre que unas cuantas parejas se hallan muy embebidas en sus pláticas amorosas y la luz, encendida de repente, casi les deslumbra. Sus retinas, hechas ya a la oscuridad, tienen que ir adaptándose, penosamente, a la luz clara, y este esfuerzo da a sus ojos el aspecto de quien acaba de despertar de un sueño profundo: una forma como otra cualquiera de aprender que—igual que la vida—también el amor es sueño.

—Estoy temblando, Rafael.

—Pues no hace tanto frío. Ayer hizo más.

—No, tonto, si no es por el frío. Es que...

—¿Que qué?

—Que no debíamos haber venido.

—Pues no veo yo qué hay de malo. Estamos en el Casino, donde conocemos a todo el mundo y donde todo el mundo nos conoce.

—Sí, pero ya sabes que mi tía...

—¿Te dice algo tu padre?

—No. Mi padre no se mete en eso.

—¡Ah, pues entonces!... ¿Qué tiene que ver tu tía?

Las parejas son ocho o diez y se sitúan en el salón grande del Casino de tal manera que desde las posiciones ocupadas no hay miedo de que unos puedan escuchar lo que dicen los otros. Tampoco ocupan siempre los mismos sitios: depende de la mayor o menor oportunidad en la llegada para apropiarse los sitios mejores o peores. Los únicos que invariablemente se sientan en las dos butacas del rincón son Adolfo Pérez y su novia, porque, lleguen a la hora que lleguen, las demás parejas les respetan el sitio; llevan once años de noviazgo y los derechos adquiridos son



los derechos adquiridos. Encarnita Rivas y su novio están deseando que los otros se casen para pasar ellos a disfrutar las ventajas del decanato; llevan ocho años...

A veces entre las parejas va a meterse una pequeña tertulia de muchachas sin novio, que se dedican a jugar a la escoba, juego en el que deben de encontrar alguna extraña diversión, porque se ríen muchísimo. Hay quien cree que la escoba no es más que un pretextito para reirse de otras cosas. Pero cualquiera sabe...

Y otras veces, muy de tarde en tarde, cinco o seis butacas son ocupadas por el estado mayor en pleno. El estado mayor lo forman media docena de amigas que aun no han renunciado a ciertas prerrogativas de la juventud, aunque todas ellas cifran ya en los cuarenta años, lustro arriba, lustro abajo. Como todas las mujeres, las del estado mayor nacieron solteras. Otras mujeres se casaron, y las del estado mayor, no. Pero como ellas leen a Rubén, saben que la juventud es un tesoro divino—o un divino tesoro, que viene a ser lo mismo—, y no se deciden a renunciar oficialmente a él, para lo cual luchan con denuedo contra el tiempo traidor, que nada respeta. Sin embargo es justo hacer constar que ese denuedo que ponen en la lucha no impide que pongan también una gran discreción, una indiscutible elegancia, de manera que el denuedo casi no se nota.

Dicen los libros que el mar es un magnífico regulador del clima de los continentes. Pues el estado mayor es una cosa así como el mar. Su solemne presencia en el salón grande del Casino actúa como perfecto regulador de las temperaturas en los jóvenes corazones apasionados, que se ven invadidos de un sano sentimiento de respeto o quizá dominados por un vago temor a escandalizar sencillas inocencias que cuentan con más de cuarenta años de antigüedad.

—Sí, pero ya sabes que mi tía...

—¿Y qué tiene que ver tu tía?

En presencia del estado mayor, las muchachas jóvenes están como avergonzadas de encontrarse sentadas al lado de un novio; se sienten como en ridículo, jugando a eso del amor, ante unas mujeres que han llegado a los cuarenta sin necesidad de esas tonterías.

—Ellas no se han dejado engañar por ningún hombre—piensa cualquiera de las muchachas—. Y,

en cambio, yo estoy aquí, como una tonta, dejándome engañar por este tonto.

Y los novios se dan cuenta de que las novias adoptan una actitud de distraídas, como si de pronto hubieran dejado de tomarles en serio.

—¿Se puede saber en qué estás pensando ahora?

—Es que ya sabes que mi tía...

—¿Y qué tiene que ver tu tía?

Cierta tarde la puerta del gran salón del Casino se abrió de pronto, empujada con fuerza varonil. Todas las cabezas se volvieron para mirar quien entraba, y en el primer instante la muchacha tímida se asustó muchísimo. Segundos después, ya tranquila, pudo respirar:

—¡Qué miedo! ¡Si no pensé que era mi tía!

—¿Y que tiene que ver tu tía?

El que entraba era el cabo comandante del puesto de la Guardia Civil de Zorella. Muy educadamente, al entrar, se quitó el tricorno y avanzó con marcial decisión hacia la puerta de la Conserjería. Mientras cruzaba el salón iba convencido de que a sus espaldas las señoritas del Casino le seguían mirando, y esta convicción le causaba un regustillo inefable. Pero estaba equivocado; las señoritas no le miraban ya. ¿Para qué? ¿Qué les importaba a ellas que el cabo de la Guardia Civil entrara a la Conserjería? Nada. No les importaba nada.

—Tac-tac... Tac-tac... Tac-tac...

Sí. Es don Martín, que goza de su hora inefable, momentos antes de que la timba empiece. La noche anterior se le ha dado muy mal. Como todos los puntos—incluso el veterinario—, don Martín se empeñó en jugar a las mayores, y se dieron menores casi invariablemente. Caballos, no se dió ni uno. Y reyes, sólo dos en toda la santa noche. ¡Una ruina!

—Tac-tac... Tac-tac... Tac-tac...

Total, que la banca se levantó con una ganancia de más de doce mil pesetas. Es verdad que terminada la partida los banqueros invitaron a sidra achampanada a todos los concurrentes, incluidos los mirones. Pero don Martín no hizo más que acercar la copa a sus labios y la apartó con mal disimulado gesto de dolor; aquella copa de sidra espumosa le había costado muy cerca de las quinientas pesetas. No fué capaz de beber.

—Tac-tac... Tac-tac... Tac-tac...

Don Martín se consuela pensando que dentro de un cuarto de hora, aproximadamente, va a comenzar la partida de hoy, y con ella, tal vez llegue el desquite. Claro que ya lo dice el viejo dicho: «Yo no siento que mi marido pierda. Lo que siento es que vaya al desquite.»

Pero los jugadores de raza—y don Martín lo es—van al desquite un día y otro día, un año y otro año, digan lo que quieran las comadres.

El hombre sigue en sus paseos hasta que empieza a darse cuenta de que algo raro debe de suceder esta noche. Del local anexo no le llegan las risas ni las conversaciones animadas de siempre. Se escucha, en cambio, un sordo rumor de corrillos, en que los socios parecen hablar con mucha seriedad, muy gravemente. ¿Qué puede ocurrir? La pérdida de la noche anterior, aunque afectó a casi todos los asiduos de la timba, no basta a justificar aquel ambiente; otras veces han perdido lo mismo, o más aun, y la partida solía estar al día siguiente tan animada como de costumbre. Algo ocurre...

Además don Martín no acaba de escuchar la voz clara y sonora del conserje anunciando:

—¡Ases para cuánto y cómo!

Ni el veterinario sale a tocar su monodígita «Marcha real»...

—¿Monodígita?—se pregunta don Martín—. Vaya un vocablo que se me ha ocurrido. ¡Monodígita!

Y su incertidumbre se hace angustia cuando se apercebe de que en el anexo alguien se entretiene jugando al dominó; don Martín acaba de escuchar el golpeteo de las fichas sobre el mármol. ¡Asombroso! ¡Asombroso que a estas horas haya nadie que pierda el tiempo jugando estúpidamente al dominó! Tan asombroso que no encuentra más que una palabra capaz de expresar todo su asombro:

—¡Monodígita!

La palabreja se le ha metido en la mollera, y allí está agazapada a la espera de expresar por sí sola todo lo inexpresable.

Pero él no puede seguir paseando sin enterarse de lo que ocurre. Sea lo que sea, él tiene derecho

a que se le informe. La noche anterior, sin ir más lejos, apoquinó quinientas pesetitas sobre el tapete verde... Y sin más vacilaciones empuja la puerta de cristales que separa el local grande del anexo.

En el anexo el espectáculo que se ofrece a sus ojos es desolador. No hay más que nueve personas. Cuatro puntos fuertes de la timba juegan al dominó, sin tomar muy en serio la partida. El único que la sigue con toda seriedad es el mirón don Juan Rodríguez de Fuensanta, que hace ya mucho; años que no está en dedos para la guitarra, pero que todas las noches acude a la timba a jugarse unos billetes que todo el mundo sabe de dónde le vienen, porque, como todo el mundo sabe, don Juan no trabaja ni trabajó jamás.

En la mesa de al lado otros tres puntos fuertes, entre ellos el veterinario, hablan de cualquier cosa. Todos los demás asiduos se han marchado ya. Detrás del mostrador del bar el conserje, el hombre que está en el secreto, ordeña a la cafetera exprés un café que se va a tomar él mismo: un café de toda confianza.

La aparición de don Martín es una interrogante a la que nadie se cree obligado a contestar. Prefieren cambiarse unas sonrisillas, saboreando el chasco que se va a llevar el hombre. El único que sigue muy serio es don Juan Rodríguez de Fuensanta. Pero todos los demás sonríen...

—Se puede ir a la cama, don Martín, que hoy no hay desquite—explica, al fin, uno de los presentes.

Don Martín no dice nada, pero en su mirada se adivina que el hombre necesita más información. Y el que ha hablado amplía detalles:

—Parece que se han suspendido las garantías...

Todos saben lo que eso significa: que la manga ancha del juez se ha estrechado de repente, como ha ocurrido en ocasiones anteriores. Al que le pillan en ganancias se salva, pero al que le pillan en pérdidas... Con el «nacional» no ocurre lo que con el póker: como sólo se juega de noche, el juez puede fingir ignorancia, porque él de noche no sale. Pero cuando ya no tiene ganas de hacerse el tonto, da una orden y se acabó.

—Nada de desquites, don Martín. ¡A esperar tiempos mejores!

—¿Entonces qué: el juez ha vuelto a hablar con el presidente?

—No, señor—interviene el conserje—. El cabo de la Guardia Civil ha venido a avisarme a mí. ¡Misión preventiva!

Y en este momento el cabo comandante del puesto de la Guardia Civil de Zorella se presenta en el Casino en función de vigilancia.

—Buenas noches, señores.

Todos responden al saludo como sin dar importancia a la llegada de la autoridad, como si fuera la cosa más natural del mundo. Sólo don Martín tiene que volverse para saber quién es el recién llegado, y su asombro no tiene límites.

—¡Monodígita!

Ante el cabo de la Guardia Civil y ante todos los presentes don Juan Rodríguez de Fuensanta baja la cabeza, avergonzado...

El juez se levantaba siempre a las ocho, porque era viejo. Aquel día, como todos, desayunó su tazón de café con leche, su trocito de pan y sus cuatro o cinco higos secos, y bajó al jardín. Allí se entretenía, hasta cerca de las diez, regando unos cuantos rosales, unos pies de lechuga y quince o veinte repollos que se estaban poniendo hermosísimos. Manjaba la regadera con el mismo sentido escrupuloso con que podía manejar la sutil balanza de la justicia.

Cuando Andrea—a eso de las once—cruzó el gran portalón de la casa del Juzgado sintió como si toda su angustia se le acalmara; un fenómeno parecido al del paciente que al entrar en casa del dentista tiene la sensación de que la muela ha dejado de dolerle de repente. Pero no por eso desistió Andra de llevar a cabo su plan. Subió decididamente las escaleras dispuesta a recabar del administrador de justicia una acción enérgica que la pusiera a cubierto de nuevos disgustos que algún día podrían no tener remedio.

—¿Qué te trae por aquí, Andrea?

—¿Y qué quieres que me traiga, Ramón? Ver al señor juez.

Ramón, natural y vecino de Zorella, era el al-

guacil del Juzgado y conocía a Andrea, como Andrea le conocía a él, desde niños, desde cuando se sentaban en los bancos de la escuela de don Serapio para aprender las primeras letras. Las primeras y las últimas, porque de su actual situación cabe deducir que ninguno llegó a cursar carrera mayor. Para ser alguacil del Juzgado de Zorella no se necesita título universitario; basta con el de alguacil. Y para lavar ropa en el río, que es lo que hace Andrea, basta con tener ropa que lavar, aunque no se tenga ningún diploma.

—¿Hay alguna novedad?

—Sólo quiero decirte unas palabras—explica Andrea sin explicar nada.

Pero Ramón es fácil de conformar y se da por satisfecho.

—Bueno.

Inmediatamente se quita el pitillo de la boca y lo deposita, sin apagar, en el borde del banco de madera en que pasa la mayor parte de las horas de su tranquila existencia. Luego se dirige, poseído de grave responsabilidad, hacia una puerta de cristales, sobre cuyo dintel hay un rótulo con letras negras que dice: «Señor juez.» Golpea con los nudillos respetuosamente.

—¿Da usía su permiso?

«Usía» se lo da y Ramón franquea la puerta, cerrándola detrás de sí. Apenas ha transcurrido un minuto cuando sale para indicar a Andrea, sin palabras, sólo con un discreto movimiento de cabeza, que el juez se halla dispuesto a recibirla y escucharla. La mujer saca del bolsillo de su delantal, apresuradamente, un pañuelo y se suena las narices. Ramón mantiene la puerta abierta hasta que Andrea pasa, y luego la cierra, dejando a la mujer a solas con «usía».

Esta clase de visitas no despiertan en Ramón la menor curiosidad. Son tantas las que el juez recibe al cabo del año y son ya tantos los años que Ramón lleva prestando sus servicios como alguacil, que su curiosidad se encuentra, digamos, encallecida. El vuelve a su pitillo, que todavía humea en el borde del banco, y comienza a fumarlo de nuevo estoicamente.

—Andrea Solana Meléndez—recuerda—. ¡Hija de Agustín y Vicenta, sí, señor!



Ramón tiene un censo en la cabeza: el censo de Zorella y su comarca, naturalmente. A fuerza de practicar diligencias judiciales, de efectuar embargos preventivos, de hacer citaciones o de notificar sentencias, conoce el pueblo y su partido palmo a palmo y hombre a hombre. Y ahora menos mal que a muchos sitios puede ir en coche; pero cuando empezó a prestar servicios como alguacil tenía que hacerlo todo a pie. Sólo él sabe la cantidad de caminatas que ha tenido que hacer, bajo los soles sudorosos de agosto o pisando las blancas nieves de los diciembres, para poder estar ahora tranquilamente sentado en su banco fumando su cigarrillo.

En el despacho del juez hay un vago rumor de palabras que a Ramón no le interesan. En el local de la Secretaría suena el rápido teclear de la «Underwood», en la que el oficial va recogiendo lo que tiene a bien dictar el habilitado. Tampoco le interesa.

Por cierto que desde la muerte del secretario, va para seis meses, la plaza sigue sin cubrir. Es natural: un pueblo que no es ningún París y un Juzgado con pocos asuntos, no son cebo demasiado apetitoso para que ningún secretario pique.

—En cuanto al ministro se le ocurra suprimir algunos juzgados, el de Zorella será el primero —medita el alguacil—. ¡No hay asuntos!

El peligro de la supresión no se lo inventa él ahora, no. En más de una ocasión la cosa ha parecido inevitable, y se ha evitado por pura casualidad, cuando ya todo se daba por perdido. Pero cualquier día, en cuanto al ministro se le ocurra...

—Claro que para el daño que van a hacerme a mí con eso...—se consuela—. Dentro de cinco meses, jubilado y a descansar. Si después quieren llevarse el Juzgado, que se lo lleven. ¡Mío no es!

—¡¡Ramón!!!

De repente en la puerta del despacho ha aparecido el juez y su llamada ha sonado seca, como un tiro. El alguacil se ha puesto en pie de un salto.

—¡A la orden de usía!

—Que venga el cabo de la Guardia Civil. ¡Inmediatamente!

—Sí, señor.

El juez se vuelve a encerrar en su despacho, mientras Ramón se pone la gorra de uniforme para echarse a la calle.

Ya en la calle es cuando empieza a recobrarle de la sorpresa que le ha producido la súbita aparición del juez, es cuando empieza a disponer de la calma necesaria para recapacitar.

—De modo que tiene que venir el cabo... Esto indica que algo raro ocurre, o ha ocurrido, o va a ocurrir.

Así no hay azar que se resista: algo raro ha sucedido, o va a suceder, o está sucediendo... No falla. Pero de momento lo único seguro es que tiene que venir el cabo...

—Te has salido con la tuya, ¿verdad? ¡Me has puesto en ridículo delante de todo el mundo!

Todo el mundo quiere decir el Casino de Zorella.

Pero Andrea en el primer momento no sabía de qué le estaba hablando su marido. Ella se había acostado, como siempre, a las diez, y acababa de despertar con la alarma de una luz encendida de repente.

Don Juan Rodríguez de Fuensanta volvía del Casino, donde había sufrido ciertas humillaciones

e incluso había tenido que soportar más de una frase de doble sentido:

—Claro que si yo me juego mi propio dinero, y no el de mi mujer...—había dicho uno.

Y más frases, más. Don Juan las traía todas clavadas en el corazón.

—¡En el ridículo más espantoso!—insistió.

—¿Eh?

—¡De un modo o de otro, todos se han creído con derecho a zaherirme! ¡He sufrido mil humillaciones sólo por tu culpa!

—¿Qué son humillaciones, Juan?

—Miraditas, palabritas, sonrisitas...

—¡Ah!—y luego, sin conceder ninguna importancia a la indignación de su marido añadió.— Anda desnúdate pronto y apaga la luz. Tengo que dormir.

—Me desnudaré y apagaré cuando me parezca.

—¡Tengo que levantarme a las seis y media, Juan!

—¿Es que ahora abren el juzgado tan pronto? —repuso don Juan con una ironía tonta.

—¡Te he dicho que acabes de una vez!

El tono enérgico de las palabras de Andrea ya no admitía réplica. Don Juan Rodríguez de Fuensanta no se atrevió a seguir hablando, e instintivamente comenzó a quitarse la chaqueta, el pantalón, los zapatos... Su papel de cónyuge ofendido había terminado, y ahora no le quedaba otro remedio que obedecer a los deseos de su mujer, como había hecho durante toda su vida.

Sólo en cierto sentido había logrado mantener su independencia frente a las absurdas pretensiones de Andrea: ella le había acuciado infinidad de veces para que hiciera algo, para que trabajara, y él allí estaba, plantado en los sesenta años y sin haber dado golpe. Ahora ya no valía la pena de empezar...

Pero en lo demás era muy sumiso a los mandatos y deseos de Andrea, aunque a veces se permitiera el atrevimiento de jugarle ciertas travesturas.

—¡Y cuando vuelvas a hacer lo que hiciste ayer, volveré a decírselo al juez! ¿No te di cinco duros el domingo?

Don Juan Rodríguez de Fuensanta, sentado en el borde de la cama, acababa de quitarse un calcetín. Miró y vio que tenía los pies muy viejos. Sintió lástima de sí mismo: todo él estaba igual.

—¡Pero, claro, como trabajas tanto, cinco duros te parecen poco!

—¡No me parecen ni poco ni mucho! ¿Te he pedido yo nada nunca?

—¿Qué me vas a pedir tú si todo te lo he dado yo? Y lo que yo no te doy, bien sabes cogerlo sin pedirlo...

—¡Vaya! ¡Volvemos a las andadas!—comentó en tímida protesta, mientras se quitaba el otro calcetín.

—¿Y cómo no he de volver? ¿Crees que yo me mato a trabajar para que tú vengas por el dinero y se lo lleves muy limpio a esos zánganos del casino?

Andrea estaba a punto de llorar, no sabía si de rabia o de pena.

—¡Ayer, cincuenta duros, y hace tres semanas, doscientos pesetas! ¡Si no voy a pedir justicia a donde tenía que ir, acabaríamos pidiendo limosna! Es decir, acabaría yo, porque tú...

—¿Yo qué?—replicó muy digno don Juan Rodríguez de Fuensanta.

—Tú...

Y las palabras de Andrea se perdieron en un llanto incontenible. Lloraba, acaso, por la inutilidad



dad de todos sus afanes, por la esterilidad de todos sus desvelos, por la muerte irremediable de todas sus ilusiones. Pero ella no lo sabía. Ella no hacía más que llorar, llorar y llorar...

Don Juan Rodríguez de Fuensanta empezó a dormirse con el recuerdo punzante de las humillaciones que había tenido que sufrir en el casino y sin comprender por qué su mujer tenía que llorar tanto.

«¡La estúpida sensibilidad femenina!», pensó. Y se quedó dormido.

Cuando alguien muere en Zorella, las campanas de las cinco iglesias —San Benito, Santiago, San Esteban, San Pedro y Santa Clara— tejen de torre a torre un diálogo de bronce y de lamento que parece haber comenzado en la primera hora del mundo, y que no terminará hasta la consumación de los siglos. Toda Zorella tiene entonces un fuerte sabor de responso, de hisopo, de cirio...

Pero a ningún zorellense le aterra la idea atroz de la muerte, quizá porque, después de tantos siglos de existencia, Zorella está curada de toda clase de ingenuos entusiasmos por la vida.

—¿La vida? ¡Bah! Demasiados desengaños...

Esta parece ser la fórmula estática con que el pueblo hace cara al presente y al futuro.

Zorella es el único pueblo del mundo —que se sepa— donde el sepulturero es al propio tiempo acomodador del cine en sus localidades de gallinero. (El del patio de butacas ya es otra cosa: toca el clarinete en la Banda Municipal.)

Que las gentes de Zorella cuando van al cine se dejen colocar en sus localidades por el mismo hombre que ha de colocarles definitivamente, el día de mañana, y que esto ocurra como la cosa más natural del mundo, sin que a nadie se le ponga la carne de gallina, es un dato digno de la más profunda consideración. Por lo menos este solo hecho nos demuestra que los zorellenses son gente muy serena y que están muy familiarizados con la idea de la muerte.

Porque lo cierto es que en Zorella se muere como se vive: casi sin darse uno cuenta. Y así fué como murió aquella noche don Juan Rodríguez de la Fuensanta...

Su mujer despertó a las seis y media y lo encontró frío, muy frío, demasiado frío. Andrea comprendió en seguida que durante la noche, mientras dormía, se había convertido en una pobre viuda desamparada. Sus ayes desconsolados, alarmantes, espantaron el sueño de toda la vecindad, y la casa no tardó en llenarse de gente. Pero antes de que nadie llegara, Andrea se entregó a un diálogo patético, imposible, con la fría soledad de la muerte:

—¡Fueron las humillaciones, Juan! ¡Las humillaciones fueron las que te mataron!

Y en su desesperación se consideraba culpable, cuando la verdad —la única verdad— era que su marido había muerto mientras dormía tal como había vivido: dulcemente, sin ningún trabajo... Había muerto porque sí.

En las dos ventanas del casino se colocaron sendas banderas nacionales con crespones de luto, como se colocaban siempre que moría un socio.

No faltó quien propusiera que sobre la tumba de don Juan Rodríguez de Fuensanta se grabara un expresivo epitafio:

«Aquí descansa don Juan
como descansó en vida.»

Pero no era un hombre lo que acababa de morir; era todo un linaje. Con la muerte de don Juan —muerto sin hijos— se extinguía un apellido glorioso en la historia de Zorella. Era como si la propia Zorella fuera a morir también.

Pero no. Su tierno y cansado corazón sigue latiendo para que los zorellenses puedan seguir disfrutando de sus horas inefables. Esas horas inefables que sólo acaban para cada uno cuando sobre su última hora se levanta un diálogo bronco de campanas de torre a torre de las cinco iglesias: San Benito, Santiago, San Esteban, San Pedro, Santa Clara...

(Dibujos de Gofy.)

LA ISLA SIRENA DE SAN BORONDON, A LA VISTA



El Hierro, Finisterre de Canarias, desde donde siempre se vió la isla de San Borondón.

UN FANTASMA DE TIERRA APARENTE EN EL MAR TENEBROSO

LA OCTAVA ISLA
DEL ARCHIPIELAGO
CANARIO

NO siempre la geografía nos ha de devolver imágenes y perfíles ciertos de la tierra. Desde antiguo ha habido una geografía entreverada de sueños, con fisuras y gargantas por donde se sumía el vagar poético de los hombres.

La primera geografía tuvo menos de realidad que de fábula, y cuando el hombre se aventuró por los mares del mundo y bordeó las orillas de remotos países, siempre halló en la ruta tierras misteriosas que le llamaban y que al acercarse a ellas se desvanecían.

Ya se supone lo que el navegante tuvo que pasar para creer en el *Mar Tenebroso*. Cientos de singladuras gastaron las velas de las naves más atrevidas. De las



Mapa de la isla Sirena, por Leonardo Torriani (1590).

muchas que alcanzaron las aguas temerosas, pocas volvieron a sus puertos, y las que recalaron en orillas desconocidas se quedaron en ellas, sorprendidas por el misterio de una latitud que invitaba a la aventura.

La geografía de Canarias es aparentemente sencilla. Se conocen sus siete islas: Tenerife, remontada; Gran Canaria, redonda; La Palma, afilada; La Gomera, tajada; El Hierro, mesetefia; Fuerteventura, desértica; Lanzarote, soledosa. Se conocen las virazones y los vientos que las rodean, las nubes que las coronan. Pero desde antiguo una isla fluctuante, una isla que aparece y desaparece a su antojo hace que el mapa de Canarias tenga en todo tiempo un lugar vacío. Es la isla de *San Borondón*. Su existencia está enlazada a la memoria de San Blandano y San Maclovio, que arriban a la *Non Trubada* con el propósito de misionar entre sombras. Es una isla sobre cuyos lomos se levantan siete ciudades, tiene ríos caudalosos y puertos protegidos. El siglo VI arrumba con su nave nórdica a esta isla fantasmagórica.

Cuando Canarias se percata de que en su paralelo una isla juega al escondite, vuelve los ojos hacia todos los cuadrantes, la busca entre brumas y, por fin, la ve y la bautiza: *isla de San Borondón*.

LA «NON TRUBADA O ENCUBIERTA»

En estos días la prensa se ha tomado el trabajo, bien gustoso

por cierto, de actualizar el tema de esta isla, a la que ha llamado isla Sirena. No nos place del todo lo de sirena, porque, aunque siempre cautivo desde lejos y detentó el más febril sortilegio de los horizontes, nunca se dió con signo femenino y acogedor, sino esquivo. Fué nada más que una isla que sabía cuándo tenía que aparecer y cuándo desvanecerse sin dejar estela. A las sirenas, que se las descubre por su cautivadora llamada, se las busca por la rumorosa estela que dejan o por un burbujeo abisal.

San Borondón, por las noticias que tenemos, no deja descansar a los canarios desde el siglo XVI, o acaso antes; pero ésa es la fecha que tenemos por cierta. Viera y Clavijo, el polígrafo canario del siglo XVIII, a quien tendremos que seguir y citar por haberse ocupado tanto de *San Borondón*, dice «que desde los principios del siglo XVI ya la reputación de esta nueva tierra atormentaba el juicio de los naturales y extranjeros». Por lo visto, *San Borondón* está presente en la Paz de Évora. Cuando Portugal cede a Castilla el derecho de conquista sobre Canarias, no se deja en olvido la *Non Trubada* o *Encubierta*, que debe andar, según todas las señales, por la latitud de las Islas Afortunadas.

Desde La Palma, La Gomera y El Hierro se puede ver esa isla en determinadas épocas del año. Sabemos exactamente por dónde hace su aparición: al oeste-sudoeste de La Palma y al oeste-noroeste de El Hierro. Son tantos los que la han visto, que ne-

gar la existencia de *San Borondón* sería demasiado. Han calculado bien las distancias, han señalado el punto de la aparición, han dibujado planos y perspectivas, y siempre, nos dice Viera sorprendido, han tenido la satisfacción de comprobar que los datos de unos coincidían exactamente con los datos de otros. Resumiéndolos todos sabemos que la isla se extiende de Norte a Sur, que el centro aparece hendido por una profunda garganta y que dos montañas se levantan en sus extremos.

Aparece a cuarenta leguas de La Palma, y, según la estima de un atento observador, podrá tener ochenta y siete leguas de largo por veintiocho de ancho. Un religioso franciscano que dibuja la isla de *San Borondón* escribe diciendo que hallándose en Aiajeró, pueblo de la isla de La Gomera, el día 3 de mayo de 1759, a las seis de la mañana—la precisión del dato realza la certeza de la información—, vió surgir de las aguas la isla de *San Borondón*. Desde La Gomera se divisa, confusa y apagada, la isla de El Hierro. Podría ser una confusión. Pero no hay tal. El religioso franciscano tiene la vista clara: «Vi una y otra (El Hierro y *San Borondón*)—dice—, de un mismo color y semblante, y se me figuró, mirando por un anteojo, mucha arboleda en su degollada.» Para confirmar con testigos la aparición, llama al cura don Antonio José Manrique, «quien la tenía vista por dos ocasiones». Mientras la contemplan la isla busca su rebozo de nubes, quiere desaparecer, pero retorna y se deja contemplar por espacio de hora y media, hasta que finalmente se oculta a la vista de más de cuarenta personas. «A la tarde volvimos algunos al mismo puesto, mas nada se veía por estar lloviendo lo más de la tarde. El horizonte del Poniente estaba tan claro que resplandecía como el oro en el cristal, y también noté con el anteojo el mar y travesía que hay de El Hierro a *San Blandón*. Esto que llevo dicho, vi y noté, sin añadir ni disminuir ni un punto.. A los dos o tres días que salí de Alajeró se volvió a descubrir, según me dice el hermano fray Juan Manrique, que la vió juntamente con el cura y otras personas.»

EL FANTASMA DE TIERRA APARENTE

Pero antes *San Borondón* había caldeado tanto la imaginación de los canarios que en 1526 se organizó una expedición, al mando de Fernando de Troya y Fernando Alvarez. Se hacen a la mar y tratan de hallar la isla. Pero la búsqueda es infructuosa y regresan sin haberla alcanzado. Viera y Clavijo le cuelga una cruel apostilla a esta sorprendente navegación: «No habiendo encontrado la sombra de semejante isla, trajeron a sus casas la sólida gloria de un desengaño, que les hubiera agradecido el público, si la fantasma de la tierra aparente no tuviese en sí misma el secreto de encantar a cuantos la ven.»

Pero es que Fernando de Tro-



Situación de la isla de San Borondón entre El Hierro, La Palma y La Gomera.

ya y Fernando Alvarez no hicieron más que recoger un eco secular y estremecido, una llamada cautivadora, una invitación a un periplo detrás del cual podía ser descubierta la isla inalcanzada. Pero también era la primera evasión hacia la poesía de los horizontes, evasión que la frialdad ilustrada de Viera no podía comprender.

En el año 1570 *San Borondón* se prodiga de una manera turbadora. Numerosas apariciones hacen estremecer el horizonte por aquel punto. Muchos amaneceres levantan sobre los nácares del mar la isla azul de *San Borondón*.

Nacen nuevos deseos de descubrirla. Si una expedición ha fracasado, otra puede llegar hasta las misteriosas costas. Hernán Pérez de Grado, regente de la Real Audiencia de Canarias—siempre hubo gente de campanillas en este quehacer—, abre una información «entre las personas de talento». Quiere saber todo lo que acerca de *San Borondón* corre por las islas. De El Hierro le llegan noticias que hubieran convencido al más incrédulo. Más de cien testigos deponen seriamente sobre las apariciones de la isla. Todos están de acuerdo en afirmar que *San Borondón* aparece realmente al noroeste de El Hierro y a sotavento de La Palma. La han visto a cuarenta leguas de La Gomera, y alguna vez observaron cómo el sol se acostó detrás de una de las puntas de *San Borondón* cuando ésta iba a sumirse en el misterio a muchas leguas de las islas más occidentales de Canarias.

Pero la segunda expedición la lleva a cabo Fernando de Villalobos desde la isla de La Palma. Como en la primera, esta vez hay que volver sin haber recalcado en *San Borondón*. No por ello se pierden los ánimos, y treinta y cuatro años después se repite la aventura. Las cosas se habían preparado como Dios manda. Como piloto experto—y bien que lo necesitan las travesías entre islas—iba Gaspar Pérez de Acosta. Siempre pensando en los infieles que pueblan *San Borondón*, se enrola en la aventura un fraile franciscano muy ducho en la vida del mar, fray Lorenzo Pinedo, que se dispone, como San Maclovio, a convertir sombras.

Se toman todos los rumbos, se exploran todas las aguas que circundan el archipiélago, se aprovechan todos los vientos—que son difíciles por allí—y se interroga ansiosamente al horizonte. Todo en vano: sin sentido los rumbos, mudas las aguas, inútiles los vientos, vacío el horizonte.

NOTICIAS DE PRIMERA MANO SOBRE LA ISLA MISTERIOSA

Cuando Pérez de Grado abría su información, unos testigos levantan por primera vez la realidad palpable de *San Borondón*. Son unos navegantes portugueses que hacen la ruta del Brasil y que en aquella ocasión se en-



A la sombra de estos riscos se aparejó la nave que desde Tenerife envió el Capitán General don Juan Mur y Aguirre en busca de la isla misteriosa

contraban en La Palma. Entran en la encuesta con noticias de primera mano. Por fin vamos a saber cómo es *San Borondón*. Pedro Vello, el piloto de la nave portuguesa, desembarcó en la isla. Fué arrastrado hasta allí por una tempestad. Fondeó en una ensenada del Sur de aquella tierra desconocida y saltó a tierra con dos marineros. La isla es deliciosa. Los arroyuelos que la cruzan llevan agua fresca. Un misterioso habitante de la isla ha dejado en la arena de la playa la impronta de un pie descomunal. Hay una cruz de madera clavada en un árbol—no cabe duda que San Maclovio y San Blandano habían pasado por allí—: descubren piedras para fogales y huellas de vida humana. Al acercarse la noche se levanta un viento huracanado. Pedro Vello debe tener muy metidos en sus memorias de marinero las noticias sobre una isla que aparece y desaparece. Se ha separado de sus compañeros. El viento arrea tanto que se ve obligado a huir. Toma la chalupa y se aleja de tierra. Iza las velas de la nave y busca seguridad en la mar abierta. Cuando nubes y vientos se sosiegan quiere volver atrás en busca de los compañeros que había abandonado en *San Borondón*, y entonces pierde la isla.

Al leer las primeras noticias que ahora han circulado sobre la reaparición de la isla nos hemos acordado de los dos pobres portugueses abandonados en ella. Eran de Setúbal, y como expertos del mar, le habrán puesto velamen y timón a la isla, y acaso con ella hayan alcanzado las orillas de la eternidad.

MARCOS VERDE, EL CANARIO

Pero aun hay más gente que estuvo en esa isla fluctuante. Fué un marino canario de la Gran Canaria que venía en viaje de regreso de las costas de Berbería. Los marineros isleños conocen los perfiles de sus islas desde muy lejos. Pero en esta ocasión Marcos Verde, el canario, al acercarse al archipiélago descubre una tierra desconocida. Después de mucho pensar qué sería aquello llega a la conclusión que sólo *San Borondón* puede andar por aquellos parajes. Se aproxima a ella. La costea en busca de un caletón seguro, y, al igual que los portugueses, encuentra lugar propicio al anclaje. Por allí cerca desemboca un profundo barranco. Bajó a tierra con varios de la marinería y «anduvieron un trecho muy considerable por diferentes sendas hasta no oírse unas a otras por más que diesen voces». Que impelidos por el terror de la noche se recogieron luego a bordo, cuya precaución les fué saludable, porque apenas llegaron al navío les sorprendió por la misma boca del barranco un torbellino de viento tan horroroso que les fué preciso picar los cables y largarse tumultuariamente para no volver a ver una tierra bárbara, que violaba siempre los sagrados derechos de la hospitalidad. Nada menos que eso pretendía Viera y Clavijo de *San Borondón*: que se domesticase en forma de posada.

En el mismo siglo XVII se habla de un desconocido navegante francés que también estuvo en *San Borondón*; pero este perso-

naje ha dejado de sí menos noticias que la misma isla.

Metido ya el siglo XVIII, de regreso de América un registro de las islas sufre cerca de ellas una confusión; ve más islas de las que corrientemente se avistan en el horizonte. Es decir, hay una sobrante; esto es, la octava isla de Canarias. Y no puede ser otra que *San Borondón*.

Como a las playas de La Gomera, El Hierro y La Palma e incluso a las de otras islas, llegan con alarmante frecuencia troncos de árboles, frutos desconocidos, objetos raros, se deduce que todo tiene que proceder de la isla misteriosa.

EL CAPITAN GENERAL DON JUAN DE MUR Y AGUIRRE, HACIA LA ISLA INALCANZADA

Así las cosas, ha llegado el momento de descubrir en serio *San Borondón*. En 1721 los informes procedentes de El Hierro y de La Palma, y dirigidos a la Audiencia y Comandancia General de Canarias, en Tenerife, traen la evidencia de las repeticiones y reales apariciones de la isla inalcanzada. Es Capitán General de las islas don Juan de Mur y Aguirre. Ahora las cosas van en serio. Se prepara la expedición y hasta se nombra tropa auxiliar para la misma. El propio Capitán General contribuye con su peculio particular a los gastos de la extraordinaria expedición, y al Ayuntamiento de Tenerife le cuesta la broma tres mil reales. Sí, hay que hacer bien las cosas, no vaya a ser que por una imprevisión irremediable se pierda todo en el mejor momento. No hay que fiarse de «ningún Quijote de ultramar», como sucedió otras veces, según dice Viera.

De capitán de la expedición va don Gaspar Domínguez, y como capellanes—San Maclovio y San Blandano—un dominico, fray Pedro Conde, y un franciscano, fray Francisco del Cristo, que se amigaron en la aventura.

La nave sale del puerto de Santa Cruz de Tenerife con una opulencia de nubes otoñales do-

rando el horizonte. «Quedó el vulgo de una expectación indecible. Pero ¡qué dolor! Esta fué una empresa que no se distinguió en nada de las anteriores. La hora del descubrimiento de *San Borondón* no era llegada, y quería el destino que aquella conquista siempre se ciñese a la estéril gloria de emprendida.»

Años más tarde, en 1732, el capitán y piloto Gaspar Domínguez, reincide. Esta vez manda la balanda «*San Telmo*», pero el viaje fué asimismo infructuoso.

Hacemos gracia al lector de las retahilas de Viera y Clavijo, en las que andan Ptolomeo y la isla *Aprositus*, Aristóteles y los navegantes fenicios, las siete hijas de Atlante, San Maclovio y San Blandano, nubes y cuadrantes, vientos y espejismos. Viera se aviene con Feijóo a la hora de echarle tierra al asunto. Se ha puesto en marcha la máquina de la razón. La incredulidad oscurece los iluminados horizontes.

Pero nosotros seguimos lamentando que no ande en todo tiempo por esas latitudes un don Juan de Mur y Aguirre, porque de seguro se aprestaría otra nave para el descubrimiento de *San Borondón*, entre cuya marinería iríamos gustosamente. No en vano hemos navegado por aquellos canales y traviesas, sabemos qué sabor tiene la sal de aquellas aguas, qué sugestión la línea difusa del mar y del cielo, qué magia la aparición de *San Borondón* en el amanecer, cuando todas las islas Canarias se levantan del mar con misterio submarino encima de las montañas.

LA LITERATURA Y SAN BORONDON

No sólo ha sido inquietud y afán de navegantes. La isla inaccesible espera en las mejores encrucijadas poéticas de las islas. Espera con sus brumas y su hora cuajada de sorpresas. Los poetas están como al acecho. Ellos son los primeros que han estudiado los perfiles y la cartografía de *San Borondón*. Es la medula mejor de sus luminosas metáforas. Viera y Clavijo no podía entender de estas cosas. Había

escrito sobre aires fijos y sabía elevar un globo aerostático. Todo andaba en sus manos descarnado y desnudo. Si hace de la isla fantasmagórica cuestión capital, es para salirse después diciendo que todo es mentira.

Olvidó que vivir en una isla es pensar perpetuamente en otras tierras; se olvidó de soñar, que aquí es una forma habitual de vida, porque el valladar de las aguas aviva sin tregua el ansia de evasión. Se es tripulante de una isla y se conocen los perfiles de todas las demás. *San Borondón*, que es una de tantas, es esperada al atardecer de los sueños insulares. Hay que creer a los cartógrafos que la dibujaron, porque ellos nunca mienten. Hay que creer en esos ríos y en esas montañas, en esas llanuras donde se expande el más atrayente de los misterios: lo desconocido.

La bibliografía canaria sobre *San Borondón*—sólo poética, sin ganga erudita—es bastante apreciable. Se maneja el tema con una extraordinaria y brillante soltura. Hay que jugar con los mitos y las islas clásicas, hay que hacer descender las noches célticas hasta las latitudes de las Afortunadas. Y todo ello para poder hablar de la isla *Encubierta*. Se ve que éste es un quehacer de poetas, y son ellos los que tuercen el gesto cuando el malintencionado romancillo canta:

*Frente a La Gomera,
con todo claro,
el patrón contaba
cosas que inventa.
Pero aquella isla
jamás la encontró,
ni violó en su vida
ni a ella arribó.*

Quando se dice que es magia de espejismos, el poeta replica que eso es una infamia. María Rosa Alonso, que tanto ha dialogado con *San Borondón*, la llama «la isla más isla de todas las islas».

Sí, también ahora ha sido María Alonso la que nos ha traído *San Borondón*. Y esto es tan cierto como la reaparición de la isla. Pocos días antes del hecho salía a la calle el número 4 de *Gánigo*, una revista de poesía y artes que se publica en Tenerife. El primer artículo llevaba por título «*San Borondón a la vista*», e iba ilustrado con el mapa que de ella trazó el ingeniero italiano Leonardo Torriani en el siglo XVI.

María Rosa Alonso, autora de este artículo, pedía a los poetas de Tenerife que fuesen a la iglesia de Santo Domingo, en La Laguna, donde está enterrado nada menos que don Juan de Mur y Aguirre, el de la más sonada expedición a la *Non Trubada*.

El artículo se resuelve en voces de llamada, en gritos desde la lejana orilla para que *San Borondón* se deje ver. Pocos días después, un amanecer, la isla responde a tan delicada llamada.

REAPARICION DE LA ISLA SIRENA

Casi con estas mismas palabras se da la primera noticia. El dia-



Monolito en las cumbres de El Hierro

rio *La Tarde*, de Santa Cruz de Tenerife, publicaba en la segunda quincena de agosto una minuciosa referencia del hecho. La noticia la enviaba desde la isla de El Hierro un colaborador de dicho periódico, don José P. Machín. Lo malo es que tanto el periódico como su colaborador mezclaron demasiadas cosas de espejismos con historia antigua, y nadie quedaba contento. Aunque al lado de la geografía había mucha leyenda, un párrafo casi salvaba la crónica: «Allí estaba *San Borondón*. Se la estuvo viendo toda la mañana sin que nada empañara su esbelta silueta, al noroeste de nuestra isla (El Hierro), y a la izquierda de La Palma, y tan grande o mayor que ésta.»

Los que la contemplaban estaban sobre la cumbre de Binto, en el filo de la montaña que domina la desolada Dehesa y el hondo Julian. Yo os puedo decir que el paraje es de una grandeza sobrecogedora, y que nunca sentí tanto el encontrarme lejos de todo como cuando crucé aquellas tierras, detrás de las cuales no hay más que océano. El Hierro tiene unas espesas melenas de pinares, de profundos y misteriosos pinares; pero las tierras bajas del Oeste son solamente para rebaños. Más allá de la ermita de *Los Reyes* no encontráis sino silencio y desolación. El viento barre las alturas y la tierra se corta, brusca y dura, sobre hondas llanadas.

Están, pues, sobre la cumbre de Binto varias personas. Las más nombradas, Felipe León, de Sabinosa, donde hay unas aguas salutíferas, y Juan Hernández y Lázaro Quintero del Pinar. Los tres informan de la aparición. Al cronista, estas personas le merecen entero crédito. Con el crédito de gentes así trazó Leonardo Torriani el mapa de la isla y Jorge Juan el accidentado perfil de la misma.

Los informadores dicen la verdad. Además, siempre se vió desde allí la isla de *San Borondón*. El cronista de esta reaparición, que lucha entre la realidad y la fantasía, entre lo palpable y lo huido, cuenta que a las doce del día se pusieron en juego las nubes, las mismas que siempre acompañaron a *San Borondón*. Pero a poco la isla se fué des-



Paraje de la costa occidental de La Palma, desde donde ha sido avistada la isla fantasma.

vaneciendo. Sobre Binto permanecieron mucho rato los espectadores de la maravilla. El Hierro es también una isla de nubes, y entre el amanecer y el ocaso gusta de jugar al escondite. Entre esas nubes revueltas por el alisio desapareció *San Borondón*. Y aquí dice el cronista: «Me estoy refiriendo a una aparición real y verdadera de la isla misteriosa.» Pero le parece que ha dicho demasiado y añade: «La única mentira es ella misma.»

Nosotros diríamos que la única verdad es ella misma. Gracias a ella hay un horizonte en permanente tensión. Se espera siempre que por aquella latitud surja del misterio, del sueño, de la bruma el perfil azulado de la isla. Gracias a ella los poetas de las islas velan. La cartografía se ha de ir precisando con el tiempo. Algún día le tendremos que poner nombre a sus accidentes: «Llanada de los Portugueses», porque en alguna de ellas deben andar vagando los compañeros de Pedro Vello; «Caleta de Pedro Vello» llamaríamos el puerto donde el portugués fondeó; «Bahía de Marcos Verde», al lugar que nos recordara el fondeadero del marino canario; «Playa del Francés», por la recalada de aquel aventurero misterioso. Y, para ser justos, con *San Borondón* fundáramos un señorío al

que daríamos el nombre de «Señorío de don Juan de Mur y Aguirre», para que recordara siempre a quien quiso descubrirlo.

Por esta vez el embrujo de *San Borondón* ha dejado un temblor de gasas flotando sobre las aguas. Ha huido sin dar tiempo a que se le dibuje con la mano en el aire. María Rosa Alonso, que presentía esta aparición y esta huida, había escrito pocos días antes: «Se marchaba, se encubría, se escapaba como una muchacha esquiva y tentadora, y no había manera de prender su cintura.»

Para otra vez nos iremos a lo alto de Binto; descenderemos a la Dehesa y llegaremos hasta la punta extrema de la isla de El Hierro. De seguro que todavía quedan balandras para el descubrimiento. Si Viera no creía en ningún Don Quijote de ultramar, todavía hay quien espera que el alma de don Juan de Mur y Aguirre venga del otro mundo para patrocinar la aventura.

Vayamos buscando patrón, porque *San Borondón* reaparecerá de nuevo el día menos pensado.

Luis DIEGO CUSCOY

(Fotos de A. Benítez y del autor.)

TODO EL PANORAMA DE
LA POESIA CONTEMPORANEA EN

"POESIA
ESPAÑOLA"

Se publica un número cada mes y se vende a diez pesetas.

Pedidos y suscripciones en la Dirección y Administración: Pinar, 5. — MADRID

BIARRITZ, LA CIUDAD ALEGRE Y CONFIADA

UNA FIESTA FASTUOSA DEL TIEMPO DEL REY SOL



DE 15 A 20 MILLONES DE PESETAS SE HAN DERROCHADO EN SERVICIO DE LA DISIPACION Y LA OPULENCIA

“L’OSSERVATORE ROMANO” CALIFICA EN TERMINOS DURISIMOS LA ALEGRE CARNAVALADA

EN el lago de Chiberta, término municipal de Anglet, a tres o cuatro kilómetros de Biarritz, el marqués de Cuevas, quizá porque el hombre no tenía de momento otra cosa que hacer, ha dado «el gran baile del siglo». Para los que no han asistido vamos a contarles lo que ocurrió. Personajes famosos—desde Reyes destronados a toreros pasando por aristócratas y mecanógrafas—han sido los actores de este gran ballet humano del marqués, para cuya representación no se han despachado entradas ni se ha abierto, por tanto, taquilla junto a las crillas del engalanado lago de Chiberta.

DE QUINCE A VEINTE MILLONES DE PESETAS COSTO LA FIESTECITA

Por lo que hemos visto, el propósito del marqués de Cuevas era el de conseguir la asistencia de unas cuantas figuras de gran resplandor, notables en su actividad sobre una base de títulos europeos y acaudalados occidentales, amigos personales del anfitrión unos, y otros, los más, amigos de sus amigos. Las invitaciones eran recibidas con un mes de anticipación por lo menos, y había que responder a la agencia necyercuina por la que se enviaban.



Arriba: El rey de la fiesta, el marqués de Cuevas, habla con una emplumada invitada. Al fondo, otro cortesano piensa en lo difíciles que son las permanentes y en lo caras que están las medias de cristal.—Abajo: ¿Turistas escandinavos? ¿Derviches de la India? ¿Piratas del Caribe? No. Invitados del marqués de Cuevas.

Del resultado respecto a invitaciones y asistencia hablaremos luego. En el proyecto —se dijo— Cuevas trataba de superar a la otra famosa fiesta de Beistegui en Venecia. Tal vez en cualquiera de estos próceres con dinero late una añoranza de fastuoso derroche, propia de unas épocas en las que la propiedad apenas tenía límites. Quieren ellos no ya epatar al burgués, como el bohemio desarrapado, sino retar al tiempo, a la circunstancia histórica.

No es de extrañar que en estos tiempos apretados que vivimos la dilapidación sin tasa de Biarritz haya merecido acres censuras. *L'Osservatore Romano*, en un artículo titulado «Locura criminal», escribe: «Fiestas como las de Biarritz son insultos y desafíos a la miseria y al dolor. Todo su desorden bárbaro, moral y material constituye un desprecio del orden civil. Son insultos y desafíos al cristianismo en razón de su paganismo.»

Se han barajado diversas cifras a propósito del presupuesto de esta fiesta. Se dijo que costaría 25 millones de pesetas; algunos hoteleros de la costa vasca, más próximos a los organizadores, me hablaron de 150 millones de francos, equivalentes a unos 15 millones de pesetas. Es probable que se trate de presupuestos iniciales, como en las subastas, y que en ellos se incluya el precio de determinados números de la fiesta, como el «ballet» hubiese costado a un profano en la materia.

MUCHO PERFUME Y MU- CHA PELUQUERIA

Lo cierto es que con motivo del fasto se ha movido mucho dinero, que lo han ganado los almancen de tejidos, los modistos, los peluqueros, las perfumeras, los zapateros y los joyeros de uno y otro lado de la frontera. Villamar, el famoso peluquero parisiense, se desplazó a Biarritz expresamente. José, en San Sebastián, padeció las exigencias dieciochescas de

cientos de mujeres actuales. Sé que muchos comercios de telas de Madrid se han librado de terciopelos, rasos y brocados que suelen esperar durante años la demanda de algún raro cliente. ¿Qué habrán pensado de estos que les han caído? Las sastrerías especializadas que más han trabajado han sido las españolas, a juzgar por los muchos franceses que venían a San Sebastián para encargarse su dominó, su traje de aldeano vasco de la época o sus casacas. Cuando hacíamos antes para contratar nuestro modesto atuendo de turco, apareció por allí un Rothschild vestido de cualquier forma, calzado con alpargatas, pero que según nos informaron era un exigentazo en los detalles de su extravagante disfraz.

AL CONDE DE VALLEMBREUSE NO SE LA DAN CON QUESO

A los periodistas no se nos han dado grandes facilidades para poder asistir. Ante todo, se nos exigía disfraz de época. Ni la carta ni la conferencia telefónica servían para lograr la invitación. Había que presentarse personalmente en Anglet y someterse a la inquisidora mirada del amigo y secretario del marqués de Cuevas, el conde de Vallembreuse, un jovencito que examinaba cuidadosamente los carnets y las pruebas de que el periodista iba a representar, efectivamente, al periódico de que se trataba. Además, para acercarse a él, embobido en los preparativos, era preciso recurrir a valedores que le introdujesen a uno.

Pero el condesito de Vallembreuse no era tan tonto como algunos mal intencionados decían que parecía, pues el mismo día de la fiesta vimos cómo rechazaban a un coche con cinco periodistas italianos, de los cuales sólo poseían permiso tres de ellos. Por lo visto el lema fiscal debía ser: «Cada cosa en su sitio y un sitio para cada cosa.»

ENTRE MONOS Y PERCHERONES COMIENZAN LOS ENSAYOS

Los ensayos de la fiesta han durado, como era de esperar, varios días. Cada invitado se ejercitaba en el perfeccionamiento de las reverencias que le correspondían como si en ello le fuese la vida, y todos procuraban, igual que los disciplinados conjuntos teatrales, dar alegría y animación a su papel de hombre o mujer del siglo XVIII.

Pero algunos figurantes no han podido ver realizados sus prematuros deseos. Tal es el caso de Gabrielle Dorzyat, que fué a visitar al general Nciret, jefe de los paracaidistas de Bayona.

—Mi general, necesito una patrulla y dos caballos para representar el carro de Thespis, que debe transportar a los comediantes. Construiré una especie de arca tapizada de tela «andrinopla» ribeteada de oro, y dos monos irán sentados detrás del coche. Yo descenderé de este carro monumental, arrastrado por sus dos percheros, y saludaré al marqués de Cuevas diciendo: «Plaza a vuestra señoría ayudar a unos pobres comediantes que recorren los caminos de Francia...»

Mas las exigencias del decora-



Este caballero, feo y enlatado, parece buscar algún imaginario enemigo. Las damas le rehuían porque les hacía «sietes» en las ropas con las hojalatas.



También en las grandes fiestas hay personas a quienes les aprietan los zapatos. Bajo el ropaje se ocultan los piececitos de la seria damita, que reposa sus dolores.

do han impedido el paso de Gabrielle y de todos sus acompañantes. ¡Lástima, porque debía ser bonito!

La fiesta famosa, después de estos ensayos y de otros muchos que sentimos no recordar, tuvo su anticipo en la que el día 28 ofrecieron los marqueses de Cuevas a sus amistades en un hotel de Biarritz, y que fué servida por criados lujosamente revestidos, en un salón suntuosamente decorado y bajo un ambiente que era como un anuncio de lo que se acercaba.

EL APARCAMIENTO DE COCHES ALCANZO DOS KILOMETROS

En la noche del día señalado, la carretera que conduce a Anglet estaba llena de espectadores que presenciaban la llegada de los coches. Dos kilómetros antes comenzaba el aparcamiento y se hallaba establecido un primer control de invitaciones de los

tres que había que sufrir hasta llegar al recinto del golf. Desde la puerta de éste hasta el edificio, una doble hilera de empelucados servidores con antorchas cubría la marcha. Los grupos de invitados que representando alguna fábula musical habían de desfilar poco después ante el trono del estrino marqués, entraron en carrozas con guirnaldas de flores. Estaba previsto que los donostiarras, que iban a acudir vestidos de pastores vascos, apareciesen sobre una carroza tirada por bueyes. Por lo visto, a última hora, el ánimo pudoroso e independiente del vascongado eliminó el número.

Hacia las once y media de la noche el marqués de Cuevas, vestido con un traje completamente fantástico, ornado de frutales evocaciones, de la mano de una dama y con un brillante cortejo, entre el sonido de unas trompetas reales subió al inmenso escenario, desde cuyo ángulo posterior derecho,



El fantasma va al Oeste. Estas dos lindas escocesas esperan, tras los laureles, el retorno del desaparecido.



Le crecieron las orejas y un pelo blanco cubrió todo su cuerpo. ¿Quién conoce a esta damita conejo?

sentado en un trono, iba a reinar sobre la fiesta. Frente a él, un gran anfiteatro de bancos ocultos sin respaldo y tapizados en rojo, donde la fantasía humana había puesto sobre el humano físico las vestimentas más ricas y variadas que se puedan contemplar hoy, a lo largo de una vida entera. Predominaba el típico traje de casaca, de calzón corto, media y zapato de hebilla, más la peluca, el tricorno y los encajes.

Nosotros contemplábamos tanto ropaje y pensábamos, sin querer, en lo alegre que se pondrán los que alquilan trajes para los Carnavales y para los teatros de aficionados ante tal cúmulo de disfraces que se les venía encima. Esta visto que lo que gastan unos lo aprovechan los otros. Químico principio: «La materia ni se crea ni se destruye, únicamente se transforma». Sí, pero a veces de qué manera...

PEQUEÑA BIOGRAFIA DEL MARQUES

El marqués de Cuevas es un hombre seco, de vacilante acento entre el inglés y el español cuando habla francés, moreno y claro de cabellos. Nació en Santiago de Chile, de un padre de origen español y de la descendiente de una gran familia danesa. Vino a París cuando terminó sus estudios y entró como encargado de Prensa en la casa de costura que dirigía el príncipe Yussopov, el «justiciero» de Resputín, y su mujer la princesa Irene de Rusia. Era allí donde iba a encontrar a Margaret, la nieta de Rockefeller.

El viejo Rockefeller, con ochenta años cumplidos, lanza al mun-

do, bajo su apoyo financiero, a los «ballets» del marido de su nieta. El éxito sonríe. Y Cuevas es llamado a dirigir los «ballets» de Montecarlo.

Después de conocer a Nijinski en el barco que los transportaba desde Francia a la Argentina, decidió en 1943, en homenaje al «dico de la danza», crear un «ballet» sobre el «Colquio sentimental» de Verlaine, y encargó a Dalí los decorados y los figurines.

Cuando se va a ver a Cuevas se le encuentra en su cama, envuelto en la capa de torero de terciopelo púrpura y violeta, que le ofreció un día Alfonso XIII. Algunas veces se alumbraba con tres cirios y se hace el muerto para impresionar a sus amigos, y después, de un salto, se lanza al cuello de los que le rodean. Vive de té, de zanahorias peladas y ensalada sazónada con limón.

—El alimento no me interesa —asegura—. Planchando yo mismo mis pantalones y mis corbatas hago economías para mis «ballets».

TAMBIEN LOS HOMBRES IBAN GUAPOS

Pero volvamos a nuestra fiesta. Después de haber dejado el coche en un lugar del aparcamiento, al que a la vuelta creíamos no llegar nunca, penetramos en el recinto, no sin antes, como hemos dicho, haber sido minuciosamente identificados. Los disfraces y los vestidos de toda clase y de todos los colores comenzaban a ocupar el medio ambiente. Entre tanto gastador había, sin embargo, modelos bonitos. Y no me refero solamente a los femeninos, sino también a los masculinos, que por esta vez y en esta materia no se han dejado comer el terreno.

¿Por qué no van a ir guapos los hombres, vamos a ver?

Pero lo original no tardaba en destacar. Me llamó la atención una mujer con el rostro semicubierto en su máscara graciosa de conejo blanco. Una jovencita con escarapela revolucionaria portaba en la pica una fingida cabeza humana, como en una admonición del XVIII trágico al frívolo inmediatamente anterior. Los disfraces coloniales abundaban; uno, en su gorra antillana, portaba un barco de vela completo. Había piratas tueros, musulmanes terroríficos del régimen anterior a las Capitulaciones, alguna túnica napoleónica, beduinos, capitanes de fragata, hebreos, hindúes, turcos, mandarines perfectos, escoce-

ses, ucranianos, pieles rojas, temporales diablillos, y no faltaban los verdaderos diablos, los que se habían disfrazado de frailes, poniendo una nota irreverente. Muchos españoles acertaron a vestirse con trajes regionales, predominando el valenciano, no faltando los majos goyescos. Había un vendedor malayo, apenas cubierto con unas pieles, y que no dejó de lucirse muy serio, durante toda la noche, con los dos platillos de su balanza cargados de una perfumada mercancía de flores; así, hora tras hora. ¡Allá él! Contra lo que esperaba, lucieron mucho más los trajes masculinos.

EL MARQUES ESTA TRISTE

Verdaderamente, quien más destacaba era el rey de la fiesta, con su semblante inmutable, frío de verde luna, que diría García Lorca. A su derecha, la princesa Caracciolo y monsieur Faure, y a su izquierda, madame Faure y monsieur De Ganet. Tras el «Reinado caprichoso» le fueron rindiendo pleitesía, entre otros, los cuadros sigüentes, formados, como hemos dicho, por los mismos invitados: «La abeja y el apicultor», «Titania y el mono jardinero», «Madame de Maintenon», «Los diablos y los ángeles de Versalles», etc. Destacaron los franceses de las colonias.

El «jefe» saludaba las sucesivas entradas con un aire serio, pensativo y ligeramente melancólico. Se diría apesadumbrado de haber hecho cambiar a tantas personas de identidad por sólo una noche. De todas maneras, señor marqués, hay por el mundo otras muchas personas que cambian de identidad cuando les place y no asistieron a su fiesta. Así que no se entristezca usted, que para cuatro días que va a vivir uno...

NO ESTAN TODOS LOS QUE SON

Poco a poco iba entrando la gente. René Jeanmaira, la vedette de moda, se presentó montada en un camello llamado «Zizi». No sabemos lo que representaba; diríamos que a ella misma. Gustó mucho el grupo vasco de danza de Anglet, que bailó al son metálico y prehistórico de la tobara. «Los gitanos de Cataluña» eran la señora de Alberto Puig, el conocido decorador Manuel Muntañola, Escobar y la señorita Solano, un poco tristes de que Dalí no hubiera podido acudir a causa de una gripe inoportuna que le impidió presentar su disfraz de muerto, suponemos que de cualquier siglo. También pensaban llevar a Pastora Imperio, sin que ello se hiciera realidad. El grupo de trajes valencianos estaba integrado por el marqués de Monttortal, la vizcondesa de Valdesoto, el marqués de Roca y Gómez Treno. Poco después surgió en el escenario, anacrónico y eterno, Don Quijote sobre Rocinante. Sancho Panza era Elsa Maxwell, la más importante cronista de sociedad norteamericana, de la que se dice que ejerce, sobre los de allá, una verdadera tiranía. Total, que faltaron algunos por causas imprevisibles. No hay que apurarse. Otra vez será.

LUIS MIGUEL NO PUDO HACER EL TELEFONO

Luis Miguel Dominguín, un tanto mefistofélico, con el pelo



Una sonrisa bonita, esa es la verdad. Alcanzó mucho más éxito que el caballero de las hujalatas.

plateado, una capa roja y un llamativo calzón amarillo fosforescente, causó sensación. Poco después, mientras se retrataba en un idílico rincón pastoril preparado entre las hayas, con carneros y terneros, nos dijo que Pedro Rodríguez le había querido presentar de mago. No sé quién le dijo que hiciera «el teléfono» con uno de aquellos bichos. Respondió que le daría un beso en el testuz, que es lo suyo, pero por fin no se decidió, porque el manso bicho podía darle un cabezazo en las narices que nunca se atrevería a propinarle un miura. A Merle Oberon no la vi, pero me dijeron que estaba maravillosa, lo mismo que Annabella. Por allí andaba el bailarín Antonio, paseando con Rosita Segovia y vestido, según nos dijo mientras elogiaba la fiesta, «de pastor de Watteau». También asistieron los modistos Pedro Rodríguez, Christian Dior y Dustie Lelong. Pedro de Yugoslavia se debió retirar pronto. El Aga Khan no asistió por estar muy enfermo, pero sí su hijo Ali con la bella actriz norteamericana de turno.

LA CUARTA PARTE DE LOS INVITADOS ERAN ESPAÑOLES

Los españoles serían unos 500, casi la cuarta parte de los asistentes, que, tirando un poco por alto, alcanzarían el número de 2.500. No dejamos de oír hablar castellano durante toda la noche; cuando no era castellano puro estaba entremezclado de palabras inglesas. Apuntamos los nombres de Serrano Suárez, Montiel, duquesa de Montero, condesas de Yeves y Quintanilla, marquesas de Santofloro y Calderón, duque de Sueca, los Velayos, la marquesa de Alginet y la señorita Chavarri, marqués y conde de Arcanges, el primero de los cuales tiene también el título español de marqués de Irlanda, y que iba ataviado con un soberbio traje español; el príncipe Ataúlfo de Orleans, hijo de la infanta Eulalia; el marqués de Urquijo; la señora de Maura Gamazo, nacida Pimpinela Hohenlohe; Javier Sastrústegui, Pombo Ibarra, señorita de Valdés Fleuri, Ramón Iribarren y señora, señorita Donato de López, señora de Bea, Gerbolés, señores de Serrats (José María), marquesa de Portago, señoras de Aracoz, señores de Gamazo, el hijo del conde de Romanones, el conde de Llobregat, marquesa de Contina, Fernán Núñez, Unión de Cuba, marqués de la Deleitosa, Alós Pombo... En fin, imposible llegar hasta los quinientos. Quedan para la próxima, si es que se celebra...

UN DESCENDIENTE DE NAPOLEÓN. LOS BALLETS DEL MARQUÉS Y EL TENDIDO DE LOS SASTRES

Entre la nobleza extranjera había un descendiente de Napoleón, una princesa polaca, una Visconti, la condesa de Fabiani... A la una de la mañana, en medio del lago, sobre el que había dos pequeños quioscos acuáticos iluminados, comenzó a bogar un escenario flotante donde los ballets del anfitrión interpretaban «El lago de los cisnes». Llegado a la orilla, los bailarines saltaban a tierra y trenzaban su danza entre



Minué al aire libre. La condesa de Quintanilla baila con un empelucado danzante. Al fondo, la crítica, sesuda y grave.



En el baile del marqués de Cuevas no faltó nada. Toreros y ganado como el del fondo se mezclaron con la aristocracia de todo el mundo.

los árboles, subiendo luego al escenario, donde las primeras figuras del ballet actual entusiasmaron a la concurrencia. Poco antes, triunfalmente, el marqués de Cuevas se había retirado. Para cuando quise verlo, que habría sido una hora después, se me informó que descansaba en su casa.

Al otro lado del lago, en terreno público, un inmenso gentío, hasta el que llegaba la luz de los reflectores iluminando el fantástico friso, día y veía lo que podía de la fiesta. Era el modesto tendido de los sastres.

CENA FRÍA ANTES DEL «BAIAO»

Mientras actuaban los ballets, se comenzó a servir una cena fría desde varios puestos situados en el mismo edificio y dispersos por el bosque. Como era una fiesta campestre, cada cual cogía su plato con foie-gras, pollo, jamón o pasteles y se sentaba donde le era posible. El champán, el coñac, la cerveza, el ponche corrieron inextinguibles durante toda la madrugada. Pero quiero consignar, y conmigo coinciden otros muchos, que no se vió a un solo beodo. En este sentido, puedo decir que se trató de una fiesta grata, sin un solo asomo de bacanal. No hubo los excesos alcohólicos y galantes que narran los cronistas franceses del siglo XVIII.

La gente bailó, sí, al son de requestas modernas, y bailó poco, porque el «baia» no es para ser bailado con ropajes embarazosos.

«LOS ALEGRES GASTADORES DE CHIBERTA»

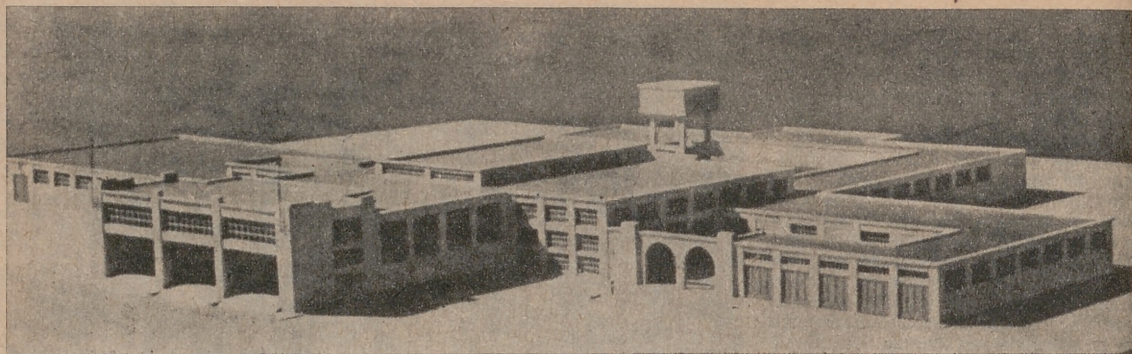
La temperatura fué excelente y el tiempo seco, resultando innecesario emplear el inmenso toldo de plexiglas que había sido dispuesto.

A las cinco de la mañana nos retiramos. No quedarían ni cien invitados. Seguro estoy de que el amanecer no hizo daño en los ojos de ningún invitado del marqués de Cuevas.

¿Por qué se ha gastado tanto dinero con estas cosas? No cabe duda de que igual que ahorra en sus corbatas y en sus pantalones y que le gusta meterse en un ataúd y dar sustos a los amigos, el marqués se distrae concentrando a personas y haciéndolas bailar al son que él marca. Pero hay quien dice que le interesa justificar grandes gastos para aplacar al fisco norteamericano.

Total, que si Gene Kelly, por ejemplo, sabe todo esto, ya le verán ustedes haciendo una película de esas tan bonitas que hace él, con un título, poco más o menos, que diga: «Los alegres gastadores de Chiberta.»

Alberto CLAVERIA



Una vista de la nueva factoría de IPASA en construcción en Villa Cisneros.

UNA OBRA DE INTERES NACIONAL EN LAS COSTAS DEL SAHARA ESPAÑOL

LA IPASA EXPLOTARA LA RIQUEZA PESQUERA DEL PAIS

ESTUVE en Canarias pocos días, pero tenía un interés loco por ver de cerca a los pescadores. Porque a mí me parecía sencillamente heroico no sólo que unos barquitos, como de juguete, se metieran al Atlántico —contra viento y marea—por ver lo que se pescaba, sino que estos mismos hombres fueran capaces de pegarse al terreno y vivir en los acantilados, en cuevas, en los descansos o paréntesis que les dejaba libres su dura y tremenda tarea.

He conocido pescadores en Levante y en el Cantábrico. Sé lo que es el oficio. Pero lo que vi en las costas africanas era algo increíble y portentoso. El hombre de mar adentro se pega al litoral, y en chozas tremendas humea su paciencia y su cautela hasta que, como un lobo, se echa al ruedo de las olas y saca de eso que se llama «banco pesquero», no sólo madera fresca, sino hasta viruta de humor. El pescador vive pobremente, pero cuando le vienen bien las cosas, carga plata y oro de pescado en las barcazas, y cantando, con su chimenea pimpante, llega a Canarias con unos cientos de duros en el bolsillo.

Yo los vi en Puerto Rico. Puerto Rico es un resguardo distante de Villa Cisneros creo que medio centenar de kilómetros. Para poder verlos nos pasamos creo que dos horas dando vueltas por el litoral.

—Nos darán alguna langosta —repetía yo como un niño.
—Claro que nos la darán—repetía el comandante.

Y nos la dieron hermosísima, imponente, de campeonato, grande como una catedral, fresca como una novia nórdica. Nosotros, para pagarle entre la arena tamaño milagro, los rociamos de DDT para que las pulgas repugnantes de la peste no se pegaran a sus casi mitológicos cuerpos. Mitológico y sobrecogedor era también aquel marinero canario

que nos hizo cruzar la ría de Villa Cisneros, que tiene unos quince kilómetros de larga. La ría estaba cruzada por cuatro o cinco corrientes más profundas que hacían de nuestra sencilla y elemental falúa algo así como un destornillador que nos clavaran lentamente entre el colon y el epigastrio. Todos íbamos mareados menos el canario aquél, que de pie, con la manivela en la mano, recibía las embestidas del agua sonriendo. De vez en cuando se le apagaba el cigarro; él volvía a encenderlo, con el cuerpo colgando en el vacío.

A la mañana siguiente salí con él a dar una vuelta. El mar estaba más tranquilo. Centenares de gaviotas volaban encima de nosotros.

Estos tipos me interesaron mucho y fué para mí una gran sorpresa cuando en una tasca de Las Palmas me topé con uno que iba a marchar a Villa Cisneros contratado por la IPASA.

El I. N. I. está montando en Villa Cisneros una factoría pesquera, cuyo resultado, teniendo en cuenta la riqueza del banco

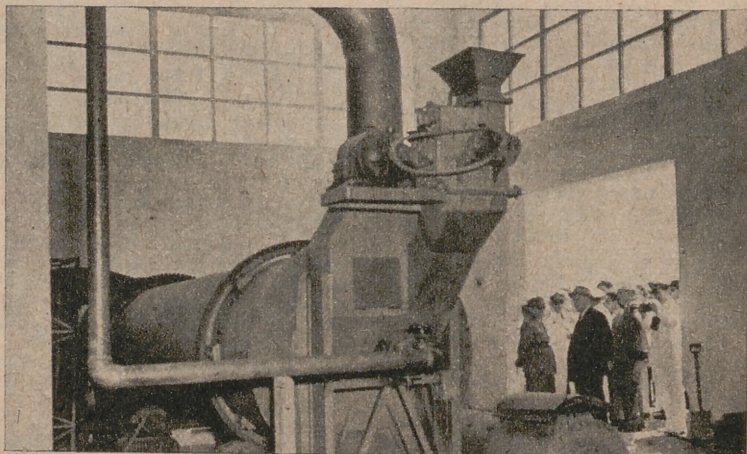
sahariano, tendrá un alcance más que nacional.

Yo había visto las naves a medio levantar de esta colosal fábrica, en cuya financiación entra el capital privado también. Y ciertamente casi me había llevado un disgusto. Si la cosa es tan importante, si hay allí tanta riqueza escondida no sólo en pescado, sino incluso en crustáceos y moluscos, ¿por qué las obras caminan a un ritmo tan lento? De veras que me había quedado paralizado al ver a unas cuantas moras aplando la corbina como si fueran resmas de papel.

Yo, por encima, calculo que el plan de la IPASA tiene que ser muy amplio y costoso, pero a la larga ya se percibirán los frutos. No faltan ni inteligencia ni buena voluntad.

La inmensa flota que en barcos de vela se recorra esta costa, una vez que la factoría quede bien instalada, dejará una pesca que podrá ser tratada en frigoríficas y en conservas por mil procedimientos que la harán valer el doble.

Pero todo está muy subordinada



El Caudillo, durante su última estancia en Villa Cisneros, visitó las instalaciones de IPASA.

do al puerto de Villa Cisneros primero y al incremento de la IPASA. El puerto va avanzando poco a poco, y paralelo al puerto habrá de ir el ritmo de las fábricas de hielo, y la instalación de las cámaras frigoríficas.

Las ventajas de una explotación racional de los derivados del pescado y subproductos para el mercado nacional y, como apuntamos antes, para el extranjero, son incalculables.

Unas pesquerías puestas al día en Villa Cisneros podían ser el comienzo de la redención del suelo que no se puede negar que es bien ingrato. Y que no sólo el pescado, sino el salazón y las conservas pueden ser una fuente poderosa de economía, lo dice el balance positivo que apunta esta sociedad apenas iniciada.

Uno de los pescadores canarios no hacía más que preguntarme:

—¿Y ha visto usted si están construyendo ya más viviendas?

—¿Por qué?

—Es que yo estoy contratado y no iré hasta que esté terminada la casa y así podré llevarme a la mujer y a los chicos.

Es natural que una construcción de estas proporciones que exige flota, fábricas de hielo, factorías, refrigeradores, viviendas, puerto, no pueda ponerse al día en unos años.

Ver allí frente al puerto de Villa Cisneros quietos y casi insignificantes los viveros produce la misma impresión que cuando se atraviesa Castilla y se ve a una fila de segadores encorvados cazando espigas. Y como van entrando en Castilla los tractores, en el mar deben entrar los rápidos transportes y los laboratorios.

Aquellos pescadores con los que yo dialogué en Las Palmas no preguntaban más que una cosa:

—Pero ¿avanza aquello, avanza de veras, avanza...?

Yo les prometí que sí. Claro es que yo no estoy en el secreto de las obras ni del presupuesto.

El dueño de la tasca era andaluz y no hacía más que preguntarme:

—¿Y ha visto avestruces?

—Claro.

—¿Y cómo esconden la cabeza bajo el ala? ¿Así?—y ponía un brazo en alto, la cabeza gacha y comenzaba a dar vueltas por el tascucio.

—Los avestruces no esconden la cabeza bajo el ala, al menos cuando hay peligro. No sé si en el nido...

—Mira que es la gente, lo único que hace es inventar.

Cuando les expliqué que los avestruces avanzan por el desierto horas y horas sin inmutarse a un buen tren y formando una fila impecable como las de las coristas ante las candilejas, se rieron mucho.

Cuando les dije a los pescadores canarios que el faro Bojador iba para arriba, que tendría unos cuarenta metros y que ya iban por el noveno se alegraron tanto o más como cuando un deportista se entera que le han puesto una nueva fila de gradas a un campo de fútbol.

Entre una cosa y otra salimos de la tasca algo monas.

J. L. CASTILLO PUCHE

EVA, AL DESNUDO



EL DOCTOR KINSEY HA PUESTO UN PETARDO EN LOS CIMIENTOS MORALES DE LOS ESTADOS UNIDOS

PEQUEÑA HISTORIA DE UN LIBRO RABIOSAMENTE DISCUTIDO

LA BOMBA «K»

NO puede decirse que el mundo se haya conmovido excesivamente por el anuncio de la explosión de la bomba de hidrógeno rusa. Los periódicos reservaron a la noticia un discreto espacio y los moralistas de todo el mundo—aun estando en juego la vida de millones de seres humanos—no interrumpieron sus ociosos veraniegos para emitir sus juicios inapelables. Prácticamente todo siguió igual que antes.

Pero este verano nos tenía reservada, además de la bomba «H», la bomba «K». Y ésta sí que metió y sigue metiendo ruido, tanto que ha movilizado, como un toque de generala, a legiones enteras de moralistas y de hombres de ciencia. Los periódicos le dedican números especiales, millares de cartas se

amontonan encima de las mesas de los «editores» y una universal polémica *bat son plein* de una a otra punta del globo, entusiasmado, escandalizando, divirtiendo, horrorizando al género humano. La onda explosiva de la bomba «K» ha sacudido todas las esferas y la tinta de imprenta corre como un mar tempestuoso.

¿QUE ES LA BOMBA «K»?

Un libro, querido lector, un simple libro. Un simple libro que «hizo explosión», para mayor asombro, antes de publicarse, cuando únicamente se había puesto en circulación un avance de su contenido, siendo condenada a la hoguera o ensalzada hasta las nubes sólo al conocerse su título. Este título podríamos traducirlo un poco libremente así: «El comportamiento amoroso de la mujer americana.»

Nada más. Y nada menos. En este negocio no le va la vida a millones de seres humanos; ni siquiera le va su felicidad, o su dinero, o su bienestar. Pero la gran polémica sobre tan «trascendental» tema ya está en marcha. Los polemistas han polarizado su entusiasmo o su repugnancia en dos palabras: «ciencia» y «pornografía». Para unos el libro en cuestión es «ciencia» y para otros «pornografía». No hay término medio, y en esto es en lo que se equivocan todos.

KINSEY, EL HOMBRE QUE TIRO LA PIEDRA

El autor de la bomba «K» es el doctor Alfred C. Kinsey, casado, con hijos y profesor de la Universidad de Indiana. En 1948 dió a las prensas el primer tomo o primera parte de su libro: *El comportamiento amoroso del hombre*. Fué también la primera parte del escándalo que ahora sacude a la opinión pública mundial. Se vendieron 300.000 ejemplares, pero los derechos de autor los cobró la Universidad de Indiana, poniendo 100.000 dólares solamente a disposición de Kinsey y su equipo para que prosiguiese los trabajos que ahora acaba de concluir.

El doctor Kinsey defiende el valor científico de su obra, contra viento y marea. De ella se venderán medio millón de ejemplares. Esto podría significar la riqueza para nuestro hombre. Pero ha renunciado a sus derechos en favor de la Universidad de Indiana. El comportamiento financiero del doctor Kinsey es, pues, el de un hombre de ciencia. Tal vez aquí comience y termine su valor como tal hombre de ciencia, pero conviene apuntar el hecho.

EL «ARTEFACTO» VISTO POR DENTRO

Primera fragilidad del libro-bomba: el título es inadecuado. La encuesta del doctor Kinsey sólo alcanzó a 5.940 mujeres norteamericanas, cifra escasa para los 160 millones de habitantes con que cuentan los Estados Unidos—más de la mitad, mujeres—, y más escasa todavía para los dos mil millones y pico de almas que pueblan el planeta. Mejor sería hablar del comportamiento amoroso de una pequeña parte de las mujeres americanas.

El método seguido por el doctor Kinsey es el estadístico. Esas 5.940 mujeres americanas fueron interrogadas por el mismo doctor y por sus dos ayudantes. Todas ellas se prestaron voluntariamente al interrogatorio. De cada 100 invitadas a hacerlo sólo 15 accedieron. Ese 15 por 100 coincide, según algunos críticos, con el porcentaje de mujeres anormales que viven en los Estados Unidos. Cada interrogatorio duró una hora y el cuestionario comprendía 300 preguntas. Las respuestas y preguntas se escribieron en un código secreto, sólo conocido por el doctor Kinsey y sus ayudantes. Se garantizó a todas las consultadas el secreto más absoluto.

Como puede verse, el método del doctor Kinsey es una mezcla del psicoanálisis, que está de moda en los Estados Unidos, y del

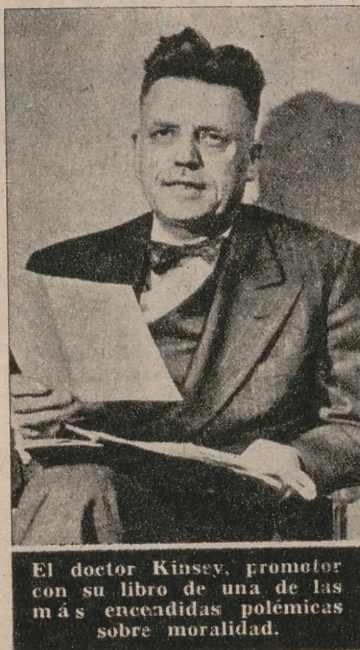


Esta feliz pareja inicia un idilio amoroso que posiblemente no entre en el estudio del doctor Kinsey. Ellos son los conocidos actores de la pantalla americana Shelley Winters y Vittorio Gassman.

«Gallup», auscultador de la opinión pública.

En la encuesta entraron amas de casa, acróbatas, actrices, azafatas aéreas, artistas, camareras, empleadas de institutos de belleza, coristas de *music hall*, dibujantes, vendedoras de cigarrillos, amazonas circenses, bailarinas, periodistas, editoras, modistas, cantantes, maestras, mecanógrafas, funcionarias, Wacs (servicios femeninos auxiliares del ejército), mujeres de vida dudosa y decoradoras. El arca de Noé, en una palabra, de todas las profesiones americanas.

Las mujeres católicas no han participado en esta encuesta. Ni una sola se prestó a la curiosidad—¿científica?—del doctor Kinsey.



El doctor Kinsey, promotor con su libro de una de las más encendidas polémicas sobre moralidad.

LA GUERRA DEL CAMISERO

No sólo los moralistas han acusado el impacto de la bomba «K». Ya que no en defensa de la moral, ha habido quien ha salido en defensa de su negocio. Por ejemplo un camisero. El doctor Kinsey llegó a la conclusión, con sus números, de que el 90 por 100 de las mujeres americanas no utilizan ropa de dormir. El camisero en cuestión vió en globo su negocio si cundía el ejemplo y declaró la guerra por su cuenta al doctor Kinsey. Inmediatamente inició un «Gallup» entre su clientela femenina, del que resultó que el 45 por 100 duermen con pijama y el 50 por 100 con camisón. Sólo un despreciable 5 por 100 practica la abominable costumbre—desde el punto de vista del negocio, claro está—de dormir en traje de Eva.

La encuesta del camisero es bastante estúpida. Si el 90 por 100 de las mujeres americanas no utilizasen pijamas ni camisones, ese señor no podría vivir de su negocio. La cosa está clara.

PRIMERAS REACCIONES

Elsa Maxwell, periodista norteamericana que lleva veinte años tejiendo y destejiendo historias amorosas de Hollywood, casi todas escandalosas, y que el otro día acudió a la fiesta del marqués de Cuevas montada en un asno, disfrazada de Sancho, de repente experimentó un fuerte ataque de moralina y puso al pobre doctor Kinsey como chupa de dómine. Mae West, la famosa «vamp» de antaño, comentó maliciosamente: «De todo eso sé yo bastante más que el doctor Kinsey.» Claudette Colbert estuvo muy bien: «Hay lecturas más interesantes que ésta.»

Es verdad. Hay lecturas más

interesantes. Sólo que se venden menos.

Lo más curioso del caso es que los periódicos habitualmente escandalosos se han ocupado menos del informe Kinsey que los periódicos pretendidamente sesudos. Algunos, como *The People*, de Londres, le dedica varias páginas, pero no sin insertar antes, para curarse en salud contra la hipocresía puritana británica, un comentario muy digno contra el doctor en cuestión. El *The People*, no obstante, publica casi diariamente fotos de mujeres que usan muy poca ropa no para dormir, sino para exhibirse en público. Aténme ustedes esta mosca por el rabo. El *Daily Mirror*, también de Londres, va bastante más lejos, ilustrando el informe Kinsey con fotografías amañadas para el caso e insertando al lado un anuncio que dice: «¿Qué piensa usted de esto? Envíenos su opinión sobre las alarmantes teorías del doctor Kinsey.»

No hablemos de la Prensa americana. Las principales revistas del país han dedicado páginas y páginas a la obra de Kinsey. La publicidad que están dando al libro ha superado incluso a la de Marilyn Monroe, bastante más escandalosa que el 90 por 100 del contenido de la bomba «K», dicho sea de paso.

Nosotros hemos llegado a la conclusión de que el ruido es mayor que las nueces. El libro de Kinsey no es ciencia ni es pornografía. Es, simplemente, una de tantas encuestas inútiles de las que se llevan a cabo en los Estados Unidos. La conclusión de Claudette Colbert es exacta. Hay otras lecturas más interesantes desde el punto de vista científico y otras infinitamente más dañinas desde el punto de vista moral. Eso es todo.

DESCUBRIMIENTO DEL MEDITERRANEO

Las «revelaciones» del doctor Kinsey no han venido más que a confirmar lo que todo el mundo sabe. El doctor se ha limitado, en esencia, a exponer estadísticamente sus «descubrimientos». He aquí algunos:

La edad peligrosa en la mujer para «salirse de los carriles» (*off the rails*) es la comprendida entre los treinta y los cuarenta años.

El 99 por 100 de las mujeres comprendidas entre los treinta y los cincuenta años se dejan acariciar por sus novios.

Una cuarta parte de las mujeres americanas interrogadas ha confesado haber tenido aventuras extramatrimoniales a los cuarenta años. (Lo cual explica, entre otras cosas, el elevado índice de divorcios en los Estados Unidos.) Por lo demás, aventuras de esta clase nos las ofrecen a diario las películas americanas.

Hoy las mujeres son más indulgentes con las caricias de sus novios de lo que lo eran sus abuelas.

El 53 por 100 de las mujeres interrogadas ha admitido que ha tenido experiencias amorosas prematrimoniales con un solo hombre. Pero el 87 por 100—siempre según Kinsey—ha terminado casándose con él.

Las muchachas de menos de veinte años de edad pertenecien-

tes a las clases menos acomodadas acusan una mayor tendencia a sacar los pies del tiesto que las muchachas educadas en buenos colegios.

La mujer americana se preocupa menos de esta clase de problemas que el hombre americano.

Tres mujeres de cada cuatro han admitido que la verdadera causa de su divorcio ha sido la discrepancia en la intimidad de la alcoba.

Desde este punto de vista, dice Kinsey que muy pocos matrimonios americanos son realmente felices. Dos de cada tres matrimonios corren peligro de disolverse por esta razón.

Las mujeres americanas son más leales con sus maridos de lo que lo son éstos con ellas. Kinsey cree que esto se debe al hecho de que la mujer americana es menos sensible que el hombre a los estímulos psicológicos.

Solamente 12 mujeres de cada 100 demostraron tener alguna curiosidad por las fotografías inmorales, y 27 por cada 100 confesaron tener sueños románticos (*romantic dream*). Sin embargo, el 83 por 100 de los hombres consultados declararon tener sueños románticos.

Las películas, contrariamente a lo que suele creerse, no excitan las pasiones eróticas de las mujeres ni de los hombres, por crudas que sean.

A medida que van transcurriendo los años disminuye la intensidad amorosa en el hombre y aumenta progresivamente en la mujer.

Otra de las «leyendas» que trata de destruir el doctor Kinsey es la de la mujer frígida. Sólo el 2 por 100 pueden, según él, ser clasificadas en esa categoría, correspondiendo casi todas al grupo de los veinte años de edad.

SEGUN EN QUE MANO CAIGA

El libro de Kinsey tiene más de 800 páginas. Abundan, como es natural, los cuadros estadísticos y las observaciones psicológicas. Demasiados detalles para sacar muy pocas conclusiones de verdadero valor científico. Las principales, las que tienen un mayor alcance social, han quedado expuestas más arriba.

El *Sunday Pictorial*, de Londres, ha sometido, a su vez, al doctor Kinsey a un interrogatorio sobre su obra. Preguntado sobre si ésta podría perjudicar la moral de la juventud, contestó: «El conocimiento de las verdades nunca ha hecho tanto daño como la ignorancia.»

Cree también nuestro doctor en el valor sociológico de su libro, el cual podrá ayudar—dice—a que los matrimonios sean más felices.

Pero ha dicho también: «*Of course, this book will be misused by some*» («Por supuesto, este libro será mal interpretado por algunos»). Y aquí reside, pensamos nosotros, el posible peligro de esta lectura. Será mal interpretado por algunos. ¿Por cuántos? He aquí un porcentaje que desearíamos conocer. ¿El 50 por 100? ¿El 25 por 100? Sólo una encuesta más sobre esta materia podría determinar el grado de peligrosidad de *El comportamiento amoroso de la mujer*?



El amor pasa con velocidad de vértigo. «Hoy te quiero», dice ella.



La preciosa beldad tal vez le sea más fieles a su car...



Ellas rien, ajenos a la polémica sobre amor y la mujer. «El amor es joven piensan.»

EL ESPAÑOL

SEMANARIO DE LOS ESPAÑOLES PARA TODOS LOS ESPAÑOLES

Precio del ejemplar: 2,50 ptas.-Suscripciones: Trimestre, 30 ptas.; semestre, 60; año, 100

EVA, AL DESNUDO



EL DOCTOR KINSEY
HA PUESTO UN PETARDO
EN LOS CIMIENTOS DE LA
MORALIDAD DE LOS EE. UU.

PEQUEÑA HISTORIA
DE UN LIBRO
RABIOSAMENTE
DISCUTIDO

Arriba: Esta belleza norteamericana aficionada al dibujo —que no lo hace mal— siente plena de satisfacción después de haber leído a Kinsey. ¡Pelillos a la mar! Abajo: Marilyn Monroe juega al amor en un club nocturno. Ella es famosa, más aún, popular y bonita, pero el doctor Kinsey la ha arrebatado parte de su fama.

En la página 61 publicamos un interesante artículo sobre el informe Kinsey, que ha causado una fuerte resonancia en los medios informativos mundiales.

